SOBRE LA CUERDA DEL EQUILIBRISTA

LIBRO INÉDITO

Amor, desamor, deseo
y otras ceremonias

HISTORIAS DE
ÉL Y ELLA / ÉL Y ÉL / ELLA Y ELLA

Francisco Garzón Céspedes

Francisco Garzón Céspedes, con doble nacionalidad: español por ascendencia y cubano de origen. De quien Julio Cortázar afirmó: “Garzón, entrega el prodigio de cada una de las palabras”, es escritor, dramaturgo y hombre de la escena, y periodista –entre otras profesiones–, reside en Madrid y ha residido por el mundo, donde para unos es un mito y para otros una leyenda de los escenarios y las interacciones. Con más de cincuenta libros impresos y agotados en tres continentes en diversos géneros –de la poesía a la dramaturgia, de la investigación teatral, o en cuanto a la comunicación y la oralidad, al periodismo– recientemente ha puesto gran énfasis en la narrativa; tiene además otros libros y cuadernos digitales, y fuertes presencias en la Red. Alguno de sus libros ha vendido sesenta mil ejemplares en una semana. Ha impartido por el planeta más de mil cursos, talleres, conferencias y clases magistrales con instituciones como el Instituto Cervantes y la Fundación Ortega y Gasset de España y el Instituto Nacional de Bellas Artes y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes de México, la Universidad Complutense de Madrid, la Universidad Nacional Autónoma de México y las Universidades de Buenos Aires y de Costa Rica, de Helsinki y de Tallin, entre muchas otras; y participado oficialmente en más de cien eventos internacionales (al margen de los que ha organizado por Iberoamérica y Europa), tales como Congresos de Literatura y Festivales: del Festival de Otoño de Madrid al Festival Internacional Cervantino de México y el Festival Iberoamericano de Teatro de Bogotá. Es un fanático de la literatura, del cine, y de los encuentros entre seres humanos conocidos o desconocidos.

© Francisco Garzón Céspedes
Email: ciinoe@hotmail.com
Teléfono: (34) 91 509 96 73

Textos inscriptos en los Registros
General y Territorial de Madrid
de la Propiedad Intelectual de España.

Al concebir este libro concluí que yo deseaba
que cada historia fuera escrita -o la mayoría-, fuera narrada
dentro de su probable estructura intrínseca:
una propia, única desde mí y desde sí cuando surgiera,
una diferente a cualquier otra del volumen cuando sin forzarlo resultara factible.
Tal vez por eso consideré, especialmente, un reto más dimensionado
escribir este libro de cuentos, cada narración pues -en lo admisible-
con una posible estructura distinta a la de las otras reunidas,
una muy singular a veces, como parte de la fascinación inherente al contar
y a la lectura a ofrecer de ese contar. Ojalá así sea.
F. G. C.

El mundo es un descerebrado equilibrista.

Un poco más en penumbras

En la tarde del último domingo de cada mes y en el mismo café, Daniel y Emma se reúnen unas tres horas para ponerse al día. Lo hacen ante dos tazas de té, uno hindú y otro chino, razón por la que de forma reiterada reeligen este sitio al que nunca le falta ni una ni otra infusión. Este encuentro es una de las ceremonias que más valoran. El encuentro inicial de tal naturaleza fue cuatro años atrás porque, al terminar la carrera, decidieron citarse regularmente; y, en la incertidumbre de dónde cada quien iría viviendo en la capital, mejor la cita en un espacio fijo y del Centro.

Ellos dos se ven en otras ocasiones: cumpleaños, fiestas, entierros familiares… sin alterar la cita mensual, en la que al hablar no sólo intercambian incidentes y opiniones, sino que disfrutan del silencio, sosegado o cómplice, que una larga amistad puede acoger dentro de la conversación. Son amigos desde cuarto grado de primaria, cuando vivían cerca del zoológico, zona en la que residieron hasta su primer año de Periodismo, una época en que las dos familias se mudaron, con poco tiempo de diferencia, a barrios más lejanos de las afueras y muy distantes entre sí.

Su amistad a los ocho años se estableció porque a Daniel lo pateaban dos de sexto durante el recreo, y Emma irrumpió lanzándoles piedras. Las consecuencias fueron que uno de los agresores quedó con la cabeza partida, el otro con una contusión en la espalda, Daniel con una expresión de asombro, y Emma con una especie de sonrisa. Y que todos fueran reunidos y retenidos en la Dirección –luego de que los dos más grandes pasaran por la enfermería– hasta que llegaron sus padres.

Daniel, que está en el paro, este domingo cuenta una experiencia reciente en plena crisis económica.

–Estoy leyendo una revista especializada en la biblioteca cuando… Emma, ya la has sentido, esa sensación de que alguien te clava, como un aguijón, sus ojos. Presto atención y unos y otros parecen abstraídos en sus lecturas. Es martes en la mañana temprano, pero la sala está llena. Intento seguir: Me he desconcentrado. No obstante, insisto en enterarme de lo que ha escrito el autor. Conoces mi capacidad de disciplina, mis empecinamientos… Unos minutos más… y me pica la nuca, de nuevo tengo la impresión de ser observado. Giro con rapidez y sorprendo a la psiquiatra –que sé que vive a dos manzanas con su madre– mirándome, y, recuerdo que se comenta que, aunque no tiene declarado ese consultorio, recibe pacientes en su casa, incluso a horas intempestivas. No sé por qué, lo recuerdo. Me da un escalofrío cuando se cruzan nuestras miradas puesto que me viene con fuerza a la cabeza que así deben echar un vistazo las viudas negras hembras a los machos…

Daniel se inmoviliza en el recuerdo y se estremece.

Emma se reacomoda en la silla.

–¿Qué más para que me lo cuentes tan alterado? ¡No te hagas de rogar!

–Vuelvo a la lectura del artículo y trato de olvidarme. Emma, no dudes, en serio, aunque soy muy proclive a las conquistas, no me involucré. Me daba malas vibraciones… A los diez minutos descubro a la psiquiatra caminando como si buscara un libro. Finalmente agarra uno y se sienta delante de mí.

Daniel se rasca una oreja, y luego la otra.

–La cercanía y sus miradas a hurtadillas comienzan a resultarme inquietantes, y de pronto me doy cuenta de que la estoy… tasando. Como para decidir si… Es atractiva. ¡Vaya si me gusta! Había pasado de ella, sin percatarme de...

Daniel se levanta, añade: “Enseguida regreso”, y va en busca de una servilleta, y, en el trayecto, baja al aseo y se retarda. Cuando vuelve está más sereno.

Daniel tiene confianza con Emma y una vez más toma la decisión de relatarle todo.

–Y, en una de ésas, las miradas se nos quedan ensartadas, como si su tela de araña… Hasta que ella devuelve el libro al estante y se encamina a la puerta. Yo abandono la revista sin devolverla, olvidando las normas. Cuando estamos fuera, ella dobla en la esquina y yo detrás. Y resulta que está detenida y recostada contra un árbol esperándome. Total, Emma, para no extender la historia… Que me suelta que podemos acostarnos en su casa, en su consultorio, no al otro día ni dos días más tarde, sino esa mañana. A mí me da un vuelco el corazón, como si fuera a saltar de un trampolín, algo se me endurece allá abajo, y de inmediato le pregunto por su madre, que si se marchó de viaje. Me responde que no, que no me preocupe. Ella le dirá que soy un paciente esquizofrénico, al borde de una crisis, que puedo ponerme muy agresivo, y que ni se le ocurra entrar e interrumpir la consulta…

–¿Y qué más? ¿Qué más?

Emma se bebe el té que le resta como un alcohólico se bebería el último trago de coñac.

La tarde ha asumido los colores de la noche. La penumbra es de una densidad intangible.

Emma prende la vela de encima de la mesa mientras aguarda conocer el resto. Daniel acerca las manos y las coloca alrededor para calentarlas. Alza la mirada de la llama y después de mover la cabeza a un lado y a otro, de señalar que “no”, sí que continúa.

–Como una araña… apresurada… no me pregunta si deseo que nos acostemos. Y no me concede tiempo para aceptar su propuesta, me detalla que ella se adelantará, y que yo toque el timbre de su casa a los veinte minutos. Me entrega una

tarjeta profesional con sus datos, me deja con la palabra en la boca y se marcha. Yo todavía estoy unos minutos paralizado en esa loseta de la acera. Y al tocar en su casa, me recibe su madre, con cortesía de recepcionista de clínica, pero con cara de temor y de “trátese con cuidado”, y me conduce al consultorio donde un sofá es el mueble más voluminoso.

Se hace el silencio de Daniel que permanece como quien recuerda los ecos y sigue decidiendo qué y cuánto contar.

Se hace el silencio de Emma: expectante.

–La psiquiatra, cierra la puerta con una llave y la deposita sobre la mesa del despacho. Las cortinas ocultan las ventanas y casi no permiten pasar la luz del mediodía. Ella atenúa la intensidad de la única lámpara y me va para arriba. Comienza a desnudarme a la par que se desnuda. Y caemos encima del sofá. Y lo hacemos. No es maravilloso, sólo resulta desaforado, demencial. Intentamos no producir ruidos extraños, y de vez en vez ella habla. Como si yo hablara muy bajo y por eso no se me escuchara, y cuando a ella le tocara su turno se hiciera escuchar con profesionalidad. Debe tener calculado el volumen para que afuera, cada cierto tiempo, se escuche su voz como un rumor, pero para que no se comprenda demasiado lo que dice, para que sea su tono mesurado, lo importante, lo normal en una consulta, lo tranquilizador para la madre. No hablar yo en el sexo puedo asumirlo, pero eyacular, mientras de tanto en tanto ella se suelta lo que parecen párrafos memorizados de un tratado de psiquiatría o de psicología; se convierte en una carrera de fondo que demora en levantar una polvareda. Hasta que me olvido de todo y me concentro en no dilapidar la erección y en eyacular y acabar con aquella locura. Tanto me olvido, que me olvido de que suelo gemir, de que gimo cuando eyaculo. Así que eyaculo, grito, y la madre, que ha mandado a hacer otra llave sin que la hija lo sepa, entra de impro-

viso muy alterada creyendo que estoy atacando a su hija o quién sabe qué… Y nos agarra desnudos, la ropa de los dos esparcida por el despacho, y los cuerpos aún… unidos. Los tres nos congelamos. Ese congelamiento sin palabras es… interminable.

Daniel calla.

Emma vacila entre espantarse o reír, y opta por repetir como pregunta:

–¿Desnudos?

–Desnudos. Yo ni siquiera con los calcetines o el reloj. De hecho un calcetín, extraviado, lo abandoné al irme. En localizar mi reloj tardamos algunos minutos… Ella, lo que lanza a la madre –que exhibe aquel rostro entre el asombro y el horror– es un tópico:

–¡Mamá, no es lo que parece!

–La madre, con auténtica clase, se descongela, se pasa una mano por la frente y sigue hasta alisarse el cabello, y… ¿No te lo vas a creer? La madre empieza a reírse a carcajadas. Y no deja de contemplarnos, escondidos a medias tras el espaldar del sofá. Luego, se serena y dice: “Estoy tan aliviada de que… bueno, de que no ha ocurrido un asesinato, de que no se trata de un ataque de locura, que sólo se me ocurre preguntar… si han utilizado protección, y… si quieren una, digamos, una limonada.” Y, como si fuera poco añade tendiéndole un puente a su hija, que es a quien mira ya casi en exclusiva: “No entiendo mucho, ni… necesito entender sobre nuevas terapias de choque. Cuando estén en… condiciones… me avisan y traigo la limonada a la mesa del pasillo.” Y vuelve los ojos hacia mí, cambia el tono y me lanza a la cara: “Joven, espero que… después de… tal tratamiento, esté curado, y que ya no regresará a consulta.” ¡Dios mío!, la madre se permite todo ese “discurso” y se va como una jueza que se retira de su tribunal! ¡Ah, mi madre y la tuya nos habrían sacado del despacho a golpes!

Emma sonríe. Hasta que cae en un silencio…

–No lo voy a ir contando. A mí también me ha ocurrido algo. Casi fugaz. La semana pasada fuimos, en familia, a la pequeña casa que tenemos en la costa. El sábado bajé tempranísimo. De todos yo soy la única madrugadora. La playa estaba desierta. En la arena comencé a aplicarme la crema protectora solar y me preocupé por no poder alcanzar la totalidad de la espalda. De pronto escuché una voz grave: "¡Si me deja ponerle la crema, usted podría hacerlo conmigo!" Tal ambigüedad: "Hacerlo conmigo", me hizo gracia. Giré hacia la voz. La de una mujer algo mayor: en los cuarenta. Con un poderío que tocaba. *¡Por qué no!* Y me dejé hacer. El contacto, una suerte de masaje, me hubiera adormecido si no hubiera elegido la conciencia del placer. Con sorpresa, atónita, me sentí anhelante. Abierta. En mi turno de untar, la otra piel me resultó cálida, firme.

–¿Sorprendida?

–Permanezco sorprendida.

Cada uno amasa su silencio, y es Daniel quien lo corta:

–A mí me ha ocurrido algo más. Voy a tratar de contártelo de un tirón. Tiene que ver con una niña que estaba con su madre, y supuse que con dos tías abuelas, sentada a una mesa finalizando su desayuno en una cafetería a la que entré. Las cuatro vestidas como para asistir a un acontecimiento social, quizás en un templo. Yo me senté a la mesa contigua que era la única vacía: con un bocadillo de vegetales, un café expreso y un vaso con agua mineral, todo llevado por mí desde la barra; me senté a desayunar, a leer una novela policiaca y a anotar de cuando en cuando una frase en un cuaderno. Has visto ese cuaderno, es el que suele acompañarme. En verdad yo hacía tiempo: esperaba angustiado a que llegará la hora para la cita con mi dentista. Te he hablado de ella: la conozco igual que a ti desde la infancia y es

como una hermana. Y es una profesional experimentada, muy eficiente, pero a mí los tratamientos dentales me aterran. Te describiré la cafetería hasta ver cómo consigo contarte lo que realmente ocurrió. Esa cafetería, con camareras y cocineros uniformados, es amplia, está decorada con elegancia, deja escuchar un hilo musical apropiado en contenidos instrumentales y volumen, exhibe una carta extensa de bebidas y alimentos, y sus precios sobresalen por caros. Lamentablemente para mi gusto, y no solo para mi gusto, mesas y sillas se ubican demasiado próximas unas de otras, como si participaran de una orgía, como si propiciaran la promiscuidad y no la privacidad; y el diseño de las banquetas de la barra es incómodo... La silla en la que se sentaba la niña daba espalda con espalda con la vacía frente a mí. La niña, de unos cuatro años de edad, se movía inquieta, saltaba y hacía saltar su silla, se reacomodaba. Y cuando se levantaba y se levantaba para volver a sentarse, su silla de vez en vez golpeaba a la que quedaba detrás y, ésta, a la mesa donde yo desayunaba y leía, o intentaba leer. No existían otras mesas desocupadas, a mí me restaba una hora para la consulta, y por la zona, además, exclusivamente abre en la mañana un café en el que ya había entrado y desistido –no obstante que está más cerca del gabinete dental– por diminuto y porque se encontraba repleto –de contra, de un público que, más que hablar, vociferaba–. La niña, no contenta con desplegar tal hiperactividad, que sus acompañantes fingían ignorar –debía ser eso, porque era imposible no percibir tamaña intranquilidad–, comenzó a girar para escrutarme, para escrutar mis gestos, cada acción que yo realizaba: Miraba como yo tomaba los sorbos de café. Miraba como bebía agua del vaso. Miraba como leía. Miraba como escribía alguna idea. Miraba como perdía la vista en el vacío al reflexionar. Y miraba como yo la miraba. Pensé que aquella curiosidad tan manifiesta, era deseo expreso de la niña de llamar la atención, de molestar, quizás porque sus tres acompañantes

hablaban entre sí de intrascendencias, y con excluyente animación. La actitud de la niña empezó a serme cargante, me privaba del poco placer del desayuno, del poco goce de la lectura, y a ratos de la deliberación y de las posibles conclusiones a anotar en el cuaderno. Hasta que directamente le clavé mis pupilas en sus pupilas. No era una niña de rasgos delicados, ni luminosa y de expresión simpática, ni de ojos brillantes. Su cara abotargada, transmitía simpleza y tozudez. Una de sus características era sí que, si lo elegía, lograba sostener la mirada desde una gran impasibilidad, como hacía en el instante en que terminé por apuntarle con un dedo acusador, disparado de improviso, acción con la que conseguí una breve expresión de sorpresa en su rostro. *Objetivo alcanzado*, pensé. La madre se levantó para ir al aseo, e intentó que la niña, situada junto a la pared, la acompañara. La niña se negó. La madre insistió en que la niña saliera al pasillo. La niña, probando fuerzas, se parapetó en su silla y detrás de la que había ocupado la mujer. Yo no conseguí continuar con mi lectura y estampé el libro contra la mesa. Me terminé de golpe el café. Me terminé de golpe el agua. Terminé por partir en dos el lápiz –sé que piensas que lo de escribir únicamente con lápiz es una de mis manías–. La niña ganó y no fue al aseo, le apetecía más proseguir saltando y logrando que la silla saltara en su sitio. Todo sin dejar de girar la cabeza con insistencia hacia mí para asegurarse de que yo presenciaba el espectáculo, de que me mantenía pendiente de la función, de que era molestado. Pensé: *No es positivo para la niña el que le permitan ganar cuando no debe ganar.* En ausencia de la madre, intervino al fin una de las tías abuelas y advirtió a la niña que se sentará correctamente, y que con su silla podía terminar moviéndome a mí la mesa. La niña pareció obedecer. Fue un espejismo, tan pronto su tía abuela se involucró en un nuevo tema de conversación, la niña regresó a su despliegue de interferencias. A mí aún me quedaban unos treinta minutos de estancia

en la cafetería, afuera soplaba un viento frío, y lloviznaba sin parar. Escuchaba en mi interior el sonido chirriante del torno dental e imaginaba como se aproximaría a mi boca abierta y cómo sentiría en mi muela el metal horadante. También podía oler los productos químicos para los tratamientos de las caries y hasta sentir sus desagradables sabores dentro de la boca. Te he explicado que lo que más temo es la aplicación de la anestesia. La enorme aguja, los tres pinchazos largos. El dolor hiriéndome la encía y alcanzando mi cerebro. El dolor y la conciencia del dolor, y, primero y desde aquel momento en la cafetería, la amenaza del dolor, su certeza inminente. La niña miraba como yo tomaba los sorbos de café. Miraba como bebía agua del vaso. Miraba como volvía a querer leer. Miraba como escribía alguna idea con uno de los pedazos del lápiz. Miraba como perdía la vista en el vacío al reflexionar. Y miraba como yo la miraba. Esta secuencia fue rota porque la madre se sentó de nuevo y su objetivo consistió en comenzar un tira y afloja con la niña por la posesión de una caja de metal –de esas cajas de galletas–, que una quería guardar y la otra no soltaba. Una caja redonda, verde y decorada con figuras de animales. Cuando la madre ganó porque cogió la caja a la fuerza y la metió en un bolso que semejaba un saco, la niña la midió con la mirada, se lo pensó y decidió patalear, manotear y llorar. Y lloró la niña mientras las tres mujeres se levantaban y recogían sus cosas y se colocaban sus chaquetas. Y a continuación la madre se esforzó por colocar a la niña la suya, verde como la caja guardada. Lloraba la niña. Todas de espaldas a mí excepto la niña, mirándome, involucrándome. Y sentí un deseo irrefrenable. El de decirle “¡Fea!”, vocalizándolo de tal modo que fuera la niña quien único se enterara. Pensé, justificativo, que sería el resumen de *Una niña majadera se afea*, frase demasiado larga para expresarla en tales circunstancias. Concluí: *¡Me engaño! Por más que me pese lo que querría es llamarla: ‘¡Fea!’ ¡A una niña!* La ni-

ña volvió a mirarme, y mientras para la madre y las tías abuelas –de pie y aún acomodándose chaquetas y bolsos– lloraba, yo percibí su impasibilidad en el fondo de las pupilas. Entonces, sin disimulo alguno, le grité a la niña lo que pensé únicamente vocalizarle. Aquello que la sobrecogió. Y en la cafetería, hasta los vasos de cristal se crisparon a la par que el aire.

–¿Le gritaste "fea" a la niña? –Emma está atónita.

–¡Casi me linchan! ¡Y la niña me escupió!

Emma no logra evitar la carcajada. Al aquietarse, transcurridos unos minutos, indica:

–Yo también tengo algo más que contarte: ¡Mi padre y mi madre se divorcian!

–¡Si tus padres se adoran!

–Estamos en la cocina desayunando los tres. A punto de irnos a la iglesia para asistir a una misa por sus veinte años de casados: ceremonia para festejar sus "Bodas de Porcelana". El regalo de papá es una vajilla nueva, y mamá está estrenando con nosotros las piezas del desayuno. De pronto papá, con aire ceremonioso, pronuncia con esfuerzo: "Tengo que hacer una confesión." Se me ocurre que papá va comulgar y que su declaración es parte de… Y prosigue hacia mi madre: "Yo nunca te he engañado. Nunca te he sido infiel. Tú eres mi amor. Pero una vez… Ya conoces cómo es el marido de mi hermana. Tanto y tanto me insistió que me arrastró a un prostíbulo. Y… me acosté con una prostituta. Es una carga en mi... Quiero que lo sepas. Y que me perdones." Mi mamá, que ha estado totalmente neutra, esboza lo que sería un rictus o una contracción, algo muy efímero… Y una sonrisa. Mi papá y yo soltamos dos suspiros y respiramos aliviados. Y de un extremo a otro de la mesa, mi mamá lanza a la cara de mi papá el jugo de tomate con el vaso incluido, agarra una punta del mantel, y vuela por los aires la vajilla y vuelan sus contenidos… Mi

mamá sale por la puerta del patio hacia el jardín y la calle, y no regresa –más tarde el abuelo recoge sus cosas, las más necesarias–. Mi papá parece tener sangre en el rostro, pero es más: es el jugo de tomate, las lágrimas, y sí la sangre de una herida en la frente. Se derrumba. Y yo no sé si correr tras mi mamá o si curarle la herida a mi papá. Y no hago ninguna de las dos acciones. Subo a mi habitación y me pongo a responder mensajes en el ordenador como si no fuera domingo sino un día de entresemana. Escucho el timbre del teléfono y sé que es de la iglesia. Nadie en casa contesta ese timbrar interminable que retorna.

Emma calla. Daniel calla.

La noche celebra el tiempo en el café.

Entre Emma y Daniel la vela se apaga dejándolos un poco más en penumbras.

En la casa familiar

Sin hablarse viven ellos dos en la casa familiar dividida por la mitad. Ella, Lorna, delante. Él, Damián, detrás. Una casa que es la última de la pequeña ciudad por la línea de la costa y el oeste, anclada como la cabina de un barco en un enorme patio que la rodea, y donde se alza un muro alto y áspero, y un portón de madera hacia la calle y los vecinos de la derecha, un muro bajo hacia el mar por el fondo, y las rocas y los manglares impenetrables de la izquierda.

El mar detrás es calmo como un lago en miniatura porque cincuenta metros más allá del muro bajo, que tiene una plataforma para solearse, hay un arrecife artificial. De inicio, para urbanizar y construir en esos terrenos donde la costa hace un recodo, echaron, a lo largo de ciento cincuenta metros o más, y unos detrás de otros, enormes bloques huecos de hormigón. De modo que el mar rompe contra sus estructuras. A esta barrera, impuesta, el mar la golpea enfurecido, y, desde la casa, es un espectáculo de agua que resuena y vuela y salta, y de cielos cambiantes e irrepetibles donde acaso amanece o atardece o anochece.

Ellos dos son hermanos y tienen más de treinta años. Se llevan cuatro de diferencia y él es el mayor. Los dos trabajan; él suele irse de madrugada pues la ciudad está lejos del centro de la capital donde se ubica su oficina; ella tiene horarios dispersos y las clases las imparte en una escuela a unas pocas manzanas. Esta mañana él la ha tomado libre y desde temprano arregla un estante de su cocina a punto de caer, y, como a las diez, decide ir a contratar una nueva cuenta bancaria. Para llegar a la calle él debe pasar por enfrente de la puerta de ella, o dar un rodeo bastante más extenso por el otro costado de la casa. Nunca se ven porque a la hora en

que él parte, ella duerme, y, a la que regresa, también. Y porque los fines de semana, o ella está en casa de su padre –son hermanos únicamente de madre–, o de viaje; o él está en la capital con su novia, o en el interior del país con su propia familia paterna. Y, si no, se recluyen cada quien: y, también ocurre que si uno va a bañarse a la costa, el otro no, o aguarda en búsqueda de no coincidir. Sus ceremonias no son comunes.

Cuando él cierra y se encamina hacia el portón, ella está sentada, a una mesa que con sillas ha sacado al patio, contemplando todo lo requerido para que ellos desayunen. Lo señala con una mano y le dice:

–Desayuna conmigo.

Hay un silencio cuando él, sorprendido, se detiene.

–Bueno –y, con lentitud, como si aún lo meditara, se sienta.

–Recuerdo lo que te gusta.

–Gracias.

Comen y beben con voracidad.

–Te preguntarás por qué vuelvo a hablarte… Se trata de que necesito saber por qué te opusiste a mi relación con Tomás. Era tu amigo desde la niñez.

–Es… complicado.

–Inténtalo. Terminemos de una vez y por todas con esto de no hablarnos. Hemos sido muy… próximos. No tenemos más hermanos. Aquí, en casa, nos sentimos respirar al otro lado de las paredes.

–No creo que deba explicarlo. A nadie.

–Se trataba de tu hermana y se trataba de tu mejor amigo. Nos querías a los dos... No tienes padre y nuestra madre está muerta. No hay tíos ni por tanto primos, y no tenías novia. Además tus novias aparecen y desaparecen. En esa etapa Tomás y

yo éramos las personas más… trascendentes en tu vida. Nos querías. Estábamos unidos. ¡Explícame! ¡Explícame por qué te opusiste a nuestra relación!

–No creo que deba… No creo que deba explicártelo en absoluto. A ti, no. ¡Vamos a olvidarlo!

–¿Temías perderme a mí?

–¡No! En esa época pensaba que nada nos separaría. Que a ti nunca te perdería aunque...

–Hasta he pensado… Sólo somos medio hermanos. Le he dado tantas vueltas… ¿Estabas… enamorado de mí? ¡Ni siquiera soy atractiva! Y eso hubiera sido… incesto.

–¡Estás loca! Ya me vino a la cabeza cuando te he visto aquí afuera con este frío y esperando a que yo cruzara, invitándome a desayunar después de años de ignorarme… Estás loca.

–¿Estabas… enamorado de Tomás?

–¡Cómo se te ocurre! ¡No soy…! ¡Me daría igual ser, pero no soy…! ¡Cómo se te ha podido ocurrir! Tomás era como otro hermano. Lo siguiente será que afirmes que yo andaba enamorado de los dos: ¡Incesto por partida doble!

En el patio de la izquierda se escucha un ruido y él atenúa la voz. El desayuno en sí ha concluido. Él hace un ademán en dirección a la mesa donde no queda que beber ni que comer y…

–¡No! ¡No te vas sin decirme! Necesito saber. Que lo hablemos entre nosotros dos y lo dejemos atrás.

Retorna el silencio. Cargado de tensión. Él se tapa la boca.

–No nos volveremos a hablar porque te lo explique... No es que fuera a ser así de sencillo. Quizás… explicártelo no sea lo peor...

Él vacila. Traza una ruta de escape con la mirada. Se restriega los labios con una servilleta. Hasta que…

–Tomás era muy distinto a nosotros, pero era mi amigo, el que me defendía en el colegio, en el campo de futbol, en las calles, en el barrio…

–También me defendía a mí.

–El sexo… Tú sexo es otro. La amistad mía y de Tomás… Yo conocía todos sus defectos, sus secretos. En cuanto a mí, soy, fui muy tímido en la niñez y la adolescencia, y muy enfermizo; alguien débil y sin habilidades físicas. Eso cambió poco a poco en la universidad, también porque cuando Tomás no aprobó la selectividad y desistió, yo tuve que conseguir arreglármelas. Me transformé, y empecé a tener éxito con las mujeres, y a sostener relaciones… hasta más de una relación al mismo tiempo. Yo cumplía veintitrés años y tú diecinueve cuando… Ya tú con diecinueve años y nunca alguien te había besado, todavía eras “virgen”.

–¡Mi problema!

–¡Y el mío! ¡Eras, eres mi única hermana! Y no es que no seas atractiva, es que… es que no sacas partido a tus posibilidades de…

–¡No sigas! ¡Me enfrento a los espejos desde niña! Y hace mucho que no consigo mentirme.

–Le pedí el favor a Tomás.

–¿Qué…?

–Que le pedí el favor a Tomás de que se acostara contigo.

–¿Hiciste eso? ¿¡Hiciste una cosa como esa!? ¿¡Cómo…!? ¿Acaso eras Dios?

–Pensé que a Tomás, tan mujeriego, no le importaría un comino, y que tú obtendrías la experiencia; y que, conociendo los defectos de Tomás tanto como yo, no te enamorarías.

–¡¿Pensaste?!

–Y que no se te pasaría la juventud, como se te pasaba la adolescencia, sin saber cómo era el… sin las… celebraciones del sexo…

–¡Tomás me…!

–Tras acostarse contigo, Tomás percibió que te habías enamorado y estimuló tu enamoramiento para que establecieran una relación estable y para que… lo mantuvieras. El rechazo a Tomás dentro de su familia aumentaba por sus irresponsabilidades, despilfarros, vagancia... Era un delincuente de poca envergadura, pero un delincuente. En cuanto a ti, yo que se lo había propuesto bien sabía el por qué de su acercamiento, y, por supuesto, por qué se estaba quedando junto a... ¡Nunca deseó acostarse contigo y nunca te quiso!

Damián no se mueve cuando Lorna salta y lo abofetea.

Suena la campana del portón, similar a la de un ring de boxeo.

El sonido de la campana es el de un estallido.

Ellos no abren.

Ella propone:

–Traeré más café –y se levanta con tal propósito, real o supuesto, sin que él asienta o no. Cuando regresa:

–¡Y no me lo explicaste entonces! ¡Sino que avisaste a la policía del próximo robo de Tomás! ¿Cómo te sentiste cuando fueron a detenerlo mientras robaba, e intentando escapar se ahogó? ¡Porque fuiste tú quien avisó a la policía, ¿verdad?!

¿Qué no hubiera hecho yo por ti? Eres mi única hermana. Te vi llegar a esta casa desde el hospital. Con nuestra madre. Tan diminuta. Tan poca cosa. Yo tenía cuatro años para cinco. Me eché a llorar. Por temor a que te dejaran caer. Por miedo

a que te devolvieran al hospital donde habías estado semanas porque llegaste antes de… Has sido nuestra pequeña. Eres mi pequeña. Me importas más que yo. Te he querido más que a nuestra madre. Deseaba que tuvieras como todas las muchachas la experiencia del sexo. Que no te murieras sin… Que no te fueras a morir "virgen". ¿Qué no haría yo…?

–Eso… hice. Avisé a la policía.

–Yo solo tenía diecinueve años. No veintinueve o treintainueve… ¡Yo quería a Tomás! ¡Es cierto: tú y yo no vamos a volver a hablarnos…! Cuando te acabes el café déjalo todo tal como está. Yo entraré. Mis clases son por la tarde. Ahora siento demasiado frío y tengo sueño.

Un deseo de abrazarlo

Descendió casi sin pensarlo. Caminaba hacia un café donde sentarse a leer el periódico cuando vio la barandilla de hierro y los escalones. En medio del sol incierto, resbaladizo, localizó el cartel, torció la ruta, e inició la bajada, mientras se preguntaba cómo no había advertido en otros paseos la existencia del lugar.

Si se hubiera dado tiempo para decidirlo, el temor a la sordidez de ciertos acosos, a la agresividad de indigentes o asaltantes, o a la irrupción de la policía, habrían frenado su impulso. Al menos se hubiera detenido cerca, con el pretexto de contemplar las vidrieras comerciales, para controlar las entradas y salidas antes de descender o no. No era él de esos sitios, y ya tenía más de cuarenta años. Probablemente el esplendoroso color azul de las losetas, visible desde los primeros escalones, resultó determinante. Luego la abundancia de luz, gracias a las claraboyas que los transeúntes pisaban al andar sobre la acera, y lo amplio del salón, con ocho urinarios y cinco puertas completas para los servicios en ese momento desocupados, devinieron incitadores.

Al fondo de los urinarios, dos ancianos de pie. Vestidos con corrección. De espaldas, explicablemente uno junto al otro. Que giraron por un instante y no advirtiendo peligro continuaron con lo que se traían entre manos. No precisó cuál era la diversión. Eligió el urinario más próximo, y a lo suyo. Había bebido bastante.

De inmediato entró un joven. Cinco urinarios vacíos seguidos. Dos a dejar de un límite y dos del otro. Pero no, el joven se situó a su lado y con la vista al frente se pegó de modo desacostumbrado a la pared donde se empotraba el urinario. Una de sus manos, sin embargo, se alzó como al descuido y alisó los cabellos en un gesto delator.

Él ya terminaba. Había mirado al joven cuando sintió que alguien llegaba. Volvió a observarlo para prevenir. Parecía un estudiante universitario de último año, asustado e indeciso, pero ladeó la cabeza y los ojos anclaron. Tras lo que el joven enfiló la vista hacia el centro de él.

¿Por qué no? Y tampoco ahora se dio tiempo para reflexionar, mantener sus hábitos, sus disciplinas, colocar barreras, marcharse como de un infierno. Se acarició a sí mismo, y por encima de la separación de los urinarios, echó una ojeada y comprobó que el joven también.

Separándose un poco, y, asegurándose de que los ancianos no veían, se mostró. El joven no se atrevió a más. Él sugirió:

–¿Nos tomamos un café? –y salió a esperar al joven.

–Hola, desconocido –saludó el joven al pisar la acera.

–¿Desconocido? Cerca habrá una cafetería. Podremos conversar un rato. Sin compromiso. Una media hora.

–Después tengo una cita. Cruzando la avenida.

–No crucemos nosotros. Doblemos en la próxima calle y aparecerá la cafetería. Si has aparecido tú tan...

–No se burle. Tengo espejos. Mi madre tiene un espejo en cada habitación de la casa.

–Los espejos de mis ojos son más reales.

–Prefiero… creerlo. Es reconfortante. Acepto lo de ir a “una cafetería”. Y lo de “sin compromiso”.

Cuando se sentaron delante de dos tazas llenas, humeantes como chimeneas de loza, indagó:

–¿Y qué compromiso pueden establecer dos desconocidos?

–Cualquiera posible, es no.

–Tan rotundo.

–En principio.

–¿Qué haces? -preguntó al joven.

–Estudio música. Piano y flauta. Los últimos cursos en el Conservatorio.

–¿Por qué dos instrumentos y no uno con toda la pasión?

–Porque tendré más opciones de trabajo cuando finalice los estudios.

–Pero, ¿y lo determinante de la pasión? –insistió clavándole la mirada y viéndolo dudar.

–La pasión está.

–Dividida.

–Como un corazón dividido. Me sobra pasión.

–¿Seguro? –Como el joven no respondió, refugió la mirada en la taza de café, escondió las palabras a decir tras un sorbo, y eligió cambiar el rumbo de la conversación–: ¿Vas con frecuencia a ese...?

–¡No! Me da temor y...

–¿Y qué más?

–Y me disgusta que a veces varios dan vueltas para escudriñar lo que hacen otros. Disfrutan con ser los espectadores.

–Poco placer.

–Ninguno.

–¿Ninguno?

–Tenía necesidad de… orinar. Me queda al paso hacia el Conservatorio. Y también, por curiosidad. Por si encuentro alguna persona que me guste.

–¿Qué clase de gente se puede hallar en un aseo?

–Toda clase de gente. A ti –respondió eligiendo el tuteo.

–A mí por puro azar –tuvo conciencia de su ademán de inseguridad al llevarse una mano al rostro, y eligió cambiar de nuevo muy ligeramente el rumbo–. ¿No te preocupan los riesgos físicos?

–¿Decidió dejar el tema de los riesgos morales? –Y retornó al "usted"–. Porque a eso se refería, y no a lo físico.

–¿Dejar? Por unos minutos.

–Confío en mi intuición. Un músico no puede serlo sin intuición. Con usted… contigo no me equivoqué. No eres común. Y... el encuentro casi nunca trasciende. No se sale del aseo hacia una cafetería. Menos, hacia un dormitorio. Cada quien sale por su lado. Además, allí voy por excepción.

–¡Qué suerte la de tropezarnos! Porque yo no voy –y tomó su último trago de café–. ¿Qué harás al graduarte?

–Enseñar música. O quién sabe. Irme a la capital para no regresar y olvidarme de esta ciudad.

–Es una responsabilidad enseñar. No debería ser una solución económica.

–Es una responsabilidad. Y una solución. No es fácil conseguir trabajo como ejecutante. No si lo que a uno le importa es la música de concierto.

–¿Por qué olvidarte de esta ciudad? ¿Es que vives mal tu homosexualidad en la provincia?

–No. La vivo bastante abierta. Creo que mis condiscípulos saben cómo soy, y al menos de frente me respetan. No lo hablamos. Tampoco lo he hablado nunca con mi familia. Me desconciertan. No sé si se han dado cuenta o no. Mejor no averiguarlo. No tocar ese tema con mis padres y hermanos. Vivo con ellos y, total, no me presionan. No me preguntan por posibles novias, ni por qué desaparezco de la casa

algunos fines de semana. Mi círculo de amistades es amplio, pero mi círculo de amigos es como yo –y luego del largo párrafo pareció aliviado.

–¿Por qué desapareces de casa algunos fines de semana?

–¡Vaya!

–¿Qué?

–Preguntas lo que mis padres no preguntan.

–Mi derecho es preguntar. El tuyo responder o no. Podemos marcharnos. Pago los cafés y nos despedimos.

–Desaparezco para estar con alguien.

–¿Tienes pareja?

–Sí.

–¿De tu edad?

–¡Qué me puede dar alguien de mi edad!

–Juventud. Pasión en su pureza. ¿O es que acaso necesitas un abuelo?

–Ni siquiera un padre. Ni un amigo. Sino un amante adulto. Mi pareja es mucho mayor que yo.

–¿Vive acá? –y lo inquietó que pudiera hacer acto de presencia en la cafetería, que le doliera descubrir al joven con otro.

–Es de la capital y viaja acá los fines de semana. Bueno, la mayoría. La semana se torna larga, y si son dos semanas transcurren interminables.

–¿De qué se ocupa?

–Es economista. Somos muy dispares. Pero llevamos cuatro años de relación, cuando comenzamos yo aún no cumplía los veinte.

–Acuéstate conmigo.

–¿Cuándo? Mi tiempo libre es poco.

–En un hotel. Mañana. Estamos a martes y con tu juventud ya tendrás nuevas energías para el viernes o el sábado. Fijemos una hora y una esquina. Que sea seguro. Nos esperaremos sólo quince minutos.

Acordaron hora, esquina. Expresaron la decisión de reencontrarse. Al irse alejando hacia extremos opuestos se viraron para repetir el adiós. Y volvieron a virarse, hasta que doblaron y la ciudad se los tragó.

Al otro día él aguardó cuarenta minutos. Maldiciéndose por no irse a los quince. El joven no acudió. Entonces se encaminó hacia un bar y completó en aquella mesa dos horas. La noche anterior, al repasar los sucesos, había determinado con lucidez que su cita con el joven culminaría en un fracaso. Demasiado suave aquel joven. Demasiado temeroso, aunque lo escamoteara a ratos. Ante la no asistencia, quería averiguar si el joven era un adicto a los urinarios. Al sexo casual y no consumado. O consumado en los aseos. Averiguar sólo por conocer mejor a los humanos. A algunos estudiantes de música. Intuitivos, sensibles, cultos. Lo cierto era que a partir de haberlo tropezado en aquel tipo de sitio, y, sobre todo, de saber que engañaba a su pareja, el joven no le interesaba afectivamente.

Completadas las dos horas, y en horario aproximado al del encuentro del día anterior, ya en la calle entró al aseo. Había un hombre adulto, en el urinario del fondo. El joven estaba en uno de los dos del otro extremo, al lado de un anciano. Recordó el comentario que él le había hecho respecto a la búsqueda del abuelo. Cuando él entró, con el joven se miró por unos fugaces segundos. Él dio media vuelta y salió con rapidez. Pero, se quedó medio escondido en la acera, fingiendo leer uno de los periódicos de un puesto. Cuando el joven casi de inmediato salió a su vez, sin buscar con la mirada, él, enganchado, volvió a entrar. Le había impresionado el hombre adulto, vestido con elegancia. Su figura en gabardina recortando el urinario.

Justo detrás de él entraron dos ancianos, y el hombre adulto de inmediato se fue.

Él deambuló el resto del día como perdido. Comió poco. Pensó en resolver lo de su deseo por sí mismo, pero no se decidió. Y regresó al anochecer al aseo. No sabía qué buscaba. Le dolía allá abajo. Y le dolía arriba: algo dentro del pecho.

En el aseo había otro hombre adulto, bajo, fornido, casi calvo, de bigote, de unos treinta y tantos años, vestido con modestia. Con un aire de masculinidad y solidez. Y varios viejos, escurridizos. El hombre, no. Tenía unos ojos grandes, llenos de calma, capaces de mirar y sostener la mirada.

El hombre y él se quedaron inmóviles unos segundos. Reconociéndose, aún cuando nunca se hubieran visto. Se sintió recorrido de pies a cabeza. Sintió cómo el hombre lo midió, sin apuro. Cómo el hombre lo imaginó por delante y por detrás. El hombre iba saliendo y él se regresó, fue tras los pasos del otro. El hombre entró a un centro comercial. Haciendo tiempo para que él no le perdiera la pista. Y se encaminó al aseo. Todo reluciente. Solitario. Uno al lado del otro se vieron. Y a él lo impresionaron, lo grande de los dedos del hombre, lo grande de sus manos. Unas manos bienhechoras, cálidas.

Dejaron el aseo porque entró una empleada a limpiarlo.

Hablaron en la sección de instrumentos de carpintería. El hombre era carpintero. De una población vecina. Dueño de un negocio. Él no le preguntó si era casado, para que no se esfumara el encanto. Sin embargo tuvo el coraje de precisarle que si prefería que él desapareciera, se lo indicara. El hombre dijo que no. Que subieran al aseo de dos plantas más arriba.

Subieron, pero entraban y salían personas de continuo. Sin hablarlo, como si los empujaran, regresaron al aseo público, en el sótano bajo la acera. Y entraron sin

preámbulos a uno de los cubículos con puerta y se sacaron fuera lo que había para sacarse y se tocaron los rostros y también los pechos, los brazos, las manos, los muslos, y otra vez los rostros.

Hasta que la cascada de cada quien saltó a las paredes, al piso, sin palabras.

Y sin palabras el hombre pareció esfumarse. El aguardó un minuto y subió hacia el viento de la noche, subió sofocado hacia la calle iluminada y repleta de personas. Para ser una persona más.

Pasaron dos o tres días. Nunca le habían gustado los aseos. Allá abajo había dejado de dolerle. Ahora él se endurecía en cualquier sitio sin aviso.

Regresó al aseo una tarde. Había un muchacho de poco más de veinte años, con una mirada desesperada. Tuvo miedo. No se decidió a pesar de que aquella mirada lo apresó no por su atractivo sino por su angustia.

Dos horas después, cuando retornó diciéndose que realmente le urgía orinar, allí estaba aún aquel muchacho desconocido, apoyado en una de las paredes, inexplicablemente sin hacer nada… No para quien no supiera.

Allí estaba el muchacho, dueño de todo el recinto.

Y él supo que el muchacho estaba aguardándolo porque su propia mirada había sido, era, desesperada. Tanto como la del otro. La mirada de un náufrago. De un preso. De un moribundo.

El muchacho entró a un cubículo y él se aproximó y se quedó fuera. La puerta abierta, uno a cada lado, oyendo sus respiraciones entrecortadas. Mirándose. Adelantando las manos hacia el otro. Y todo fue extraído y quedó a la vista. Y comenzaron. El muchacho le acariciaba la cara y gemía como un animal acosado. Y perseguía sus ojos con aquella mirada que le pedía que entrara, que cerraran la puerta, que se desnudaran. Y restregaba su rostro contra el de él. Y le clavaba los ojos.

Aquella mirada de angustia y desamparo. Y él supo que estaba loco. Que el muchacho estaba loco. Que los dos estaban locos de la misma manera y de maneras distintas. Que si entraba alguien y por cualquier motivo pretendía detenerlos, parar el ritmo de sus manos, lo despedazarían. Devorarían sus entrañas. Y continuarían hacia delante y hacia atrás. Amos del mundo. De sus propios cuerpos y sus celebraciones. Del espacio poblado por su desesperación. Amos de su placer y de su tormento. Y en el momento cumbre tuvo un miedo que lo traspasó. Entonces el muchacho compuso sus ropas. Acomodó el rostro, la mirada. Una, vacía. Como la de una máscara sin ojos. Y siempre sin articular palabras le cruzó por delante. Dejándolo con las piernas temblorosas y un deseo de abrazarlo.

Cuando él salió a la calle, alguien miró hacia su pantalón, manchado de blanco por el muchacho. Él se quedó rígido, interrumpiendo el paso de la gente. Pegado su pantalón a una pared invisible por aquel líquido tan silencioso como su dueño de ojos locos y gimientes. Su dueño, aquel sin palabras y recién escapado, atrapado por la noche y la ciudad. Y él supo que lo buscaría. Que no pararía hasta reencontrarlo. Supo que el muchacho lo había marcado como se marcan las reses durante las ceremonias de apropiación. En el flanco. Y con una punzada quemante en el centro de su destino.

Una presa mayor

Ella espera frente a la cabina telefónica ocupada por un empleado de la empresa que manipula unos y otros y otros cables.

La cabina se halla en la acera, lindando con uno de los extremos de una estación de trenes a una hora de la capital.

Ella escucha un ruido y da poco menos de una media vuelta. Alcanza a observar que una puerta se abre, empujada desde afuera por una patada. Le molesta la violencia innecesaria.

La otra es joven y no entra por la puerta que ha abierto. Pelo negro y corto. Pantalón, pareciera de hombre, violeta oscuro. Chaqueta, quizás también de hombre, azul. Botas. Y se queda aguardando, también parada sobre la acera, e inmóvil, que una mariposa enloquecida encuentre el espacio libre de la puerta.

La recién llegada le recuerda a una mujer del pasado reciente, un episodio…

Ella se había otorgado a sí misma un plazo de media hora para que se produjera un encuentro. Las mujeres que aman a mujeres no solían salir a la calle a buscarlas expresamente como si se tratara de cazarlas. No expresamente a buscarlas en avenidas, calles, callejones, parques, plazas y plazoletas ni siquiera en una capital tan extendida como aquella. Lo aceptó: se moría de ganas de hablar con otra mujer. No con alguien, no con cualquiera, ni siquiera con cualquier otra mujer: con una que existiera siendo una posibilidad. Si no aparecía alguna en media hora, entonces como tantas veces ella regresaría al trabajo. La esquina que eligió, para detenerse con el pretexto de las vidrieras, estaba llena de pequeños comercios y atraía a numero-

sas personas. De pronto, contra la amenaza de la improbabilidad, una mujer muy joven caminaba entre la multitud, vestida totalmente de verde, incluidos los zapatos y el cinturón. Eso y la piel oscura, con cabello corto y negrísimo, hizo que ella la diferenciara entre la muchedumbre. La mujer le devolvió la mirada. Las dos exhibiendo entre sí su interés. Y cuando le pasó enfrente, ella se viró para seguirla con la vista. A unos pocos metros, delante de una joyería, la mujer se detuvo, y sin ver las joyas, volvió a mirarla. Ella avanzó consciente de que nunca había hecho algo igual, y se situó a su lado, y las dos fingieron interesarse en anillos, pulseras, relojes, pendientes y collares. Pero cuando trató de saludarla con una expresión del rostro, la mujer prosiguió el camino. Ella, desconcertada y molesta, retornó a la esquina, a la vidriera de la ropa interior femenina; aún restaban unos minutos de su plazo. Se sorprendió cuando al querer ubicar aquella espalda perdiéndose en la distancia, percibió que aquel cuerpo se había detenido de nuevo, le buscaba los ojos y se acariciaba por encima de la blusa, una prenda que casi era una camisa. Ella echó a andar por segunda vez en su dirección, y al rebasarla la saludó sin palabras. La mujer simuló no detectar el intento de comunicación mientras la adelantaba. Lo sucedido le intrigó más, sin dejar de divertirla; y le caminó detrás a aquella sin poder creérselo. La mujer, indescifrable para ella, bajó con rapidez unos escalones, atravesó una plaza, se adentró en un pasillo, subió otros escalones más estrechos y desembocó sobre una ancha avenida, asegurándose de tanto en tanto de que continuaba siendo seguida, y deteniéndose por un momento si la distancia entre las dos se hacía muy grande, aunque reiniciando su marcha de modo de no resultar alcanzada. Ella comenzaba a cansarse. Ya había recorrido parte de la ciudad esa mañana. Y, además, no acertaba a definir los propósitos de la mujer. *¿Acaso se está burlando? ¿Haciendo que me desplace para desaparecer sin previo aviso? ¿Llevándome a un sitio desierto?*

¿Conduciéndome a algún lugar para que un hombre me asalte? O lo que podría resultar igual de desagradable, ¿me insultará cuando menos me lo suponga? Encima de la inmensa avenida, la mujer, ya en la acera opuesta, se volvió para contemplar como ella cruzaba. Ella giró para ir a apoyarse en un muro, volver a girar, abrir los brazos de par en par, y, de inmediato, de frente en la distancia, abrazarse con intensidad a sí misma. Decenas de personas en los alrededores, y las provocaciones entre ellas pareciera que sólo eran notadas por las dos dentro del ir a su aire de cada quien. La mujer efectuó una media vuelta y ella pensó que desistía, que asustada, quizás de lo inusual de la situación entre mujeres, abandonaba la posibilidad de intimar. Pero la mujer, en ruta, alzó un brazo en línea recta hacia el cielo como indicándole que debían reunirse más allá. Se reinauguró el juego persecutorio y la comprobación mutua de que las dos lo jugaban, hasta que aquella entró a una cafetería. Ella cayó en cuenta de que el destino era un aseo para mujeres, y se quedó a unos metros. *¡Qué es esto! Los aseos no son lo mío. Faltaría más.* La mujer, de regreso en la calle, tomó el sentido inverso a aquel en que ella aguardaba, y a unos cincuenta metros de la cafetería y cerciorándose de que se tomaba nota, se metió a un edificio colocándose frente a la puerta del ascensor en un vestíbulo solitario, reducido y oscuro: sórdido. Ella, a pesar de sus aprehensiones anteriores, aunque hubiera preferido que hablaran, se acercó al ascensor y encarando a la mujer empezó a rozarle un hombro por sobre la blusa de tela sedosa. Muy leve y discretamente, como si no. La mujer fue tensándose. Al abrirse la puerta del ascensor penetraron, la mujer apretó el botón de la tercera planta, y desabrochó los dos botones superiores de su blusa. Lo que ella hizo en respuesta fue concentrarse en acariciarle el rostro. Caricia que fue rechazada, pero que ella retomó de la frente hasta el pecho derecho. Ella estaba sorprendida por las intenciones y el mutismo de la mujer. Cuando el ascensor

arribó a la tercera planta, el único piso estaba, por fortuna, cerrado. Ella quiso detener el ascensor pero no localizó el botón. Con mucha celeridad ascendieron a la quinta, donde la puerta dio directo a una oficina de turismo llena de empleados y clientes. Ella se interpuso entre la mujer y dos hombres que aguardaban para bajar. Con lo que aquella tuvo tiempo de cubrir, con un sobre manila que llevaba, lo que ya estaba al desnudo. Ahora eran cuatro en el ascensor. Ella había hecho un gesto de equivocación y había vuelto a marcar la tercera planta, donde un instante después puso expresión de fastidio. Todos descendieron en la planta baja. Ella evitó mirar a los dos hombres al rostro. En la calle, ella y la mujer emprendieron direcciones opuestas. Ella sintió que nunca tuvo una auténtica oportunidad de que hablaran; reconsideró, volvió sobre sus pasos y reanudó en lo que le tocaba aquel juego persecutorio. Solo que la mujer desapareció velozmente dentro del edificio de una compañía de cocinas de gas, dejándola tirada fuera. Ella decidió aguardar, sintiéndose en una situación inédita y desventajosa; y pidió un refresco y un pastel en una cafetería desde la que podía ver la entrada. Unos minutos después la mujer reapareció, pero al detectarla a ella entró a una peluquería con el claro mensaje de que cortaba el juego. Ella no se aproximó. Fingió no verla. Terminó refresco y pastel, y los pagó. Caminó en sentido contrario, y, a unos cien metros, se quedó de pie en la acera, en medio de la gente que pasaba, y permaneció allí un rato con tantas palabras enmudecidas y sintiendo que una mariposa le había entrado a la garganta. Permaneció un rato interminable. Y con una sensación en su tacto que terminó por hacerla sonreír: la de haber tocado, en definitiva, nada.

La mariposa que revolotea contra el cristal de la ventana, cerca del límite entre ventana y puerta, con el montón de carbón a sus espaldas, es un insecto sin encanto.

Ella piensa que tal vez es una puesta en escena que la ha elegido única espectadora, e intenta concentrarse en lo que ocurre en la cabina telefónica, en las ideas y venidas del técnico, pero no lo logra.

Pasan minutos, y bruscamente la otra mujer entra a la carbonería sin volverse hacia la mariposa que queda atrás golpeándose contra el cristal.

Los ojos de ella siguen a la otra al interior, y cuando vuelve a mirar hacia la ventana ya nada revolotea. Allá, una mano de la otra remueve sensual con un hierro los trozos de carbón. Después, la mano sobrepasa lo sensual. El cuerpo de la otra gira y ella siente como inacabablemente le clava los ojos. Del centro del cuerpo al otro centro arriba. Se pregunta si la otra mujer desea para sí una presa mayor, y piensa:

¿Quién en la trampa? ¿La mariposa dentro de la carbonería buscando una salida? ¿Ese cuerpo de una mujer como yo, de una mujer vestida como hombre, que luego de abrir de una patada la puerta, no entra y contempla sin moverse la mariposa en su locura? ¿Yo?, cerca por azar, esperando que se desocupe la cabina porque he perdido el maldito teléfono móvil. Y si soy yo, ¿atrapada por cuál de las dos puestas en escena? ¿La de la mariposa o la de la figura humana desconocida? Revoloteo. Inmovilidad. Sensualidad. Ceremonia. Celebración. Más. Dentro. Más. Fuera. Tan al alcance. Deseo. ¿Ellas? ¿Yo? ¿Una invitación a pisar el escenario? Donde tanto carbón por encender.

Telas de arañas

Todavía en la villa, en el parque central, las muchachas paseaban en un sentido y los muchachos en otro. Hasta que se les permitía sentarse juntos en las bancas o caminar juntos, entonces las parejas se movían en el sentido en el que lo hacían las muchachas. Esto describía la villa tanto como su malecón hacia la bahía, el puerto construido en uno de los cayos de mayores dimensiones, las casas bajas, la larga y ancha avenida que la dividía, y los treinta mil habitantes.

Él viajaba desde su ciudad, una capital de otra provincia, para reiniciar la relación con la que había sido su novia. Tenía quince años y había conquistado una gran independencia respecto a su familia, no obstante que sólo eran dos hermanos y todos estaban muy unidos. Aunque él seguía estudiando dentro del sistema nacional de enseñanza, lo hacía de noche, porque trabajaba; y el tener un salario le permitía tomar un buen número de decisiones, como la de realizar esta visita en un fin de semana en contra de las opiniones familiares, ésas que atañían a que los idilios a distancia desembocan en auténticos desastres.

El viaje era una aventura llena de descubrimientos porque él había viajado poco, y, como nunca desplazándose hacia el este, esta ruta le resultaba inédita, incluido el que la mayoría hablaba con otra cadencia y pronunciando muy mal.

A su novia la conoció año y medio atrás estando los dos fuera de sus ciudades, becados para estudiar un profesorado del que, posteriormente, desistieron; él, abandonó primero, porque la fractura de una pierna hizo que perdiera un semestre; y ella, después, al no aprobar el primer curso. Cuando el renunció a la beca, la única carta de su novia –que su madre le entregó en el hospital– fue la de la ruptura. “Por la

distancia.”, argumentaba. La verdad, de la que le llegaron noticias por la vía de compañeros comunes, fue que ella casi de inmediato comenzó a andar con otro.

Transcurridos unos meses, cuando ella regresó a la casa familiar le volvió a escribir para retomar el noviazgo.

Él pensó que aceptaría lo de la reconciliación por si acaso resultaba –las ciudades de ellos se hallaban a unas tres horas entre sí, y la posibilidad de viajar a verla los fines de semana, uno cada mes, le pareció atractiva; también porque él residía en el interior, sin mar ni ríos, y ella en una ciudad costera, un puerto con playas cercanas–, y porque si el noviazgo no trascendía, podría recordar que era él quien finalmente la había abandonado, cosa que ejecutaría al menor síntoma de mal funcionamiento.

Él llegó al puerto un viernes en la tarde, en uno de esos anocheceres naranjas sobre los azules marinos. A ella y a sus padres los vería en la noche cuando estaba invitado a cenar.

Consiguió alojamiento en un pequeño hotel que, justo enfrente, tenía una avenida con bancas de madera: Una habitación individual, sencilla, amplia y con una puerta balcón a esa vía principal.

La casa era modesta, de cemento y tablas. Los padres, amables. Existía un hermano de doce años del que él nunca había tenido noticia. Un hermano con dificultades para el aprendizaje. Ella, casi la misma, con la aparición de una ligera tendencia a la gordura.

Después de cenar se fueron los cinco al salón a tomar el café, y pronto los padres se retiraron al interior, dejando las puertas abiertas, la que daba al comedor y la que daba a la calle. Y dejando al niño con ellos. El niño se reveló un testigo ávido. Grandes ojos muy abiertos y muy fijos. Un testigo de besos, abrazos y tocamientos que a él lo privaron de parte del placer y le limitaron el ir a más. La escena se le re-

veló grotesca, y se extrañó de que a ella pareciera no importarle lo inusual de tal situación.

Cuando aún temprano él se despidió hasta la noche siguiente, se encaminó al parque central, ya algo desierto, y se sentó a hacer balance de lo ocurrido y de sus sentimientos y sensaciones. Descubrió que no se sentía especialmente emocionado por haberla reencontrado. Ni la percibía especialmente atractiva. Ni, tampoco, la sentía palpitar adentro. No existió temblorosa emoción al volver a verla. No la hubo.

Se le acercó una joven, de veintitantos años de edad acompañada por una niña de unos ocho, de la que afirmó que se trataba de su hermana. Ella con la niña se sentó a exprofeso en la misma banca. Y él fue sometido a numerosas preguntas que respondió con desgano; incluso la niña le preguntó.

Hasta que la muchacha le propuso ir con él a su hotel, subir a su habitación, y señaló que la niña podía esperarla en un café próximo donde trabajaba una prima adolescente; la ciudad era muy tranquila y aunque cierto que muchos dormían pronto, no todos.

A él la propuesta lo agarró de improviso, y temiendo problemas si aceptaba, se levantó con brusquedad. Mujer y niña lo siguieron hasta el hotel. Desde la ventana de su habitación él podía verlas sentadas en un bordillo, esperando.

Se desnudó, se masturbó tras las persianas, y exhausto se metió en la cama y se durmió.

En la mañana del sábado cogió un lanchón que atravesaba durante una hora la bahía para llegar a las playas. Pudo contemplar el puerto y las inesperadas casas en algunos de los cayos, así como los pueblos de pescadores, tan blancos y con sus barcas amarillas para resaltar sobre los azules del mar y los verdes de las costas. Soplaba viento y quedó fascinado: por las redes colgadas como enormes telas de

arañas, por sus azotazos y ondulaciones; y, de repente, se sobresaltó pensando si en realidad no estaba atrapado, y si un insecto gigantesco cumpliría su expectativa de devorarlo.

En el vestidor de la playa en la que desembarcó, mientras se desvestía, se le acercó un hombre, de unos treinta años, en bañador, que intentó conversasen. Él fue capaz de percibir que este hombre debería tener indiscutible éxito con las mujeres. Y le llamó la atención que en el centro del pecho, lleno de vellos negros y enmarañados, tenía un pronunciado hundimiento. Era simpático, o lo intentaba desde una expresión risueña.

Él dudó de si el hombre pretendía algo más que una conversación. Y como no estaba interesado, entonces cortés, pero firme, se alejó. Sintió los pasos del hombre detrás, como para no dejar que él se le escapara; apresuró los suyos, se inventó algo que preguntar acerca de la playa a una muchacha; y los otros pasos cesaron.

En la tarde él se sentó en una mecedora del hotel, en un pasillo abierto que bordeaba un patio interior. El calor lo había levantado de la siesta. Se balanceaba al ritmo de su desasosiego en cuanto a su noviazgo.

El mismo hombre de la playa apareció –también era un huésped–, y se sentó a su lado, desplegó una sonrisa y le habló alguna intrascendencia en cuanto al clima. Él no le respondió, se levantó y volvió a su cuarto.

Cuando cerró la puerta con la llave se quedó con la espalda apoyada y el picaporte clavado en los músculos lumbares, quieto, contemplando la habitación y escuchando los ruidos del hotel, del pasillo...

Poco a poco dejó atrás las posibles intenciones del hombre, no sin dudar acerca de si comprobarlas para… Para oponerles un rechazo y que cesaran las tentativas de acercamiento.

Y se concentró en imaginar con intensidad una nueva noche de padres y hermano, de cena y café de los cinco; y de su novia, el hermano de ella y él en el salón durante dos interminables horas de espectáculo.

Todavía restaba tiempo para la cena, y pensó en buscar a la joven de la noche anterior. Decidió que, si la localizaba sin su hermana, se la traía al hotel. Quizás fue que él la flechó. Y, a él, el deseo por la muchacha le levantaba la sangre.

Bajó a la recepción y le preguntó al empleado, describiéndoselas. Éste le explicó, en confianza, que era una prostituta conocida en la ciudad, con su hija, fruto en la adolescencia de la violación de dos marineros borrachos que, atrapados, ya nunca más retornaron a su barco pues fueron linchados por la muchedumbre. Que la ciudad era muy tolerante con la prostituta, y que, hiciera lo que hiciera, se fingía que nada sucedía.

Él subió, ordenó su exiguo equipaje y adelantó su partida.

Y no se despidió, ni siquiera del recepcionista al pagarle el alojamiento.

No afirmaría que la playa es gran cosa, concluyó. *Tampoco mi novia. Ni la prostituta. Ni el hombre con el pecho hundido.*

Y a lo que le dio vueltas fue a qué pensaría el niño la noche pasada, desde su diferencia, cuando los veía besarse casi al alcance de sus manos que parecían dispuestas para tocar.

En el dilatado tiempo, al recontarse ese viaje, digiere: *Uno traza en cada gota de lluvia la génesis del lago.*

En el autobús, abrió su mano izquierda, la plantó contra la ventanilla, luego la separó y con esta ceremonia casi imperceptiblemente dijo adiós con un ademán.

Entonces cerró los ojos, los apretó. Cuando los abrió, sonrió a la pasajera que tenía a su derecha. Le preguntó hasta dónde viajaba. Escuchó con atención.

Al conejo lo decapita

Al conejo lo decapita con un hacha. Un golpe como para decapitar un simio. *Jamás cociné un conejo. Tampoco cociné un simio.* Se percibe confuso. *¿Amnesia temporal?* En la cocina, avanzada la mañana, no logra determinar la génesis de la decapitación de un tipo de animal que no le es cercano. *¿Por qué un ejemplar vivo? ¿Se trata de cocinarlo? ¿Compré el conejo en una tienda de animales? ¿Por qué no fui al mercado del barrio para adquirirlo desollado? ¿O, sin más complicaciones, por qué no acudí a comerlo a un restaurante inglés? ¿De dónde esto de comer conejo? Sé que inicialmente entre los ingleses era una carne que consumían los pobres. ¡Mi manía de acumular datos! La sangre está por todas partes, ha hecho un charco en el suelo dentro del que he quedado. Esta sangre no emerge del piso: gotea incesante desde la mesa. Encharcada en los mosaicos semeja salsa de tomate. Si se decide que es tomate en jugo parece real. Si se acepta que es la sangre que es, entonces, teniendo un color tan brillante se desplaza a lo ilusorio.* Siente asco. Repulsión creciendo en su desconcierto. Comprende que no se comerá el conejo ni lo cocinará. No comprende por qué lo compró. Ni por qué lo ha decapitado. *¿Un hacha? Nunca he tenido un hacha. Es la primera vez que sostengo un hacha en la mano.* Lo de la adquisición del hacha también escapa a su entendimiento, a las precisiones de su memoria y a las de sus intenciones, así como escapa lo de la decapitación. *Decapitado. Me siento incapaz de comerme el conejo. Sí hambriento. Hambre de… ¿De zanahorias? ¿De una crema de zanahorias? Desayuné temprano: el mísero desayuno de la cárcel.* En su infancia en esta casa no hubo hachas, ni hachuelas. Hubo una sierra eléctrica. *En mis pesadillas aleteaban manos que, cercenadas, dividían el*

aire con su sangre. No le permitían ni a él ni a su hermano, distraer a su padre cuando trabajaba con la sierra en el garaje. *Ni siquiera acercarnos por los alrededores. Prohibidos los estruendos, incluso los ruidos. Fui formado en las precauciones.* Esta mañana… *¡Sí que lo recuerdo!* Saliendo de la cárcel, una urraca lo atacó en la calle, voló a darle un picotazo en un ojo; lo que consiguió fue romperle uno de los cristales de las gafas. Contactaron al transitar. *Si yo hubiera sido cauteloso no tendría un cristal fragmentado y puestas las gafas de repuesto, que no me gustan. No hay que mirar a los ojos de quienes no conocemos, sin hacer excepciones con las urracas. ¡Cuántas precauciones! No me permitiré más la cárcel de las precauciones. ¿Son celdas las precauciones? Protegen. ¿Y sus interferencias? Uno tiene la capacidad de elegir. ¿La tiene? Más o menos. En buena parte.* Repara otra vez en el conejo. En la sangre. *¿Dónde está el gato? Mi gato, a lo largo del tiempo más mío que de la familia. ¿Por qué no ha aparecido? ¡Qué no vaya a lamer la sangre!* La mirada del conejo le muerde las pupilas y lo regresa al segundo de la decapitación. La cabeza está suelta. El cuerpo aún apresado por la cinta adhesiva.

Yo estaba viendo por televisión una película de suspense, como en tantas ocasiones con el ordenador portátil encendido arriba de mis piernas. Abrí un documento de Word para escribir una carta, y desde la verbalidad misma lo que escribí en la página en blanco fue: “Al conejo lo decapita con un hacha.” En estilo narrativo, tercera persona verbal. Y en presente. No había habido conejos o hachas en la pantalla. Ni en el libro que releí en la tarde: *Ficción súbita. Relatos ultracortos norteamericanos*, edición de Robert Shapard y James Thomas, Editorial Anagrama; poco riguroso en las catalogaciones y en la selección de las historias; e igual un gran volumen, con cuentos magistrales e impactantes, aunque con otros que no superan el divertimento

o el propósito expreso de ostentación. Y del que empezando a releer me estremeció "Madre" de Grace Paley, algo no de extrañar al escribirlo Paley. Escrita la frase inicial de este cuento del conejo, imaginé aquello que refería. Hasta ese momento el personaje podía ser un hombre o una mujer. Lo que visualicé fue la totalidad de la acción: un hombre de pie, de unos veintitantos años, que, con un hacha sostenida en alto con las dos manos, la deja caer bárbaramente contra un conejo vivo. Así terminó por aparecer la frase: "Un golpe para decapitar un simio", no sin representarme la circunstancia del hachazo de varios modos: enfilado a otro hombre, a un lobo… A un simio, y quedarme con la corpulencia simiesca. ¡Casi lo toqué: al simio! Nunca he matado un animal para comérmelo. Ni he cocinado animales enteros. De hecho, no he cocinado hasta hace muy poco. Y por esta vía surgió, como un pensamiento (decidí que el estilo en cuanto a la trama combinara los sucesos narrados con los pensamientos del protagonista) lo de: "*Jamás cociné un conejo"*; e intentando un toque de humor: *"Tampoco cociné un simio"*. Mi propio desconcierto, en cuanto a la primera frase, y a más, decidí trasladarlo al hombre, que si decapitó un conejo vivo, presumiblemente en una capital como Madrid (no consigo enfocar el lugar y su ubicación con nitidez, y para qué forzar lo del enfoque; quizás, la decapitación, acaeció en un chalet de esos que aún existen en la ciudad, puesto que lo que sí sé es que este hombre no se ubica en las afueras ni en el campo), debería haberlo comprado en una tienda de animales. Y mi desconcierto se agudizó: *¿Para qué? ¿Y por qué no lo compró en el mercado? ¿O por qué no fue a comer conejo a un restaurante?* Recordé un restaurante de ambiente inglés al que me convencieron de entrar, su delicioso jamón de conejo, tan inconseguible; y recordé que desde entonces no volví jamás a comer carne de conejo –posiblemente no vuelva a comerla–, y me puse a buscar algún dato acerca de la relación entre esa carne y los ingleses. Me sorpren-

dió el testimonio de que en el pasado se consideraba comida de pobres. Advertí que dimensionar la sangre sobrevenía obligado para la credibilidad de la historia. Visualicé la escena tras el descabezamiento e identifiqué al personaje del hombre con mi asco. A tales alturas ni yo ni el hombre nos comeríamos el conejo, ni siquiera lo cocinaríamos para alguien. Percibí desde el extrañamiento lo del hacha. Y relacioné el desconcierto del personaje en cuanto a la situación y sus antecedentes, con el mío respecto a la creación de la historia. De nuevo hice un intento de cierto humor con la alusión a la crema de zanahorias (que está en mis anhelos). E introduje la alusión a la cárcel porque vislumbré al personaje saliendo de prisión. No me gustan las hachas. Y a este hombre desconocido, supe que tampoco. En mi infancia lo más cercano a un hacha en mis entornos fue una sierra eléctrica, y repasé el sistema de precauciones de la niñez, el de mi familia, mucho el de mi madre para que alguien no fuera a terminar herido. Y mis angustias de niño en cuanto a la presencia en mi casa, y al manejo por mi padre, de la sierra. Decidí que esta vivencia se la cedería al personaje. En este punto me fui a dormir. Por la mañana he corregido el texto, de estilo, lenguaje... Luego, sin avanzar en el argumento, me encaminé a tomar un café en el barrio, y de regreso una urraca solitaria y yo nos miramos. Me gustan las urracas lo que no me gustan ni halcones ni palomas. Imaginé un hecho inusual y tenso, uno que incluir, y evoqué lo leído de las agresiones de las urracas a los humanos si portan objetos brillantes, y doté al hombre de unas gafas con armadura de metal, y de otras gafas de repuesto –sopesando si su posesión era creíble–. Y, doté a la historia, del ataque de la urraca, y, por este cauce, de la reflexión del personaje en cuanto a las precauciones. E inserté algunos de mis argumentos a favor y en contra de las precauciones. La mirada a las pupilas entre la urraca y yo, me llevó a lo del rechazo en la sociedad norteamericana en cuanto al mirar directamente a los ojos.

Lo que a su vez me condujo a la mirada entre el personaje y el conejo ya con la cabeza cercenada. Y a consignar la situación del conejo con la cabeza sin su tronco, y la inmovilización previa a la que éste quedó sometido. Sin aviso rememoré que en la infancia tuve una cola de conejo, como llavero –quizás para la suerte–; y crié en el patio de la casa dos conejillos de Indias, algo hoy impensable dada mi fobia a los mamíferos roedores. No ignoro que al contrario de los "hámsteres", los conejos no son roedores, de otro modo no sé si mi elección para el sacrificio no hubiera sido la de otro animal. Por el camino incluí la preocupación del protagonista por la ausencia del gato de la casa. Su proximidad afectiva con el animal. Tras no lograr seguir con la trama opté por este párrafo acerca de mi proceso de creación, decidiendo que esta inclusión y otras con idéntica personalidad se integraran al estilo. Los lectores que me siguen conocen que una de mis elecciones es crear de forma modular.

El asunto es la cabeza del conejo. *Por eso no fui al mercado. Ni a un restaurante. Lo que quería era la cabeza. ¡Es la cabeza lo que necesito! ¡Limpiaré la sangre!* Se aplica en limpiar la sangre, también de su ropa y de sus zapatos. Emplea horas en borrar con meticulosidad las manchas, los rastros más mínimos. Y desaparece el cuerpo del conejo bajo un ciprés que trasplanta al patio desde una maceta del jardín. En cuanto a la cabeza, la pone en un plato y la mete al frigorífico. Recrea la imagen de su propia cabeza seccionada, colocada en una fuente. Sus ojos miran a sus ojos cuando supuestamente la levanta por el pelo para colocarla frente a la suya original. Una sin cuello y otra con cuello. *¿Y el gato? ¿Por qué no aparece?* Ya pasado el mediodía se hace una crema de zanahorias con las de un frasco. Curiosamente es lo único que se siente capaz de ingerir. Toma con lentitud la crema. Saborearla le aporta tranquilidad, lo arropa como si proviniera de las manos de su madre. De su

sentido del gusto. *¿Comería el conejo una crema de zanahorias?* Por un momento lo apresa la tentación de dársela a probar a la cabeza que reposa en el frigorífico. *No estoy loco. Soy muy racional. Otra cuestión son los laberintos de mi inventiva. Los juegos en búsqueda de equilibrios. Lo de la cabeza del conejo tiene sentido. Me será de utilidad.*

¿De utilidad para qué? Todavía no lo sé. Escribo sin idea previa y de inmediato. Para crear el segundo párrafo, razoné el impulso de que la cuestión fuera la cabeza del conejo. Había ido quedando enfatizada: por la decapitación, por la mirada entre ellos (el hombre y el conejo). La cabeza se fue volviendo más visible. Y, además, el elegirla como centro permitía explicar por qué ni mercado ni restaurante. Y la elegí. Procedió resolver lo de la sangre, lo del cuerpo. Decidí que no devinieran demasiado determinantes para las conclusiones. Recuperé de otra de mis historias la idea del árbol encima del cuerpo –un hecho tan generalizado en los asesinatos, en el ocultarlos–, algo que, en la otra historia, creada hace años, no alcanza a probar el Comisario para argumentar una acusación. Y me detuve en decidir que el árbol resultara un ciprés como los de los cementerios: El cuerpo del conejo tratado casi humanamente. Cual el de la víctima de un crimen. Procedió resolver lo de la conservación de la cabeza. Su papel, debería ser uno de los roles protagónicos, de donde añadir lo de las dos cabezas que se miran surgió como una suma adecuada, como un paso en lo de enfatizar... *¿Cuál papel?,¿cuál?* Consigné la ausencia del gato, la extrañeza. Regresar a lo de la crema de zanahorias permitió insistir en remarcar lo humano del personaje; y, el absurdo de la posibilidad de darle a probar la crema al conejo decapitado, un preámbulo a lo de destacar la racionalidad como característica del hombre; y permitió devolver la cabeza del conejo a un primer plano, acen-

tuando la expectación por medio de lo de la utilidad. “Me será de utilidad.” *¿De utilidad para qué?* En este punto me fui a dormir.

Su único hermano está de viaje. Reunión de trabajo en otra provincia de la que regresará en la noche. De los dos, su hermano es el mayor con una diferencia de tres años, y quien exhibe unos “dientes de conejo”. Su hermano ha soportado esa carga. Y en la infancia resistió con dureza los escarnios de los niños más grandes, los enfrentó con ingeniosa maldad. No los de él, que era menor y que no se burlaba. La cabeza degollada en el frigorífico constituirá la primera alusión suya a aquella deformación dental. A la par que constituirá una amenaza. Su advertencia. De niños, su hermano lo torturaba, cuidando que nadie detectara las agresiones. Seleccionaba las torturas de modo de argumentar que eran otra cosa o que habían sucedido de otra manera. Un punzonazo dado por su hermano, éste lo justificaba como una herida causada por un clavo durante una caída del menor. De poco servía lo que él, el menor, señalara; sus padres creían la versión de su hermano. Aun así él sentía un amor por su hermano que nunca ha identificado del todo, por eso le ha dolido más que… Llevan ellos dos, cinco años sin hablarse. Su hermano nunca fue a visitarlo a la cárcel, ni asistió al juicio. Se vieron de lejos en el entierro del padre, en el de la madre –tan reciente–, cuando a él lo condujeron desde la cárcel a cada ceremonia. La casa es de los dos tras la muerte de los padres. Él ha podido penetrar porque las cerraduras no fueron cambiadas. *Raro que el gato no viniera a recibirme.* En el calendario del despacho ha encontrado la anotación del viaje de su hermano a León, los datos del regreso. Él no se hallará en la casa cuando su hermano descubra la cabeza; reaparecerá en la madrugada. *¿Y el hacha? El hacha la he limpiado. No la enterré con el cuerpo del conejo ni la he escondido.*

Después de escribir tal párrafo, sí que he analizado por una hora el cómo continuar la historia. No he obtenido resultados. No estoy en condiciones óptimas para concentrarme porque este proceso creativo, inaugurado hace tres días, me está coincidiendo con unas fiebres –probablemente ocasionadas por una alergia medioambiental–. Al escribir el párrafo anterior opté por la existencia de un hermano con "dientes de conejo" tras unos instantes de visualizaciones. No he deseado culpabilizar –verbo que me crispa– ni tangencialmente al protagonista –aunque ya se verá; la historia misma, por lo visto, determinará…– de donde he desestimado que la destinataria fuera una mujer –hay tanta y tan cruel violencia de género que se debe ser cuidadoso al crear personajes negativos de mujeres, y al diseñar acciones contra ellas que puedan parecer justificaciones de acción o acciones que en la existencia real las agredan; desde luego hay mujeres y mujeres, y las habrá por mucho tiempo, y por tanto "villanas literarias", "mujeres fatales", pero de eso a que las agreda el "héroe"…–. Al aparecer en la historia el hermano –y trazado como uno mayor en edad– me ha venido a la conciencia que los antecedentes del degollamiento del conejo y de conservar la cabeza en el frigorífico debían estar en la infancia de los personajes, y como estoy informado en detalles (mi propio hábito de acumular datos) de cuánto puede resentir un niño, por un período hijo único, la llegada de un hermano, y cuánto puede reaccionar en negativo, he escogido lo de las torturas, a lo largo de la infancia y posiblemente continuadas con más ocultos refinamientos en la adolescencia... Y la necesidad de materializar, de ejemplificar cuando menos una, para que esto en la historia no quede abstracto, sin constituir auténtica materia prima para la imaginación de los lectores. Lo del punzonazo ha sido inmediato. Lo de la cabeza depositada en el frigorífico a la espera del hermano, ha aconsejado que ya únicamente ellos

dos sean quienes viven en la casa familiar. Y me he decidido por lo del amor –ese amor ambiguo, nunca identificado del todo como uno u otro– y por lo de: la cárcel, la ruptura entre los hermanos, los años sin hablarse, el regreso del protagonista… Todavía sin establecer su papel, al progresar no he olvidado que existe un gato y que no se ha dejado ver. Al releer he avistado que el hacha seguía presente, y exigía ser reenfocada. Y he optado por ver fotos de hachas para ensanchar mis procesos de visualización y sensibilización internas. Mi decisión ha sido que el hacha es una vizcaína, de 400 gramos, con el metal pintado de rojo, filo de corte reafilable, mango pulido de nogal americano con forma ergonómica y ojo cónico. El corroborar que el hacha es un instrumento prehistórico, con actuaciones en ceremonias rituales, me ha afirmado en que el protagonista no utilice un cuchillo, un machete o una sierra eléctrica. La simple foto del hacha ya me provoca escalofríos, y eso que en general no soy débil ni impresionable. *¿Cómo obtuvo el hacha?*

¡Recuerdo! ¡Lo recuerdo! (Pausa.) Al arribar a la ciudad desde la cárcel, fue al Centro y primero compró en una ferretería el hacha, y con ella envuelta adquirió, en una tienda de animales, el conejo. *¡Un macho!* En su celda había planeado que su hermano tropezara la cabeza cortada al buscar algo en el frigorífico, así que cuidó que su arribo sucediera dentro del horario de trabajo. Suerte añadida la de aquel viaje a León. El acto de decapitar el conejo le provocó amnesia temporal. Nunca había matado algo vivo más allá de lo inevitable de deshacerse de algún insecto dañino, y esto ni siquiera con frecuencia o si podía evitarlo. Rompiéndole la urraca el cristal de las gafas, al él recuperarse, en su ir hacia la casa evitó, tal y como acostumbraba, el pisotear las hormigas. *Para la decapitación del conejo me preparé interiormente durante los años de la cárcel.* Ingerida la crema de zanahorias, se duerme

en el sillón orejero de la cocina, relajado, desterrando de adentro el ambiente carcelario. Al despertar, cae la noche y se plantea, presuroso, subir con el maletín a su habitación para revisarla y acomodar sus pertenencias. Y sin decidir qué hacer con el hacha, por lo pronto descorre la cremallera del maletín y la coloca sobre los libros que ha traído. Debe salir de la casa antes de que su hermano regrese. *¡Ah, la familia!* Su hermano no fue a verlo –y él con aquella ansiedad de amor erosionándole las entrañas–. Sus padres sí lo visitaron cada semana. Su madre hasta unas semanas atrás. Los tres, él y sus padres, sabían que no había cometido aquel robo con fuerza en el vecindario, y que su hermano había plantado lo necesario para que lo incriminaran, en la creencia de que si le mandaban a la cárcel algún preso lo mataría. *Nunca volvimos a hablarlo. Murieron sin reconocer conmigo que yo era inocente. Que era una vez más la víctima de la maldad de mi hermano.*

Al continuar escribiendo me afinqué en mostrar la naturaleza sensible del protagonista, vulnerada por la acumulación de agresiones que recibió en la infancia y en la adolescencia, así como por su necesidad vital de responder a una injusticia gigantesca –explicitada dentro de la trama– y de advertir que no tolerará otras. Me afinqué en el drama que constituye para un hijo, el segundo por demás, la preferencia de sus padres por el primogénito: una preferencia a cualquier precio. En este punto me fui a dormir, al contrario de en días anteriores, con una idea precisa: la del clímax. La concepción del clímax me atrapó mientras consultaba las características y las imágenes de diversos animales: el conejo, los conejillos de Indias… El reto: una intensidad increscendo no obstante la referencia, ese pórtico conformado por una escena tan brutal como la de la decapitación del conejo.

Cuando abre la puerta de su dormitorio allí está el gato. Se le hace presente por un segundo el pino plantado en el patio, la tierra removida y húmeda. Encima de su cama está el gato. ¡La cabeza del gato! Su gato que lo mira reprochándole que no lo haya defendido. Los vecinos escuchan un alarido. Un bramido que no se explican y que les resuena como un grito de guerra. Lo que no ven es cómo él acaricia la cabeza del gato que por un segundo es la de su hermano, como aprieta la cabeza del gato contra su pecho, le cierra los ojos, la amortaja con la funda de una almohada, y, a continuación, extrae del maletín el hacha y la empuña.

Maravillas

Por el centro de la calle

Bernardo reside en un barrio de asombros.

El de Maravillas.

Un barrio donde prolifera lo insólito y sus celebraciones.

Un barrio que, con frecuencia, es noticia, quizás porque está desbordado de sobrevivientes de los más diversos orígenes y clases. Y de artistas, de los que muchos también sobreviven. Habitantes que necesitan imaginación, e inventiva en movimiento. Ser sorprendidos, sorprender. Y que con asiduidad protagonizan hechos desacostumbrados.

No sobrepasa Bernardo los cuarenta de edad. Es periodista e insomne, y ha ido aprendiendo a no espantarse, a tomar lo que ocurre y le ocurre con serenidad, sea el suceso normal o no. Y como vive solo, en ocasiones como la de esta noche, mira por la ventana. De pie en un sexto piso.

Es muy tarde: casi la madrugada. La calle le parece una de aquellas que veía en las películas norteamericanas de su infancia cuando su padre lo llevaba al cine. Con árboles y edificios bajos y anuncios lumínicos y farolas. Una calle no ruidosa, grata.

Él se siente afortunado.

Observa como en su ángulo de visión aparece ella, una desconocida: joven, erguida, enérgica.

Ella aproximándose de frente, no camina por una acera sino por el centro de la calle. Por el centro mismo.

Un coche pasa veloz.

Casi roza a la muchacha.

El auto desaparece.

Ella se ha detenido sin dar muestras de haberse asustado, siempre sobre el centro de la calle, en la línea misma que divide un carril de otro.

Inmóvil ella.

Excepto por su cabeza de muchacha extrovertida que se alza y que dirige la mirada hacia la ventana desbordante de luz de Bernardo.

Es imposible por la distancia, pero él siente que las miradas tropiezan.

Ella se lleva la mano derecha al centro de sus piernas y hace el ademán preciso de alzarlo.

Él, sin dejar de mirarla, apaga la luz.

Sobre un banco

Bernardo no se acuesta, el sueño no llega y prefiere mirar y mirar hacia la calle. Ha estado apagando y encendiendo la luz del salón, y en este instante está encendida.

En la acera, allá abajo, se halla sentada ella, una muchacha desconocida. Es de madrugada. Se encuentra tirada sobre un banco, por lo que sus ojos enfilan hacia los pisos superiores y la azotea del edificio.

Las miradas de Bernardo y de ella se topan, se entrelazan, se quedan atrapadas un tiempo sin horizonte.

Ella se quita la blusa y, de inmediato, se quita el sostén.

Sus pupilas enfocadas hacia él.

El rostro de ella está iluminado por la luz de una farola.

A los senos los oculta la penumbra.

Bernardo, más que ver los senos, los adivina y hace esfuerzos por definirlos, por precisarlos.

Ella lo sabe: intuye, conoce aquel anhelo de los hombres.

La muchacha guarda el sostén y se pone la blusa, suelta una carcajada y se dirige al edificio de enfrente.

Y él no tiene la posibilidad de ver si entra o no entra.

En el balcón

Bernardo continúa mirando por la ventana, así lleva gran parte de la noche, y la madrugada. Está a oscuras en el salón. Casi amanece. El edificio donde vive no es bajo, tampoco demasiado elevado, pero lo suficiente para que, viviendo en la sexta y última planta, a él la calle solitaria le parezca de postal o de película, distante en lo desierto de su silencio.

En el edificio de enfrente, de igual altura y también en un piso de la última planta, ella, una desconocida, sale al balcón.

Ella es delgada, armoniosa.

Y está desnuda.

Bernardo no puede dejar de observar a la muchacha.

Ella, que se deja acariciar por la luz de la luna, lo descubre a él, o hace que lo descubre.

Se miran a los ojos, allí en las órbitas se detienen sin tiempo.

Ella alza la mano izquierda y se cubre el seno izquierdo. O se lo agarra mientras no deja de mirarlo insondablemente a él, que se cubre el ojo derecho con la mano derecha.

Poner una pared

–Es como poner una pared contra otra pared –dijo el desconocido.

A ella le impresionó la afirmación, pudo imaginarla. Visualizó dos paredes grises, revestidas de cemento sin pulir, ásperas y sin límites hacia las alturas, aproximándose, deteniéndose, volviendo a avanzar, hasta quedar en absoluta inmovilidad, sin resquicio alguno entre las dos, pero sin penetrar la una en la otra, sólo enfrentadas.

La frase, “una pared contra otra pared”, fue dicha después. Cuando la conversación entre ellos dos ya estaba avanzada. Primero ella había caminado por el centro de la ciudad hasta el agotamiento, sin rumbo fijo y por horas. De repente se quedaba en el medio de la acera, inmóvil, y otras y otros pasaban por su lado, la rozaban, la empujaban. Ella levantaba las manos como si hubiera un cuerpo conocido delante y fuera a aferrarse o a aferrarlo. De repente pegaba su rostro contra el cristal de una vidriera, sin ver sus objetos, los ojos abiertos hacia adentro, percibiendo aquel frío en medio de su fiebre. Terminó sentándose bajo la sombra escuálida de unos árboles, en uno de aquellos bancos donde acostumbraban a descansar los turistas. Tan pronto lo hizo, al levantar la mirada, tropezó con los ojos desconcertantes del desconocido, que se hallaba de pie junto a una escultura situada en medio de la plazoleta. Como el desconocido, un joven de veintitantos largos años, la observaba con insistencia, ella creyó que aguardaba a alguien y que seguro la confundía. Debía ser, determinó, el protagonista de una cita a ciegas.

–¿No dirá una palabra? –preguntó el desconocido sin sonreír, alzando algo la voz pues sólo los separaban unos pasos, y dejando el cuerpo inmóvil.

A ella se le atropellaron las ideas: Pensó de sí misma que le gustaba hablar, aunque esa mañana se le escondían como fugitivas las palabras. Y pensó que unos minutos antes, cuando caminaba, se había cruzado con ese desconocido y que le había parecido algo tosco, algo inquietante. Por fin dijo:

–Puedo pronunciar hasta tres palabras si vale la pena. Aunque éstas pueden ser: “Hola. Suerte. Adiós”.

El desconocido ignoró la intención de ella de detener su avance. Se acercó al banco, se sentó desgarbadamente, y preguntó:

–¿Dando la vuelta tan temprano?

Mientras ella decidía la respuesta, el desconocido paseó su mirada por los numerosos coches que transitaban, unos por la derecha y otros por la izquierda, próximos y lejanos a la vez; por los peatones, mayoritariamente oficinistas apresurados o turistas con un tiempo lento, escudriñador, todos como distantes; y cobró conciencia de los ruidos ensordecedores, que, a ráfagas, surcaban el mediodía. Después, aún dentro del largo silencio de ella, fue recorriendo con la vista los edificios que semejaban montañas de cristal, unos y otros con las ventanas cerradas; deteniéndose en las cúpulas más altas, lineales e inaccesibles; en los gigantescos anuncios que, como banderas de piratas, invadían el cielo; y sintió que la plazoleta era una isla en medio del caos de la ancha avenida, y, ellos eran dos náufragos llegados de otras realidades. Durante los minutos en que diseccionó los alrededores, no ladeó su rostro hacia ella, no la enfocó ni por un segundo con sus ojos.

–No doy la vuelta para buscar… –respondió ella sin énfasis, como si no hablara con otro ser humano.

Y es que tenía muy presente un incidente que le había ocurrido…

Ella atraviesa la avenida cuando percibe enfrente a aquel hombre al que nunca ha visto, de veintitantos años largos, en el parque, de pie bajo un árbol, mirándola. Camiseta blanca, y hombros, brazos, músculos al descubierto. Pantalones y zapatos deportivos verdes. Corte de pelo al ras. Una sensación de fuerza. Todo normal, excepto aquella insistencia en buscarle los ojos.

Piensa en seguir de largo con gesto decidido de mujer decente ofendida. O, de mujer de clase media distante y displicente. Valora su estremecimiento ante aquella mirada, su deseo de tocar y de ser tocada, lo invasor de su inesperada excitación. Considera que es de día y que el parque está repleto de gente y de policías y de luz. *Estoy loca.*

Ella, más de cuarenta años, termina encaminándose hacia un macetero y reposa en su borde. Ella, que únicamente suele caminar por aquella acera exterior del parque, que nunca se adentra por sus calles interiores y que jamás se detiene en sus áreas. Ella se sienta de espaldas y el hombre se dirige hacia el otro extremo del macetero. Y, después de unos segundos, de extremo a extremo y ladeando sus cabezas, se observan.

El hombre se aproxima, sentándose más cerca. Ella se levanta y, sorprendida, en vez de irse, se le sitúa delante. El hombre extiende la mano y, por el modo de estrechar la suya, ella sabe que no es un estudiante universitario, ni un profesional. Se dicen nombres, y ella, nerviosa, hasta revela sus apellidos.

–¿Siempre con esta temperatura tan elevada? –pregunta el hombre, sonriente, sin retirar la mano.

Ella disimula su temor, su no haber participado nunca en situaciones similares con desconocidos. Disimula su soledad, su ansiedad, su necesidad de hablar con

otro ser, de hablar con un hombre. Su urgencia de sentirse deseable y deseada. *Estoy loca.*

–¿Cómo se…? –Y, tragándose el “atreve”, se escucha decir algo burlona e insegura:– Mi temperatura es de familia. Una temperatura como la de los perros.

–Traer el verano con uno mismo, ¿no? Cargar con una manta que ofrecer. ¿Qué haces por aquí y a esta hora? –indaga el hombre.

–Comprar un diario. Resolver unos asuntos de trabajo. ¿Y usted… medita?

–Te estoy tratando de tú… Quedé con alguien...

–¿Y?

–Yo llegué tarde.

–¿No es usted puntual?

–Te sigo tratando de tú. Puedes intentar tutearme… ¿Tienes tiempo?

–Debo irme. No suelo…

–No te vayas. No nos citemos para otro día. Éste es el día –precisa.

Ella tiene una idea. Se decide por una estrategia para obtener más elementos y poder valorar mejor. *Estoy loca.*

–¿Vive por este barrio? –inquiere ella con apuro como si deseara ir al instante con el hombre a su casa; y casi con la certeza de una respuesta negativa con la cual descolocarlo.

–Insistes con el usted. Prueba con el tú… No vivo cerca. Ni tengo un sitio al cual invitarte... a un café.

–Podríamos concluir que… su tiempo está incompleto.

–Haz un esfuerzo.

–Quizás lo podría hacer. Sólo para un café, en otra ocasión, en otro horario. ¿Con quién vive?

–Con mis padres. En las afueras.

–Tiene unos treinta años de edad… ¿Y aún vive con sus padres?

–No sólo es por falta de dinero. Y, además, la casa de mis padres es sagrada.

–Está dejando volar su imaginación. Y equivoca el rumbo. La casa donde yo vivo también es sagrada. Hasta la bautizaron y consagraron –ironiza ella, volviendo a desconocerse.

–¿Te gusta hacer…? ¿Te gusta el sexo? –*y* las palabras, sin aviso, parecen dar un salto.

Hay un silencio. Un silencio de alambre tensado.

Una espera del hombre. Un instante de reflexión de ella que, de nuevo para su propio asombro, decide seguir la corriente y logra que no le tiemble la voz al decir sarcástica:

–He leído textos clásicos, que seguro usted no conoce, sobre técnicas amorosas hindúes y árabes.

Él no se inmuta por la intención cáustica.

–¿Cuáles?

–No se describen.

–Tienes un cuerpo para hacer y volver a hacer el sexo.

–No me diga. Es un cuerpo acogedor cuando no tritura.

–Demos la vuelta a la manzana –invita el hombre, levantándose como un animal entrenado para perseguir el trofeo.

Ella también se incorpora. Con lentitud, pensándoselo.

Caminan entre la multitud.

–Hay un restaurante a dos pasos. El único aseo suele estar vacío. Y podrías enseñarme algunas de esas técnicas que has practicado.

–Está… loco… ¿Por quién…? –pero ella no llega a decir "… me toma"–. Habría que consumir. Demorarse. Pongámonos de acuerdo para otra fecha y yo consigo donde tomarnos un café –explica y se siente como una virgen poseída.

–¿Un café?

–¡Un café o lo que quiera tomar… a solas!

–¿No desaparecerás?

–¿No se tiene confianza? Si tiene confianza en sí mismo, podrá tener confianza en mí.

–Te doy el teléfono de mi hermana.

–¿Va con frecuencia a su casa?

–Llámame el domingo a las tres. Llámame si vas a tratarme de tú. Estaré allí en medio de una comida familiar.

Han recorrido la mitad de la vuelta a la manzana.

El hombre arranca un pedazo a un diario recogido del suelo, anota un número telefónico y se lo entrega. Reanudan la marcha. Los transeúntes y los coches siguen siendo numerosos y el día relumbra. Algo se ilumina para ella, que decide abandonar el juego, lanzarse a fondo, saber. *Estoy loca.*

–¿No es únicamente un encuentro de un hombre y una mujer? ¿Cuándo empezaste? –pregunta olvidando el usted.

–Por fin me tuteas ¿Cuándo empecé en qué?

–No finjas demencia. Sabes lo que pregunté.

–¿Ah, sí?

–No estás obligado a responder. Podemos hablar del ancho de la avenida o de la temporada de lluvias. Pero responder es una forma de… conocernos. De definir qué terreno pisamos o vamos a pisar. ¿Cuándo empezaste en lo de vender sexo?

–No hace tanto. Sin pensarlo. Sin planearlo.

–¿Cuatro, cinco años? Por lo qué preguntas y por cómo lo preguntas, no pareces inexperto.

–Hace unos años fui a una fiesta común y corriente, en un barrio alejado, en la casa de uno de mis mejores amigos, con su familia, vecinos... Era todavía temprano cuando me pidieron de favor que condujera el coche de su tía para regresarla a casa. Le había sentado mal tanto alcohol. Una mujer más o menos de tu edad. Y de tu… aire. Se me tiró encima. Me negué. Me ofreció dinero. Me negué. Me ofreció bastante. Me gustó… el dinero. Soy conductor de autobuses. Se gana poco. Hago mucho deporte. Tengo mucha energía… Después regresé en un taxi a la fiesta. Cuando todo acabó y los vecinos regresaron a sus casas, yo me quedé a dormir en la habitación de mi amigo. Uno de mi edad, veinte años por aquella época. Un tipo duro. Deportista como yo. Conductor de autobuses como yo. En ocasiones nos habíamos peleado a golpes con otros conductores. Esa noche nos habíamos emborrachado, por eso me quedé a dormir. Me desperté en la madrugada y era que mi amigo me estaba acariciando. Me gustó... el dinero que tuvo que darme para que no le diera una paliza en su casa. Después no hemos hablado de esa noche. No te preocupes, sólo lo hago con mujeres. Paso el rato.

–¿Solo eso? ¿Sólo el rato? –remarca ella a la que siempre le disgustan las afirmaciones similares, las que se quedan en la superficie ya desde antes de que algo suceda.

–Claro. Disfrutar el momento. Y, en mi caso, como es de comprender también importa el dinero.

Han culminado la vuelta y regresado al punto de partida.

–Debo irme de inmediato –subraya ella.

–¿Puedes prestarme dinero para él transporte? Como... –y menciona una cantidad modesta.

–No llevo suelto.

¿Es un aviso?, se pregunta a sí misma. *Por supuesto que es un aviso. Significa que en realidad, si nos citamos, sólo haremos sexo si yo pago. O que debo estar preparada para que al terminar el sexo, aún sobre la cama, me pida dinero 'prestado'. Entonces será una suma importante. ¿Estaré envejeciendo? A una humillación, otra. Extraeré para darle una moneda, una de las de menor valor. Una que no le alcanzará ni para el trayecto más corto. Y sostendré la insignificante moneda en alto, como dudando si la vale. Estoy loca.*

Te dejo... –y ella extrae una moneda, con un valor de menos de la mitad de la cantidad señalada por el hombre. Y todavía demora en ofrecérsela del todo.

El hombre se lo piensa. Pero finalmente acepta la moneda. Y se despiden hasta la llamada telefónica del domingo.

Ya están distantes cuando ella estruja el pedazo de diario con el número de teléfono sin memorizarlo, y lo lanza a un estanque. Concluye que hay quien vulgariza hasta el aire que respira. Quien destruye las ceremonias en vez de construirlas. Quien de todo trata de sacar beneficios. Y se maldice a sí misma por lo que podía haber en el fondo de ese pensamiento.

–No doy la vuelta tratando de conocer a alguien.

–Pero podemos hablar.

En un país donde la gente no era directa, donde un "sí" podía ser desde "sí" hasta "no", el desconocido se comportaba de una manera distinta. Eludía, al parecer, simulaciones y rodeos, aunque su inusual modo de abordarla pudiera ser

considerado brusco. Concluyó del todo que el desconocido tendría bastante más de treinta años, por lo que no era excesivamente más joven que ella. La mujer sabía que, cuando estaba agotada, aparentaba mucha más edad que la cumplida. Decidió ser igual de inusual y poner las cosas en su sitio.

No le importó a la mujer asumir la brusquedad que el desconocido había desplegado al no sonreír ni una sola vez, al hablarle casi sin preámbulos, al ignorar su rechazo, al sentarse en el mismo banco que ella cuando los otros bancos de la plazoleta estaban vacíos.

–Vivo en esta ciudad –ella lo miró al hablarle–. No soy una turista. Y no soy tan mayor como parezco en este instante. Si el motivo de que se haya acercado tiene que ver con la prostitución, con una o con otra, no me interesa que hablemos. Ni soy prostituta, ni pago a los hombres.

–Me prostituía cuando era un muchacho.

Ella se asombró de que lo admitiera y que lo hiciera sin más. Aceptarlo entrañaba una honestidad –ya que no había en su actitud desparpajo–, que raras veces se empleaba. Y menos de inmediato.

–¿A qué edad se prostituía?

–¿No es por curiosidad?

–Dijo que podemos hablar.

–Sé que no es por curiosidad. No de esa curiosidad superficial y miserable. Me prostituía a los diecisiete años. ¿Puede imaginarlo?

–¿Y ha cumplido?

–Más de treinta... ¡Qué más da! Estuve en la cárcel. Prostitución, robo...

–¿Cárcel de menores?

–También. Ya soy otro. Trabajo.

–¿En qué?

–Trabajo en hoteles. Mantenimiento. Carpintería, electricidad, plomería, pequeños arreglos. Vengo de solicitar empleo. Seguro sabe: Ésta es la zona de los grandes hoteles. Acabo de terminar mi trabajo en uno. No pagan muy bien, voy viviendo –y se rascó la mejilla como si dudara de sus palabras.

Ella valoró que los rasgos faciales del desconocido eran duros, pero que por momentos se suavizaban y, entonces, resultaba atractiva su firmeza, su capacidad de hablar y mirar de frente. La pobreza se evidenciaba en las ropas y en los zapatos, limpios, pero maltratados. El vestuario, sin embargo, no estaba elegido al azar, predominaba un cierto buen gusto. Ella era una profesional, una graduada universitaria. No solía vagar por la ciudad a esas horas. No por esa zona. No sin compañía. Se preguntó a sí misma cómo la vería aquel… Pero prefirió no averiguarlo, y, sí, conocer más.

–¿Cómo es usted? –y ella, al pronunciar estas palabras, se dio cuenta de que la pregunta ahondaba en lo estrictamente personal.

–Cuando soy bueno, muy bueno. Cuando soy malo... Quien me la hace, me la paga. Soy muy vengativo.

–No es aconsejable. Se lo digo yo que a ratos he sido vengativa... Aunque hay que responder a los ataques. Hay que dar respuesta, pero no en términos de venganza –ella oía sus propias palabras y reflexionaba acerca de lo peligroso de quedarse a solas en una habitación con aquel desconocido, o de entablar cualquier clase de amistad; pero no se incorporó para alejarse, sino que lo siguió escuchando con interés, ansiosa por descubrir rasgos, detalles.

–Aprendo a elegir cuándo tomo venganza y cuándo no. Aprendo a dar respuesta sin dejarme llevar al terreno del agresor, a su pendiente, a su territorio de

mezquindades… No me es fácil dejar de planear las respuestas en términos de venganza –y el desconocido endureció los pómulos y apretó los labios hasta que fueron una línea.

–Es tan difícil como amarrarle la cola al diablo –y ella se sorprendió de su símil–. ¿Por qué…? ¿Por qué comenzó a prostituirse?

–Por necesidad.

–¿Mucha… necesidad?

–Demasiada necesidad. Miseria extrema. No tenía padre. Al menos a la vista.

–¿Vivía con su madre? ¿Tiene hermanos?

–Nunca me he entendido con mi madre y mi hermano. Es como si ellos no sintieran. Como si fueran autómatas, maniquíes inexpresivos. Comencé a vivir solo desde la adolescencia. Sigo viviendo solo. Soy muy desconfiado. Lucho por...

–Yo también soy muy desconfiada.

–Decía que: Lucho por confiar.

–¿Qué ocurre cuando se encuentran dos personas como nosotros? Usted, yo… ¿Cuando se encuentran por azar dos que son del todo desconfiados? –preguntó ella sonriendo.

Y fue entonces cuando el desconocido lo dijo:

–Es como poner una pared contra otra pared –y, sin sonreír, acercó una de sus manos a la otra, tensas, rectas.

–Una opinión muy poco esperanzadora.

–Una opinión.

–Lamento no tener ánimos para profundizar. –Ella sintió que las palabras saltaban de su boca–: Sólo diré que él… Que el hombre que amo está enfermo. Que el hombre que amo morirá. –Ella se escuchó ofreciendo explicaciones–: No

tiene sida. Igual va a morir. Llegué a creer que la gente con tantas experiencias sexuales como él únicamente moría de sida... Que en esta época un cazador… Ah, me marcho.

El desconocido se levantó como si arrastrara rocas amarradas.

Y lo que dijo fue:

–¿Me regala el diario? –y señaló el ejemplar que ella estrujaba en su mano izquierda.

Acababa de decidir marcharse inmediatamente después de decirle al desconocido que el hombre que amaba iba a morir. Y lo que escuchaba del desconocido era: "¿Me regala el diario?". Ella sintió rabia. Una, dolorosa. Y sintió decepción. Le extendió el ejemplar al desconocido y se alejó.

A unos cincuenta metros giró la cabeza. Caminaba repitiéndose: "¡No te vuelvas!". Cedió a un impulso y miró atrás. El desconocido había vuelto a sentarse y parecía absorto en la lectura. Creía ella caminar por un desierto, aunque, sobre la acera, la gente la empujaba.

Cuando había avanzado unos doscientos metros, escuchó la voz:

–La que se va a morir eres tú –y él desconocido olvidó el "usted" y se le emparejó de una zancada.

–No importa. No me importa.

Ella pensó: "El amor es como una bala de plata. El amor duele como una bala de plata."

El desconocido cargaba una mochila. Bulto que ella no había advertido. Allí guardó el diario mientras hablaba y seguían caminando.

–Hasta horas muy avanzadas de la noche no consigo dormirme. Llamo por teléfono a un programa radial de contacto.

–¿Que haces qué? –ella también olvidó el "usted".

–Llamo y a veces leo un poema. Algo que he escrito. O algo encontrado en un libro y que tengo urgencia de compartir. Otras veces converso con el locutor. Doy mi número telefónico a los radioescuchas. Y hablan a mi apartamento. Me he acostado con dos mujeres que he conocido por esa vía.

Ella estaba sorprendida. El desconocido se refería a un mundo que ella consideraba paralelo. Un mundo que existía sin tocarla.

Él prosiguió:

–Hace poco me llamó una mujer. Una mujer joven. Va a morir. Es madre soltera. Tiene dos hijos.

–¿Qué le ocurre a esa mujer?

–Leucemia. Hemos conversado por teléfono en varias ocasiones, Le he pedido que nos conozcamos. Se lo he pedido y vuelto a pedir. Se ha negado.

–¿Por qué?

–Sencillamente, se niega, pero vuelve a marcar mi número, el de un desconocido. Sé que es importante que sigamos hablándonos. Sé que nuestras conversaciones la han ayudado a continuar viva.

–¿Tanto?

–¿Por qué no me lo cuentas? Quizás pueda impedir que tú te mueras.

–Cáncer. Tiene cáncer. Uno primero. Y otro. Y quién sabe en qué otra parte del cuerpo aparecerá otro y otro. Cuándo aparecerá. Tiene cáncer. Separándonos.

–No necesariamente.

–Yo querría que compartiéramos su enfermedad, el tiempo que le queda... Daría mi vida porque… Me cambiaría sin vacilaciones. Él ha decidido enfrentar el final solo. No desea ser visto deshecho. No desea causar dolor. O eso es lo que él

dice… –Ella se detuvo, se apretó la boca con una de las manos y luego la deslizó hacia abajo desfigurándose sin proponérselo: – Quiero morir.

–Yo he deseado matarme –el desconocido se llevó un dedo a la sien y disparó–. La vida es sagrada.

–¿Y el amor de dos?

–Eterno. Dentro de cada persona. Es eterno o no.

–¡No lo aceptaré! ¿Entiendes? No puedo… No puedo continuar hablando.

Ella le tendió su mano derecha, y se sorprendió de la calidez de la mano del desconocido. Ella balbuceó otras tres palabras, le dio la espalda y empezó a alejarse. De pronto se detuvo. Cuando giró, el desconocido estaba en el mismo sitio donde lo había dejado: en la acera, de pie, mirándola. Y ella regresó. Y el desconocido la abrazó. Y ella se dejó abrazar, con los brazos sin defensa a lo largo del cuerpo, después llevándolos hasta la espalda férrea del desconocido y dejando allí las manos contra aquella pared.

El desconocido sonrió por primera vez y, mientras deshacían el abrazo y quedaban frente a frente, repitió las tres últimas palabras que ella había pronunciado:

–Gracias por ti.

Ella recordó que de inicio esas palabras tampoco eran suyas. También ella las había repetido. Y recordó cuándo las había escuchado en el pasado. Aquel día en que, para decirle por primera vez que la amaba, quien dijo “Gracias por ti” fue su pareja. Sin su mirada de cazador. Celebrando desbordante de vida.

La espera y la caza

Él estaba demasiado borracho. No lograba recordar el comienzo del encuentro. Ni por qué el otro estaba allí, en su apartamento.

¿Quizás porque se nos acabó el dinero y lo invité para seguir bebiendo? Debe ser por eso.

El otro, inmenso, la piel del cuerpo, negra. Una piel brillante como la de los abrigos.

No fue en una casa. Ni en una oficina. No fuimos presentados. ¿En la calle? ¿En medio de un autobús? ¿En un cine? Tampoco en un cine, porque como viste de negro yo recordaría esa imagen de sólo sus ojos relumbrando en la oscuridad. ¡Qué tontería, sólo pudimos encontrarnos en un bar!

Un encuentro sin sorpresas. Sin complicados preámbulos. Sin tensiones extremas. De lo contrario él podría precisar con certeza cómo ocurrió. Tampoco un encuentro necesariamente intrascendente. Ni uno de esos habituales a todos. Sí habitual en vidas como las de ellos: posiblemente los dos entre la espera y la caza, entre más, de un interlocutor con el que enfrentar la soledad, transitoria o no. En suma: Cualquiera. Quien cuando se necesitara, fuera quien apareciera para beber, para hablar.

Si la presencia en su apartamento ahora resultara la de una mujer, entonces también hubiera podido suceder en una parada de autobuses, en un sitio céntrico. Lo clásico. Descubrirse. Tasarse. De arriba a abajo. Reconocer cada cual consigo a primera vista lo atractivo del hallazgo. Al instante, el intercambio de miradas. Más, más intenso. Como dos animales. Desconocidos. Con lo conocido por instinto. Y con

una diferencia a remarcar. En búsqueda de sexo y ojalá de algo más. Con horizontes abiertos.

¿Y si fue que ya llegué borracho a la parada, empezamos a hablar y lo invité a venir para tomarnos una copa y continuar hablando? ¿Y si ha subido por algo más que por unas copas? No parece borracho. ¿Qué pasa conmigo? No he ido por la vida invitando a desconocidos a acompañarme a casa. Y soy muy desconfiado. Desde luego estamos vestidos.

Domingo. No hubiera sucedido otro día. Cada dos domingos ella, la pareja de él, iba a visitar a su abuelo y se quedaba a dormir. Entonces, cada dos domingos en la noche, él deambulaba como animal apaleado. Ocultando y exhibiendo la soledad, el rencor, los deseos de compañía. A veces él no sabía si tenía o no una pareja –y no solamente por los viajes de los domingos–. O su espejismo. O su fantasma. O su tiempo compartido alguna vez mejor.

Aún borracho sintió que el otro estaba expectante, como esperando algo más que el trago de ron que le había servido.

¿Y si…? ¡Ni que lo piense! ¡Conmigo no! No tengo ni que imaginarlo.

Debía reconocer sí que el otro poseía una piel negra, hermosa, inmensa... Muy letrado el otro, inteligente. Y sensible.

Ah, si fuera una mujer… ¡Tanto desperdicio para mí! ¡No! ¡No para mí!

El otro adelantó una mano y le quitó una pequeña araña del hombro. Él no movió ni un músculo. No tenía ocultos anhelos de proximidad. El otro no era una mujer, y lo que no era, no era. Así como lo que se acabó, se acabó. Y el ron se acababa de terminar, y, por tanto, el encuentro. De inmediato él expresó una despedida cortés, pero definitiva. La decepción asomándose por un segundo al rostro del otro. Una ligera, casi imperceptible contracción en la boca.

Y el comentario.

–Conozco este lugar –afirmó el otro.

–¿Sí?

–Este apartamento.

–Ya vengo.

Él sin un paréntesis se levantó del sillón. En la cocina empuñó el cuchillo grande. Regresó.

El cuchillo contra la espalda. Él con apariencia calmada. Dijo, no otras palabras:

–¿Cómo ocurrió?

–En la calle, de día. Por estos rumbos.

–¿Cómo?

–Me gustó. La miré a los ojos.

–¿Y?

Él recordó una discusión. Él pidiéndole a su pareja que se separasen. Por un tiempo. O de modo permanente. Y, a las semanas, la conversación que él tuvo con una amiga de los dos.

–Tu amor cuenta que la miran y la siguen en la calle. Cuenta que quien la siguió tenía la piel negra. Brillante como la de los abrigos. Hermosa. Inmensa. Cuenta que no aceptó. Que no ocurrió. Pero no porque no la miren y no porque no la sigan.

Él recordó que cuando reiniciaron la pareja decidió no preguntarle a ella.

–¿Y? –reiteró al otro.

–Tenía, debe seguir teniendo, tiene una piel tan blanca. Tan brillante. Tan hermosa. Tan inmensa. La seguí. La abordé.

–Dime la verdad. Una que coincida con lo que yo sé.

–Está muy avanzada la noche. Es todo.

–¿Todo?

–Todo, y me marcho.

–No te vas.

–Soy más fuerte.

–No importa, no te marchas.

–¿Cómo vas a impedírmelo?

–Puedo… Con este cuchillo.

–¿Por qué? ¡Estás loco! ¿Por qué?

–¿Cómo que por qué? ¡Puedo! ¡Di la verdad! Ojalá coincida…

La piel negra, de pie, retrocediendo contra la frontera de la pared.

–Pidió que la dejara en paz. Que tenía pareja. Que vivían cerca. Que su pareja podía aparecer. Que la comprometía.

–Dijiste: “Conozco este lugar.”

–Fue unos meses después. Una noche. Por casualidad. En un autobús. La saludé. No me dejó seguir hablando. Me dijo que había tenido un problema en su trabajo. Contó cada detalle. Lo desmenuzó como si clavara un punzón en la herida y hurgara. Dijo que su pareja... Que tú estabas de viaje, uno extenso. Que la ahogaban la soledad, el rencor, los deseos de compañía. Que el apartamento le pesaba sobre los hombros. Describió este salón, la vista más allá por el balcón.

–¿Y qué más?

–Y no aceptó que la acompañara.

La espera y la caza. La caza… Él visualizó la piel tan blanca de ella contra la piel tan negra del otro, y una cebra deslumbrante cruzó su imaginación. Una cebra que saltó un abismo. Tuvo un espasmo. Unas violentas ganas de vomitar. El vómito estaba a punto. No por el color de las pieles: sino por su sospechada proximidad.

Golpear primero dentro de lo más rotundo. Aunque solo golpear tras haber sido golpeado en grado menor. Reaccionar en términos de protección respecto al futuro y sus traiciones. Golpear dentro del terreno preciso donde él no podía ni podría aceptar una derrota. Llevar ventaja. Ser imprevisible. Ser peor. La espera. La caza. La intuición de que ella, la otra parte de la pareja podría fallar, traicionar en lo más significativo. Y no nada más que la intuición: los primeros avisos, los primeros testimonios, los primeros pasos hacia la deslealtad desde la otra parte. Y la certeza de que él podría perder la cabeza, enloquecer y matar si ocurriera y no llevara la ventaja de haber "fallado" primero. La espera de que ella cometiera el primer error, no esencial, pero sí en la periferia de lo esencial. Y quizás aún, la espera de que cometiera otro error, y hasta otro. Tener la seguridad de que, si cometió esos, potencialmente ella podría ser desleal. Y…

Y ya pasar de la espera, a la caza. Haber pasado. Una caza doble. La caza del error fundamental. Y la caza de otras mujeres en búsqueda de tener el recambio para cuando ocurriera la deslealtad no perdonable de ella. La caza de él que, con cada presa, se aseguraba de haber golpeado primero dentro de lo más rotundo. Llevar ventaja. Ser imprevisible. Ser peor. Y en el tiempo, la obsesión creciente de no haberlo sido bastante.

Se le había pasado casi del todo la borrachera. Y ahora recordaba lo que no había querido recordar. Antes de subir el otro y él a su apartamento…

Un cuerpo indefinible, como árbol oscuro. Un pedazo de corteza arrancada a la noche. Casi inmóvil. Con una serenidad desacostumbrada. Mirándole. Devolviéndole sus miradas. Sólo existiendo sus dos cuerpos en la parada de autobuses.

"¿Una mujer?", se preguntó moviéndose hacia otro ángulo con una más perfilada visión.

Ése fue el primer recuerdo al irle retornando la sobriedad. Aquellos ojos como si lo que recordara fueran los ojos de una foto. Negra la piel enmarcada por la ciudad. Negra la ropa, lo poco visible de la ropa.

¡No una mujer! ¡No! ¡Un hombre!

Él no podía precisar tras la inundación de alcohol quién empezó a hablar ni cómo. Porque él a la parada ya había llegado bien entrada la noche y borracho. Caminaron. Creía recordar que el acuerdo de seguir bebiendo juntos fue casi inmediato, como por una pendiente. El otro también había consumido bastante alcohol. Recordar que caminaron hacia otra parada de autobuses, donde también se detenía aquel que finalizaba la ruta cerca de su apartamento.

Ya en el apartamento… No recordaba. No lo recordaba. Confiaba en su definición. En su trayectoria íntima. Tendría que confiar, porque quizás nunca recobraría la conciencia de lo sucedido en ese lapsus.

Nada.

El final de la caza de esa noche: No recordar. Soltar. Despedirse del otro para que se marchara sin dilación. Para que se marchara sin más. Y la presa, esta vez, confiaba, obtenida exclusivamente por ansias de más alcohol y dada su soledad; y la presa, sin haber sido mordida, que se resistía a marcharse. Que atacaba. Tiraba dentelladas. Diciendo:

–Conozco este lugar.

–¿Sí?

–Este apartamento.

–Ya vengo.

Buscar en la cocina el cuchillo. El recién afilado. El que cortaba sin dolor. Si el otro conocía el apartamento... Y en vez del reposo ante la certeza de la deslealtad

de ella... En vez de la liberación… En vez de que sirviera el recurso de golpear primero... El cuchillo cortando el dolor. La humillación devorando uno y otro tiempo compartido.

Percepciones de invisibilidad

La ciudad tiene muchos invisibles. Habitantes que no existen para los otros habitantes. Que ni siquiera resuenan para quienes han latido en su presencia. Vincent se pregunta: *¿Cuándo he comenzado a ser invisible también para Annia?* Decide que es inútil preguntárselo a sí mismo. Y que para Annia será más difícil aceptar que su propia invisibilidad se extienda a las percepciones de él.

"Creí que te habías ido", dice Vincent a la hora del desayuno, levantando con lentitud la cabeza de la taza, y mirando más allá y ni siquiera al humo. "Creí que te habías ido", repite.

Al mediodía, el libro de más arriba es la meseta, y la hormiga hallará un precipicio en sus límites. Decidido a forzar el serle visible a Annia, Vincent ha colocado la hormiga en ese territorio, para de inmediato pasar al intento de observar el fondo de las pupilas al otro lado de la mesa. Cuando desde su no dejar de clavarle los ojos logra que Annia perciba la hormiga, Vincent con un índice la aplasta hasta volverla una indefinible mancha en la portada. Una turbia sonrisa transparenta a Vincent.

Annia, eligiendo lo insólito o inscribiéndose en el reto, pasa un pulgar por la mancha y lo lame sin sensualidad, como quien elige integrar a sí lo que queda de la hormiga.

Un segundo después, en el índice ejecutor de Vincent, Annia clava con fuerza el punto de su Pilot Hi-Tecpoint V5 extra fine. Vincent, tras dar un manotazo en el aire, se marcha a curarse al baño no sin antes traspasarle su oscura sonrisa.

En la tarde, observando leer a Annia y recordando cuando se conocieron, Vincent se siente nadar en un ojo de ésta como quien nada en una gruta. Annia, de ser así, no ha dado su consentimiento, percibe nadar a Vincent, se siente invadida, y seca

abruptamente el manantial. Vincent se visualiza con los pies en el lodo, desplomándose y, de rodillas, aguardando una lágrima.

Temprano en la noche Vincent y Annia se abrazan afuera debajo del reloj capitalino –redondo como sol y blanco como luna– en confluencia de una calle con la avenida principal de la ciudad. Posan para la foto que dos amigos moldearán. Sus amigos han sugerido la instantánea. Les han insistido. Lo cierto es que todos sonríen. La sonrisa de Vincent y de Annia pudiera pensarse que contiene la alegría de los cuatro. Que testimonia un regocijo que es de saltamontes y de luciérnagas sobrevivientes al vértigo de los coches y de las catástrofes, también de las, en apariencia, diminutas. Vincent y Annia se han ido tornando expertos en simulaciones, no tanto entre los dos como respecto a los demás.

En ese instante no lo saben: Al paso de los años cada uno frente a la foto retornará a ese segundo aposentado en un tiempo adentro. La tomará o no como un espejo. Y la foto, con una sonrisa arrancada entonces a la invisibilidad creciente de cada uno en cuanto al otro, no los sostendrá en ese segundo futuro ya sin imagen perdurable.

Una hora después, vuelta a su invisibilidad en pareja, los dos han llegado hasta el coche, y están detrás, contemplándolo y escamoteando cualquier roce, abocadas a la inminencia del regreso a casa. Annia repite las palabras de Vincent al desayunar: “Creí que te habías ido”. Vincent rodea el coche para entrar y encenderlo. Annia gira y queda de espaldas. Vincent aguarda. Annia permanece inmóvil. Vincent aguarda con las manos incrustadas al volante. Annia permanece inmóvil excepto por una mueca de amargura. Finalmente Vincent mueve el coche para irse. Annia se

agacha, agarra un puñado de fango y volviendo a girar lo lanza contra el cristal trasero. Vincent frena, se baja y, sin mirarla, limpia el fango minuciosamente con un pañuelo blanquísimo. Annia agarra otro puñado y se lo lanza a Vincent que, sin limpiarse, monta y se aleja. Annia se deja caer y apoya las dos manos dentro del agua fangosa enturbiando aún más el reflejo impreciso de su rostro.

En medio del mundo real, como si despedida su sombra de la última ilusión, esa sombra que al existir intenta negar la invisibilidad que ya les impide percibirse; en el mundo real, como si despedida su razón de la conciencia siquiera de proyectar esa oscura silueta en la pared, como despojada desde adentro de cualquier fantasía de paraíso, de oasis capaces de reconvertir desiertos; en la madrugada, sin haberse limpiado el fango que les da contornos, Vincent, una vez más cuando Annia llega, se vuelve a refugiar entre sus brazos para no desaparecer, para no desintegrarse, para irse de sí en búsqueda de quedarse: como se queda la primavera una y otra vez porque es la única estación de esperanza, la que permanece transformándose en tantas ocasiones en tiempos de sobrevivencia que son pasajeros.

Antes de que amanezca Vincent piensa: *Reviviré tu boca. La haré visible.* Pero cuando Vincent recorre con el dedo los labios de Annia comprueba su dureza, su frialdad. *Reviviré tu boca*, insiste en pensar y entonces la besa. Y siente que besa su propio futuro cuando permanecerá impasible como corresponde a las estatuas: Y es que Vincent puede verse mármol. Mármoles como han sido.

De nuevo a la hora del desayuno, esta mañana Vincent se sienta ante un café humeante, sin azúcar ni leche, y acompañado de unas tostadas desnudas. En la silla de enfrente, en mañanas así, unas veces coloca una foto de Annia, que se ha ido; otras mañanas coloca un espejo. Y habla. Vincent habla. Y cuando calla la imagina a

ella: *Annia me mira sentada desde el otro lado de la mesa, ladea la cabeza y sonríe insegura. Me miras, sonríes. Yo, Vincent, no sonrío. Tampoco ladeo la cabeza. Sí que la miro. Sí que te miro. Annia endereza el rostro. Borra la sonrisa. Baja la mirada. Tú. Yo para celebrar moldeo el rictus sardónico de una sonrisa. Soy visible y me llamo Vincent.*

El amor cuando duele lo carboniza a uno

La fachada estaba pintada de negro, pero por dentro el bar tenía los *co*lores de una pastelería francesa exclusiva para señoras. Llegó temprano según lo que se habituaba. Poco más de las once de la noche. Sin embargo, ya venía de otro bar, aquel sí repleto de gente, donde lo común era acudir alrededor de las nueve.

No acostumbraba ir de bares.

El primero de los locales le había parecido un almacén de antigüedades de segunda. Él con sus cuarenta años sobresalía como uno de los dos clientes más jóvenes. Aquellas imágenes protagonizadas por ancianos en aquel bar, unos con la delicadeza de frágiles vírgenes y otros con la pasión de las fieras famélicas; por ancianos capaces aún de sentir endurecerse su cuerpo, de necesitar una caricia; lo condujeron a preguntarse cómo se comportaría él en la vejez. Y no supo responderse. No quiso imaginar posibilidades.

No fue el ambiente de penúltima parada antes de descender a los infiernos, lo que lo decidió a marcharse y a buscar otro bar. Fue que entró el hombre del que se había despedido en forma definitiva media hora atrás, aquel al que le dijo que iba a ir a emborracharse, pero que deseaba ir en solitario. Un hombre hallado ese mediodía cuando él se alejaba de una de las plazas.

Un hombre que al mediodía lo miró y siguió su camino siempre girando para verlo y entró a una cafetería y pidió una cerveza y él un café y le preguntó al hombre si le prestaba el ejemplar del diario y el hombre se lo tendió sin palabras y luego tras unas ojeadas él se lo devolvió con una fórmula de gratitud y tras un rato de silencio se marchó y aguardó afuera y el hombre salió y de nuevo lo miró y no atravesó a

encontrarlo y se tropezaron unas calles más allá en una esquina cuando él lo vio acercarse y lo interceptó y le preguntó si quería que hablaran y lo invitó a un café o a una cerveza como si no acabaran recién de beberlos y charlaron de cine que parecía ser la única pasión del hombre que confesó convivir con su madre y haber fracasado una y otra vez con sus parejas por buena persona. Un hombre con unas uñas demasiado largas para su gusto, y con una sonrisa femenina de cupletista de las astracanadas películas que confesaba eran su delirio.

El hombre corrió a comer con su madre a los veinticinco minutos de iniciarse el diálogo, pero acordaron ir juntos esa noche al cine, y fueron a la proyección de una película sobre el encuentro de un ser con su sitio de vivir y de morir. El hombre aceptando el dinero de su entrada al cine cuando él había pagado la consumición completa en el lugar donde ingirieron la cerveza y el café. El hombre criticando enfadado pequeñeces de quienes los rodeaban mientras aguardaban para entrar. El hombre incapaz de hacerle una caricia en las butacas, cerrado en sí mismo, incapaz de dar, de darse.

A la salida, él le aclaró que no era cierto lo que le había comentado, aquello de que tenía una reunión de trabajo tarde en la noche. Que iba a emborracharse. El hombre con burla inquirió:

–¿Problemas relacionados con amoríos?

Y él, despreciándolo, respondió:

–Con un amor que se muere. No te protejas tanto.

–¿De qué? –dijo el hombre extrañado.

–De quién. No te protejas tanto de la gente –y él dio media vuelta perdiéndose entre la muchedumbre.

Así fue cómo se encaminó al segundo bar.

Una ancha escalera de madera lustrada desembocando en la primera de las dos habitaciones que hacían escuadra. Él eligió el segundo de los salones, el más espacioso.

Cuando a este salón entró aquel desconocido de pantalón rojizo, se borró de su memoria el hombre de la plaza y del cine y del primer bar. Él se dio cuenta del arribo del otro de inmediato, y, por ridículo que le pareciera, sintió una punzada en el pecho, en el lado contrario al corazón. Se dijo que la punzada era una mala señal, y luego se dijo que también lo eran: la mirada a ratos como de loco del otro, con los ojos muy abiertos y brillantes y movedizos; y la risa, repentina, alta y breve, acompañada de un tirón de la cabeza. Una risa que, luego pudo comprobar, era una muletilla del otro, una de sus maneras de escapar, de cortar un tema, de cercenar una emoción, de fugarse por segundos de la realidad. Sin embargo, a no ser por el extravío ocasional de la mirada y por la aparición de aquella risa, el otro era el prototipo de un hombre centrado, convencido de sí, masculino.

El otro, todavía joven, de elevada estatura, delgado sin exagerar, fuerte, bien afeitado y con un corte de pelo sin estridencias, le resultó atractivo. Una imagen de vitalidad, de salud. Sólo que lo acompañaba otro hombre, unos años mayor, más bajo y grueso, y de una expresión oscura. Pensó que era una lástima lo de la compañía, y la punzada en su pecho se repitió desconcertándolo. Si alguna vez hablaban nunca le confesaría al otro lo de las punzadas en el lado opuesto al corazón.

Los dos hombres evidentemente bromeaban entre sí mientras bebían y recorrían el salón saludando a algunos conocidos.

A él, ellos apenas lo miraron, por lo que tras cerca de media hora de observar al otro fugaz pero reiteradamente, y como de pronto la punzada lo golpeó con más fuerza, él se fue del salón, subió a utilizar el aseo, descendió al primer salón, pidió

un trago y casi se lo tomó por completo, para terminar cediendo a un impulso y regresar al segundo.

Fue en los minutos siguientes, con el otro y su acompañante ya ubicados en una de las barras, al analizar los modos en que se relacionaban: una distancia mantenida entre los cuerpos, la ausencia de roces sensuales y de caricias sexuales; que concluyó que eran o dos degenerados a la captura de un tercero o únicamente amigos, no amantes. Entonces el otro lo miró a los ojos y empezaron a tropezar y a tropezar las miradas y a prenderse una en otra, hasta que se sonrieron, el otro lo saludó con un ademán de su mano derecha y él le hizo una señal de que se acercara y el otro se acercó.

Él experimentó la sensación de que el salón se abrillantaba. Volvió a sentirse ridículo e impresionado.

–Has demorado mucho –dijo él con una sonrisa.

–Me es difícil con testigos.

–Creí que estabas con tu pareja.

–Es un gran amigo –y el otro localizó a aquel con los ojos–. Fuimos pareja hace años. Se acabó muy pronto.

–Yo había desistido.

–¿Desistes tan rápido?

–No intentaría interferir en una pareja –dijo él serio, escrutándolo.

–Pensé cuando saliste del salón que te habías marchado del bar. Le comenté a mi amigo que lo lamentaba, porque me gustabas bastante de un primer vistazo.

–¡Si ni me mirabas! –exclamó él sorprendido.

–¡Claro que te miraba!

–¡Vaya capacidad de disimular!

–Me aturdo cuando hay mucha gente –y reapareció aquella risa en el otro que él había detectado de lejos–. Para mí es mejor cuando nada más hay unos cuatro o cinco en el bar.

-¿Acudes con frecuencia a este bar a buscar? –él pronunció las palabras con esfuerzo.

–Casi nunca salgo a buscar. No tropiezas con alguien interesante. Prefiero salir con los amigos y divertirnos contándonos historias o burlándonos de los animales raros que visitan esta clase de bares. ¿Y tú? –inquirió el otro.

–No es mi plan... Enamorarse tiene el eterno problema de los miedos que cortan el paso.

–¿Miedos?

–Miedo a sentir. A que el amor duela.

–El amor cuando duele lo carboniza a uno –y las pupilas del otro se dilataron como las de quien se halla a oscuras.

–Sé cuánto duele el amor... –y él desechó los recuerdos y se centró–. Miedo a compartir. A ofrecer la supuesta libertad. Miedo al rechazo social. Miedo a enfrentarse a la familia. ¡Miedo a esto y a eso y a aquello!

–¡Es imposible no temer! –y el otro se aferró a su risa.

–Temer es humano. Dejarse dominar por cualquiera de los miedos es castrarse.

–El amor cuando duele... –en esta oportunidad el otro no culminó la afirmación.

–Han desaparecido la lucidez y el compromiso. Súmales a los escollos para deslumbrarse con alguien, la frivolidad de la gente y el riesgo de las enfermedades, y completarás el cuadro. –Tras superar una pausa él precisó–: Me he puesto muy trascendente. Y ni siquiera he mencionado lo que resume el asunto. La falta de humanidad. Por eso escapo de casi todas las personas con las que entablo conversación.

–¿Por...? –Insistió el otro como situándose.

–Por cobardes. O por corrompidas. O por superficiales. No sé qué es peor. Que es lo menos aceptable. O porque cumplen la hazaña de reunir –ironizó él incisivo– tales “cualidades”.

–En cuanto a este bar... –el otro escogió lo que diría con cuidado–. He regresado a vivir a la capital. Residí varios años en otra gran ciudad. He viajado mucho en los últimos años por el interior del país y por el extranjero. Viajar es mi pasión. –El otro reparó en los vasos vacíos–. Traigo algo para cada uno. –Y cuando él fue a extraer dinero–: No te preocupes. ¿Qué tomas?

Él señaló lo que bebía. El otro se encaminó hacia el mostrador y mientras el barman preparaba lo pedido, charló con su acompañante. Regresó con éste y con dos vasos llenos. Se dieron la mano y cada uno de los tres dijo su nombre.

El acompañante, tras una broma en la que todos participaron, acerca de lo rápido que un hombre puede abandonar a un amigo de años cuando le gusta un desconocido, se devolvió al extremo de la barra. A estas horas el bar estaba desbordado de clientes y el ruido de la música y de las conversaciones era ensordecedor. Él se sorprendió en silencio de que esto lo divirtiera. Hasta que cayó en cuenta de que ello tenía un vínculo directo con su alegría por la presencia del otro.

–Hablábamos del placer de viajar –dijo él aproximando su rostro al del otro para hacerse oír–. Es distinto viajar por trabajo que por turismo. Cuando viajas por trabajo inicialmente puede ser fascinante. Transcurre el tiempo y se convierte en un fastidio. Un fastidio del que uno no podría prescindir sin sentirse fracasado o falto de algo necesario. Un fastidio que es también un vicio.

–Sustituí cada vez más los viajes de trabajo por los de turismo. Aunque la palabra turismo no es la adecuada en cuanto a mí. No sigo las rutas turísticas, ni los

ritos turísticos. Lo apasionante es estar en lo alto de las montañas conviviendo con los campesinos y durmiendo a la intemperie en un país desconocido, comiendo lo que ellos comen y aprendiendo sus costumbres. He sido de las ciudades, de las grandes ciudades, de las capitales, pero ya no las soporto. Querría vivir en uno de esos países perdidos.

–Un país perdido –musitó él.

–En uno de esos donde nuestro dinero vale mucho, y donde habrá algo en lo que ocuparme –y los ojos del otro danzaron.

–¿En qué trabajas?

–No trabajo. Fui dueño de un hotel. Lo liquidé y me he dedicado a viajar. Residí unos meses con un amigo canadiense en el extranjero, anduvimos de un sitio a otro, y fracasó la convivencia. Regresé al país y aquí he estado desde hace más de un año. ¿Y tú qué haces?

–Investigaciones... sobre sociología.

Casi un rostro contra el otro, sin meditarlo se besaron. Un beso como el de dos amantes que se reencuentran tras extraviarse. El otro distanció el rostro como si a través de su risa un asomo de demencia le tirara de la cabeza. Él fue arrastrado por aquella carcajada. Los dos contemplaron el entorno. A un costado, otros dos se miraban intensamente a las pupilas mientras el resto bebía, platicaba, escuchaba la música o bailaba.

–¿Nos citamos? ¿Mañana? ¿Comemos mañana juntos? –dijo el otro.

–Yo invito –y él se recriminó por una aceptación tan incondicional–. ¿Dónde? ¿A qué hora?

–No tengo coche.

–¿Y eso qué?

–Necesito recuperarme económicamente. Citémonos en el centro para mostrarte unos sitios que quizás no conoces. En... –y el otro indicó un monumento–, al mediodía, a la una.

–Yo seré puntual.

–También yo. Te anoto mi teléfono –el otro lo escribió con una letra de rasgos firmes en una servilleta–. Hay un contestador. No te garantizo que me enteraré de un mensaje, porque si mi hermano manipula el contestador, borra lo grabado.

–Es muy considerado tu hermano.

–Hasta el límite de que, si es mi hermano quien te contesta al teléfono, y yo he salido, olvidará comunicarme lo que le digas –el otro lo refería neutro–. Yo no le pago con la misma moneda. Mi opción es domesticar, no domar. ¿Tú dónde…?

–En un apartamento alquilado de tres espacios.

–¿Lo compartes con alguien?

–Con el polvo.

–¿Es frecuente allí "el polvo"? –y el otro, no obstante la alusión, no pareció grosero.

–El de la contaminación. Lo que es frecuente allí es la soledad, a pesar de que concibo la existencia en pareja. ¡La soledad! –repitió él para que las dos palabras flotaran.

–¡Formidable que no lo compartas! –el otro sonó contento de suponerlo sin pareja, y lamentó consigo no añadir un "por ahora".

–No tanto. Formidable porque tú y yo podríamos poblarlo de... No te invitaré esta noche al apartamento. Y me gustas. Es evidente que me gustas.

–Pero tú no me invitarás esta noche –y en la aseveración del otro rondaba una interrogante.

–No colecciono acostadas.

–Ni yo colecciono aventuras. También concibo la existencia en pareja.

–O eres un acercamiento al amor –él fue enfático– o no eres ni ceniza.

–Amé durante años al amigo canadiense que mencioné. Nos conocimos en un tercer país, en la calle. Fue un flechazo. Y nos reencontramos en hoteles de medio mundo. Él tenía una pareja de las de “para toda la vida”. De “hasta que la muerte separe”. –La voz del otro que había vibrado con escondida emoción, se volvió informativa–. Yo sostuve otras relaciones en esos años, advirtiéndoles del canadiense. No pude amar a esos hombres porque ya amaba. Amaba mucho. Cuando murió su... –el otro eludió repetir “pareja”–. Vendí el hotel. No era grande, no todo era mío. Lo vendí para irme a su país, para que viajáramos con el propósito de... No resultó.

–¿No resultó por ti?

–¡Qué más da! –Y recuperando alegría–: Si mañana te convences de que soy una posibilidad de amor, después de la comida nos tomamos el café en tu apartamento. Y, entre la comida y el café, nos acostamos, como postre.

–¡Aceptado! –él trató de no parecer dudoso.

–Yo no tengo la disyuntiva de si invitarte o no a mi cama. Provisionalmente vivo en un piso que mi madre nos dejó en herencia a mi hermano menor y a mí. Convivir a esta edad con mi hermano me es muy incómodo. Añádele que no es respetuoso de las normas más elementales.

–¿Se siente invadido con tu vuelta?

–¡Me invade!

–Entendí que durante largos años te mudaste a otra ciudad.

–Ese piso ha sido mi hogar. El de nuestros padres y sus cuatro hijos. El mayor soy yo. Mi madre y el segundo y tercero de nosotros, murieron. Mi padre, un fabri-

cante de muebles, se mudó a otro edificio tras un nuevo casamiento. Yo he conservado mi dormitorio en el piso aún en las ausencias, utilizándolo varias semanas cada año y un año tras otro sin faltar. Pero a mi hermano es inútil plantearle que respete espacios, pertenencias, límites y derechos. Y, hablando de derechos, debemos irnos, ya debo rescatar a este amigo, y a sus derechos, del abandono.

A él le agradó lo de "debemos irnos", que, aunque no implicaba "juntos", expresaba preocupación porque él fuera a permanecer en el bar.

–Hasta mañana –y él se desplazó hacia la salida, seguido del otro.

Él apuró el paso cuando el otro se detuvo a preguntarle al amigo si se marchaban o no, y ganó la calle, molesto porque el otro, excusándose con el amigo no siguiera la noche con él. Era sábado, recién pasadas las doce y no tenía sueño. Se encaminó a otro bar de igual condición, pero de la zona dura, la de prostitución, droga y cuartos oscuros. A uno de los menos peligrosos, de los recomendados en las guías.

Se encaminó molesto también consigo por no irse a su apartamento a jugar a las cartas en solitario, ver la televisión o leer, aguardando así el sueño como uno de los preámbulos de espera de la cita con el otro. Supo que se defendía, que intentaba frenar el entusiasmo que el otro le provocaba, colocarse la coraza desde adentro para que la punzada en el lado opuesto al corazón dejara de aparecer; y que en el siguiente bar buscaría quien lo auxiliara en el revestirse con la coraza, para que cuando el otro lo golpeara en sus sentimientos como solía acontecer en los segundos encuentros, la punzada no lo derribara, expulsara o hiciera huir del cuadrilátero.

Y supo que tampoco era únicamente por esto que se encaminaba al bar. Que tenía una cuenta no sumada con el tipo que más lo había satisfecho sexualmente en los últimos meses. Sexo, no amor. Un joven con quien se había deslumbrado pocos

meses atrás cuando andaba perdido, devastado; deslumbrado luego de un malentendido en la calle, y de una vorágine de caricias y mordeduras y discusiones sobre maneras divergentes de entender el mundo, relación que interrumpió a los dos días un viaje y un: "¿No puedes creer que te amo?", dicho por el joven; y la respuesta de él que fue una de esas frases lapidarias que le salían solas: "Bajo ningún concepto me plantearé amar a alguien con una visión del mundo que niega mis principios."

El joven y él se reencontraron escaso tiempo después y durante una semana de inicios de ese mes que se precipitaba a su fin, repitieron la vorágine de caricias, ternura angustiosa y enfrentamientos, despedazándose al discutir acerca de lealtades. Hasta que él con un pretexto –el joven giró en la calle para mirar a un desconocido que lo miró al cruzarse– le exigió que se largara.

La noche anterior había rozado a propósito con su brazo la espalda desnuda del joven, sin saber quién era en la penumbra de luces intermitentes; y éste, el único que bailaba sin camisa, reconociéndolo lo aferró por un codo y le habló, pero él zafándose se encaminó a la salida. Pensó que esta noche, esta madrugada, los dos volverían al bar, empujados por la urgencia de un nuevo capítulo de sexo. Él ya volvía, y rememorando la espalda desnuda del joven se estremeció completo en la acera.

Cuando ya en el bar de la zona dura, sorteando los cuerpos apiñados, esquivando ojos con propósitos de conquista, buscó en el primero, en el segundo y en el tercero de los salones, bajó la escalera y atravesó el cuarto, subió otra escalera y desembocó en el quinto sin ver al joven, se desconcertó.

No visitó el sexto salón, el oscuro, donde imaginaba cuerpos que, sin conocerse, sin identificarse, se fundían, con o sin protección, como animales que eligen la posibilidad del sacrificio a cambio del frenesí. Ni visitó el aseo, imponiéndose continuar el recorrido en el convencimiento de que el joven no entraría. Decidió situarse

en el primero de los salones, en la barra a la que desembocaba la entrada, y al retroceder desde el quinto y seguir, descubrió en el tercero al joven, moviéndose con la música, otra vez el único sin camisa, con la espalda sudorosa brillando y las gotas de sudor apareciendo y desapareciendo al compás de la intermitencia de las luces.

Él se fingió borracho y tras unas palabras para corroborar que no tenía rival esa noche, que al joven sólo lo acompañaban dos conocidos en plan de amigos, lo arrastró a un rincón y lo atrajo hacia sí, con sus manos desnudas en la espalda desnuda, con rabia y pasión y una deshacedora amargura.

El joven entregándose y, por momentos, negándose, preocupado porque los observaban. Él escudándose en la fingida borrachera para salvar frente al joven, aunque maltrecha, su dignidad; respondiendo que no, que la gente no los miraba, y que si lo hicieran importaría poco. Que el joven estaba de espalda a todos y era él quien exponía la cara, tan borracho que no le importaba.

Él respondiendo que lo condujera a su apartamento, que el otro no podía abandonarlo a su suerte con tamaña borrachera, y que justo por la borrachera se iría a la cama con el joven, y al otro día se separarían como dos extraños, incapaces de modificar sus ideas. Porque, dijo él, la separación era inevitable, puesto que una posible relación, que el posible amor no puede ser un mendigo al margen de dos maneras de entender el universo, sino ser la expresión coincidente de cómo imagina cada cual un mundo más humano. Y a continuación simuló un traspié para que el joven no dudara de la borrachera después de tales sentencias.

Ocurrió como él dijo, y sin protección. Ocurrió dos veces y las dos él finalizando afuera a pesar de las súplicas del joven de que finalizara adentro. Aunque convencido de estar sano, él finalizando afuera por su sentido de la responsabilidad… y sus temores. De lo que debe o no debe ser.

Él durmió hasta el mediodía tras quedarse a solas, y hubo de apresurarse a la cita para comer con el otro. Felicitándose por cumplir sus objetivos. Cerrar la suma con el joven, subrayándole que ése era el capítulo final; aunque en silencio, mientras lo repetía, él se preguntaba qué pasaría si se tropezaran dentro de unos años. Y aplicar los frenos, pues luego de las prolongadas ceremonias con el joven, no estaba en condiciones de acostarse, como postre de la comida, con el otro.

Él estuvo puntual al pie del monumento. El otro acudió unos minutos después, excusándose por las dificultades para aparcar el coche, y explicándole que traía prestado el auto del amigo, en cuya casa había dormido porque estaban discutiendo la instalación de una tienda de artículos electrónicos que pensaban inaugurar muy pronto como socios. El otro necesitaba invertir el dinero que aún salvaba de la venta del hotel. Y el amigo, la suma que le restaba de una indemnización recibida de su último empleo tras sufrir un accidente de trabajo. A los dos les era urgente, antes de que el dinero depositado en sus cuentas bancarias volara del todo, montar un negocio, recuperar la inversión y ganar sistemáticamente cada mes. El otro puso punto final al tema del dinero con una movilidad más subrayada de sus ojos y con aquella risa intempestiva y fugaz a través de la cual solía escapar.

Él se repitió que, mirada de loco, risa inoportuna o no, el otro le gustaba.

A propuesta del otro se encaminaron al coche, lo abordaron, recorrieron parte del centro y frenaron, cerca de un café y de un bar. El otro deseaba descubrírselos. Al café, en una calle apartada y estrecha, porque se conservaba casi idéntico a como había sido inaugurado décadas atrás y semejaba una foto del pasado. Al bar, idénticamente escondido, porque estaba lleno de murales, de mosaicos en las paredes que mostraban imágenes de vendimias. Mientras los apreciaban, mientras tomaban una copa en el bar, él propició algunos roces de su cuerpo con el del otro,

una presión de una de sus rodillas con una de las del otro que se comportaba como si fueran dos amigos y no como dos seres anhelantes de amarse. A él esto lo extrañó. También la casi continua seguridad del otro. La naturalidad ausente de emociones visibles del otro. Traicionadas muy de cuando en cuando por la mirada y la risa huidizas.

De regreso al coche y deambulando porque el otro no recordaba con exactitud la calle en que lo había dejado, éste comentó que detestaba la ciudad, insistiendo en su idea de irse a vivir a un país distante, perdido, y remarcando que, si la relación con el canadiense no hubiera terminado, por uno de esos países paradisiacos ellos andarían.

–¿Terminó definitivamente? –Inquirió él en uno de los cruces, ya localizada la posición del coche.

–Definitivamente.

–¿Esta etapa no será un receso?

–Después de la primera ruptura en Canadá, me llamó acá por teléfono y coincidimos en África para reiniciar. Un desastre.

–Me alegro –él no se contuvo–. Quiero decir que, si hubieran seguido, yo no te habría conocido y no caminaríamos juntos compartiendo este cielo, esta posibilidad.

–Comprendo. No te justifiques. Todo está en orden.

–¿Por qué rompieron?

–Porque... –y el otro dudó– yo deseaba que continuara su obra como arquitecto y él se empeñaba en no trabajar, en vivir de sus rentas. Hubiera podido viajar en algunas ocasiones desde el país al que nos marcháramos para realizar algunos proyectos. Es muy prestigioso en su profesión. Porque...

–Has dejado una frase inconclusa.

–Porque no nos entendimos en varios aspectos –el otro eludió la frase pensada y apeló a generalizar.

–¿Fue el sexo uno de esos aspectos en que no se entendieron? Hablaste de varios años de relación. Y varios años para algunos...

–Nuestras prácticas… –y el otro se expresó enfáticamente– eran fantásticas. Rotundas.

A él estas afirmaciones, graníticas, lo preocuparon. Denotaban un resultado nada sencillo de alcanzar, menos de superar. Como debiera ocurrir si establecían el otro y él una relación de amor.

De regreso al coche y dirigiéndose al extremo opuesto del centro de la ciudad, hacia el restaurante elegido de común acuerdo, al colocar él otro la mano derecha cerca, él puso su izquierda encima presionando con ternura. El otro, excepto en el bar nocturno, nunca había tomado la iniciativa de acariciar.

Al contacto de su mano con la del otro, él recordó otro coche, unos meses atrás, y como su acompañante cambiaba siempre las velocidades cruzando la mano izquierda por delante del cuerpo con tal de mantener la derecha enlazada a la izquierda de él. Recordó como soltaban las manos únicamente para acariciar los cuerpos todos, desenfrenadamente, de mañana, tarde o noche, mientras el coche transitaba por las calles y avenidas más concurridas o se detenía ante los semáforos o los policías. El otro retiró la mano y al hacerlo recorrió levemente la de él para de inmediato abandonarla.

–¿Tienes pareja? –preguntó el otro apartando los ojos del trayecto por un segundo y mirándolo.

Un silencio.

–¿Tienes pareja en algún pedazo del mundo? –volvió a la carga el otro.

–¿Y tú? He entendido que debe haber transcurrido alrededor de un año de la segunda ruptura con el canadiense, o más.

–No tengo. Pero no se responde con una pregunta. No me has respondido.

–Para mí es complejo responderte. Ya casi llegamos a la zona del restaurante. Permíteme responderte –él se esforzaba por ser persuasivo, por ganar tiempo, no había decidido que respondería frente a la pregunta, aunque la temía, la aguardaba– cuando no estemos a punto de salir del coche, a punto de desplazarnos. Cuando reposemos con cierta quietud saboreando un café.

En la ruta entre el coche y el restaurante, y con la punzada horadándole el pecho, él indagó:

–¿Nunca decides tocar sin que te hayan tocado?

–Tengo fama de acosar con caricias a mi pareja.

–No soy tu pareja. Tampoco somos amigos sin pretensiones amorosas. Y a mí no me has tocado a no ser que yo lo hiciera primero.

–Porque no estamos en la intimidad.

–El enamoramiento no es para expresarlo exclusivamente en la intimidad. Hay gradaciones. Y modos.

–La intimidad para mí es...

–Me he preguntado si tienes una absoluta definición como… Por los hombres. Me lo estoy preguntando.

El otro no desestimó el emplazamiento.

–Desde muy joven me gustan los hombres. Los hombres mayores. Mi primera relación era un señor en plan de señor, con traje y corbata. Acudía a esperarme al instituto donde yo estudiaba, me trasladaba a casa y permanecía afuera desde que yo subía al piso hasta que hablaba con mis padres y volvía al coche para que nos

fuéramos de paseo. A veces me demoraba y me irritaba que estuviera botado en la calle. Empecé a invitarle a que también subiera. Mis padres se comportaban con amabilidad. Una tarde, en un pasillo e impidiéndome el paso, mi madre me preguntó que si me gustaban los hombres o las mujeres. Respondí sin dilaciones que los hombres. Hubo llantos resignados de mi madre. Y reproches airados de mi padre. A mi padre le costó digerir la idea de mi elección. No estudié en la universidad porque deseaba independizarme de mi familia. Fue otro golpe para mi padre que su hijo mayor no se graduara de una carrera. Lo que me gustaban eran los negocios. Hacer dinero, mucho y rápido. Lo hice. Lo gasté. No lo pongas en duda. Sí que hice dinero. Y sí que lo gasté.

En uno de los momentos en el restaurante, el otro se quejó:

–El negocio que inauguraremos será modesto. Veremos cuántos de los amigos reaparecen. Muchos conocidos de los de la época en que yo era uno de los dueños del hotel y gastaba el dinero a manos llenas con la corte de acompañantes, desaparecieron sin explicación –el otro hablaba sin sobresaltos ni inflexiones dolorosas.

En otra oportunidad, dijo:

–No sé cómo manejar a mi hermano. Se pone mi ropa. Va tirando su ropa y la mía por suelos y muebles. Se perfuma con mis lociones. Derriba los frascos. No los cierra. Usa mis hojas de afeitar. Enciende el televisor a cualquier hora y con cualquier volumen. Y los aparatos de sonido. Canta a voz en cuello. Grita por teléfono. No anota los recados. Olvida conectar el contestador. Y no sigo. Me da... lástima. Quedó huérfano de madre siendo niño. De inmediato murieron nuestros otros dos hermanos, sus compañeros de juegos, en un accidente de tráfico. Está alcoholizado a los veinte años. Está enganchado por la droga. Yo he fumado y me he pinchado. Nunca he sido un drogadicto. He elegido cuándo, cómo, cuánto, y, sobre todo, con

quién. No lo he hecho a solas. Se trata de compartirlo con alguien a quien aprecie o a quien ame. Soñar juntos y excitarnos juntos y encontrarnos en otras dimensiones. Con el canadiense por cierto en...

El otro calló ante la expresión en el rostro de él: con la punzada en la otra mitad del pecho, su rostro había mostrado crítica, desacuerdo, rechazo. El otro percibió la tensión. Él no abrió la boca, acababa de señalarle al otro esa misma tarde lo de "no me tocas" y de agredirlo con lo de su definición o no definición. El otro precisó:

–No te preocupes. He suspendido los acercamientos a las drogas. Ya no acostumbro a fumar ni cigarrillos comunes. No sé tu edad. Algunos detalles los valoramos de distinta forma porque somos de generaciones distintas. Eso no es decisivo. Y físicamente, la calvicie que aún no te asalta, pero no demorará, las canas que todavía no tienes pero que harán acto de presencia, y una barriga bien puesta que muy posiblemente llegará, pueden ser para mí muy incitantes. No temas perder el pelo. Ni que emblanquezca. Ni temas engordar. A mí me resultas y me resultarás atractivo. De adolescente me gustaban los de treinta. De treinta me gustan los que se acercan a, o sobrepasan, los cincuenta. Y de cincuenta, si alcanzo esa edad, me gustarán con bastón.

Él sonrió, agradecido porque el otro lo hiciera sentir cómodo. Y bromeó:

–He cumplido cuarenta. Ni uno más. ¿Te decepciono? ¿Soy muy joven para ti? Me comporto como de sesenta, no temas. Y a ratos hasta me creo de sesenta. Pero ni siquiera son cuarenta y uno de edad.

El otro aprovechó la ocasión para averiguar algo que presumiblemente lo inquietaba a fondo:

–¿Y a ti siempre te han gustado más jóvenes?

Él no supo qué responder y quiso ser honesto:

–Me gusta alguien o no me gusta. Puede tener una edad u otra. Ser menor o mayor que yo. O de una edad similar. Tendrá sí que comportarse de una manera congruente con su edad. Podrá tener un físico u otro. No es que me vayan todos los físicos, pero me puede gustar uno u otro. Es el conjunto el que debe parecerme atractivo. Y el conjunto incluye cómo piensa, cómo siente, cómo responde. Físicamente debe dar una imagen de hombría. Y ser un hombre al margen de lo que haga en la cama conmigo.

Cuando él pagó la cuenta, aclaró:

–No te invitaré a mi apartamento esta tarde. Hoy tampoco me voy a acostar contigo. Ni remotamente rechazo las relaciones sexuales. He decidido que vayamos muy despacio. Me interesas demasiado. Nada de acostarnos casi de entrada. Como postre de una primera comida. Estás en tu derecho de no aceptarlo. De levantarte sin decir adiós. Pero no alteraré mi decisión. Busco amor. Y contigo lo que deseo es construirlo desde la primera piedra. O descubrir que no es posible. Tomemos un café en algún lugar de las cercanías y responderé a lo de "¿Tienes pareja en algún pedazo del mundo?" El otro desvió la mirada y se amuralló en aquella risa falsa que funcionaba como detonante para el tirón de la cabeza. Ya en un sitio próximo y con el vapor entre los rostros, uno que se esparcía desde dos tazas, él dijo, ciñéndose a la historia que había decidido relatar:

–Hace un año o algo así conocí a un hombre más joven que tú. Antes y después he conocido a otros, a alguno incluso más que al resto. Éste es el que importa. Alto, delgado, de facciones armoniosas, guapo. Sensible. Culto. Seguro en apariencia. Brillante. Con un empleo de responsabilidad y bienes. Influyente. Bien pagado. Con viajes. Y un futuro profesional. Un hombre con el que hacía el amor como si fuéramos dos animales. Y como dos humanos. Al mes de conocernos le propuse que nos

citáramos con más frecuencia. Me dijo que el tiempo se le acababa y que había adquirido compromisos de trabajo con plazos precisos, y que asistía a consultas médicas y tratamientos, que pronto sería operado, y que se veía obligado a reposar porque tenía cáncer y pocas posibilidades de victoria. Algo después, pasada la operación, me dijo que la operación no había tenido éxito. Y que necesitaba conmigo una tregua para decidir a solas qué iba a hacer con lo que le quedara de vida. Nuestro tiempo dándonos mucho de lo mejor de cada uno y también enfrentando las voluntades para ahondar, había transcurrido entre radiaciones y sus estragos, la operación y sus mordeduras, dolores y vómitos, en tanto nos ocultábamos mutuamente la desesperación, la rabia, la amargura, confesándonos alguna vez el grito y compartiendo alguna vez el llanto. Y repitiéndonos el uno al otro: “Te quiero mucho.” Cuando me dijo del fracaso de la operación me entregué sin defensas. Ofrecí que conviviéramos. Ofrecí el no cuantioso dinero de mi única cuenta bancaria. Cambiar mis planes. Que compartiéramos las consecuencias de su enfermedad. Y la curación o la muerte. El amor cura. O, si no, refugia. Otro mes después, transcurrida la tregua, una tregua donde dejé parte de mi razón y de mi existencia, me dijo que se iría sin decir adónde, ni a su familia ni a mí, ni a amigo alguno. Que finalmente elegiría un voluntariado en algún paraje lejano, uno para morirse siendo útil. Que no se radiaría y que con la morfina algo podría hacer por otros. Y que ocurría que los enfermos de cáncer desearan morir sin que quienes los amaban contemplaran su angustia y su declive. Acabo de resumir para ti, en gran medida, la tragedia y la tristeza de esa historia. ¡He escamoteado la ira y la impotencia! ¡El amor arrasado! ¡El amor arrasando! ¿Es suficiente respuesta a tu pregunta? ¡Debió ser mi pareja para siempre!

El otro no desvió la mirada, ni rio. No tomó un sorbo de café para meditar lo que respondería. Dijo:

–La pareja del canadiense tenía cáncer. Un cáncer que le provocó una dilatada agonía. Que lo dejó a merced del canadiense. Y al canadiense a merced de la enfermedad que destruía al hombre al que por muchos años amó. Desde antes del fallecimiento de su pareja, el canadiense era seropositivo. Yo lo sabía. Me lo dijo cuando lo supo. Pero yo lo amaba. En nuestros encuentros no utilicé preservativos porque lo amaba. Porque me gustaba mucho y me complacía no tener un preservativo como intermediario. Lo amaba y lo de los preservativos me parecía una mezquindad. Una cobardía. Una ofensa al amor. Sé que estaba equivocado. Comencé a hacerme el análisis cada seis meses y a esperar. Hace año y medio el análisis arrojó afirmativo. En esa época murió la pareja del canadiense. Vendí el hotel y me fui a buscarlo para que viviéramos juntos. Le dije que yo también ya era seropositivo. El canadiense estuvo descentrado en nuestros intentos de convivir. Marcado por el cáncer agónico que acababa de dejar atrás con el fallecimiento de su pareja. Tenía una actitud negativa, estaba deshecho. Yo no suelo contar lo de mi... Te lo he contado porque me has entregado una prueba de confianza. De honestidad. Porque es una tarde de verdades.

–¿Acaso tú no se lo adviertes a aquellos con quienes te acuestas?

–En este país, no. En esta ciudad todos a la larga nos conocemos. Y somos murmuradores. Lo del sida no solemos afrontarlo. Si advierto a alguien que soy seropositivo, lo comentará con otros y estos con otros. Se correrá la voz y comenzarán a señalarme con el dedo. A hablar en voz baja sobre mí cuando esté cerca. A encerrarme en un círculo de rechazo. Además, ando bien de... salud. Sólo tengo el virus, pero no lo he desarrollado. Tomo precauciones cuando hago sexo, para no contagiar a la otra persona. Y para que, si tiene el virus, éste no incida sobre mí. El portador no debe tener sexo sin protección con otros portadores. Soy fuerte. Estoy bajo con-

trol médico. Me atiendo con los mejores especialistas. Ingiero medicamentos. Puedo aguardar. En unos años descubrirán una vacuna, una manera de salvarme.

–¿Lo has dicho, por lo menos, a tu familia?

–Tampoco, ni siquiera a mi hermano. Lo he dicho a este amigo y a otros dos.

–Yo la última vez que me hice un análisis fue hace seis meses y me dio negativo. Me he cuidado desde hace seis años hasta el presente. Me he cuidado bastante.

A él los pensamientos se le agolparon. Pensó que el canadiense no estaba dispuesto a arriesgarse a que, la agonía del otro, fuera primero que la suya. Acababa de pasar por una con el cáncer terminal de su pareja. El canadiense deseaba hallar a alguien sano, alguien que se protegiera del contagio, alguien que le garantizara compañía y cuidados en su propia agonía. El canadiense nunca había amado al otro. Quizás lo intentó, pero sus circunstancias no se lo permitieron. El otro se había sacrificado por alguien que no era del todo merecedor. El canadiense debió exigirle al otro que se protegiera. Que usara preservativos. Debió imponerlo como condición. No se acepta el sacrificio de la vida de quien uno ama. ¿Se daba cuenta el otro? El otro no le había dicho a su hermano menor que podía contagiarse si usaba sus hojas de afeitar. Él no era capaz de encarar al otro con aquello del desamor del canadiense. Él era un cobarde por no plantearle al otro, que o comunicaba lo del virus a su hermano, o él llamaba al hermano por teléfono y se lo advertía. Él era un cobarde porque no quería dañar más al otro. Y porque no sabía si quería afrontar el riesgo de perderlo. El otro muy probablemente había detectado los actos de desamor del canadiense. De egoísmo. Pero quizás al relatarle a él los hechos salvó su maltrecho amor propio. El otro se lo contó como si hablara de terceros. De terceros distantes. Se lo contó sin emotividad. Sustrayéndose al dolor de la decepción. Negándose a reconocer la inutilidad de su riesgo. La esterilidad de su amor.

Quedaron en que él llamaba por teléfono al otro, al día siguiente a las cinco de la tarde, para acordar cómo asistir juntos a una función de teatro en la noche.

El otro lo condujo en el coche hasta la puerta del edificio donde él residía.

Hubo mucho silencio.

Él durmió desde el atardecer hasta la mañana. Con pesadillas. Con sueños interrumpidos. Con despertadas a medias.

A las nueve de la mañana estaba en unos laboratorios haciéndose un nuevo análisis. Había decidido supeditar sus decisiones a los resultados de ese análisis. Temblaba de la cabeza a los pies. Aquella punzada, la punzada en el lado opuesto al corazón lo traspasaba.

Mientras ese jueves al anochecer aguardaba al otro a la puerta del cine como si esperara a la vez el camino y el precipicio, con la punzada en el lado contrario al corazón, que le aparecía en cada uno de aquellos encuentros de los últimos días latiéndole más fuerte que el propio corazón; pensó que todo ocurría al galope. Como si cientos de caballos en estampida los arrastraran por el polvo a los dos.

E hizo un recuento para sí.

Se conocieron el sábado con la noche ya muy entrada. Comieron juntos el domingo al mediodía, y en la tarde, al calor de los cafés y del relato que él le hizo al otro, acerca de su relación interrumpida meses atrás porque el cáncer tomaba nuevas posesiones en el hombre al que amaba. Uno que ante la inminente desfiguración y agonía; contra las insistencias y ofrecimientos de él, contra sus garantías, y su prolongado, arrasador, espumoso, inacabado grito; se negaba a continuar viéndolo.

Al calor del relato que él le hizo, el otro le confesó que era seropositivo desde hacía año y medio.

El lunes él fue a realizarse un nuevo análisis, y en el laboratorio le comunicaron que los resultados no podría recogerlos hasta el siguiente lunes.

Cuando ese mismo día asistieron al teatro y cenaron y tomaron unas copas, él no le comentó al otro lo del análisis de sangre, en un intento por ganar tiempo para decidir si seguían encontrándose. Sino que buscó cómo agredirlo, para lo que tenía una excusa, el otro no lo tocaba, a no ser cuando se besaron ese sábado en el bar nocturno tras recién conocerse, a no ser cuando él lo tocaba primero y el otro podía reaccionar furtivamente o protegido por la intimidad del coche, siempre durante unos segundos, rozándolo en partes del cuerpo no visibles a los demás, y sin honduras.

Él, que el domingo había aludido a ello, le dijo al otro con marcada intención justo ese lunes:

–Date espacios para la ternura –y pensó que el otro disponía de una sola vida que quizás se le acababa y, no obstante, cedía a manipulaciones sociales discriminatorias y desaprovechaba su derecho a manifestar libremente su amor, a ser en plenitud; no puso estos pensamientos en palabras porque le pareció cruel recordarle que resultaba probable que muriera en los próximos años, a los treinta y tantos.

El otro se quedó mudo, desconcertado, inscripto en un silencio que se estiró como resorte, hasta que dijo:

–¿A qué te refieres?

–A que no te preocupe más el qué murmurarán quienes nos rodean, que el demostrarme cuánto te importo. A que de una vez y por todas te permitas una caricia hacia mí. Y a que –añadió como un terremoto– no has logrado aún que me excite. Y si no me excito nunca llegaremos a hacer sexo.

El otro respondió que tampoco se había excitado hasta entonces. Y pidió la cuenta sin consultarlo.

En el taxi, cada uno hacia su espacio, el otro insistió en que lo llamara por teléfono ese martes o miércoles para ir al cine.

Él no telefoneó el martes. El otro no conocía su número, aunque sí su dirección puesto que lo había acercado de regreso.

Él llamó al otro el miércoles y se disculpó de su agresividad del lunes hasta admitir, no sin un descomunal esfuerzo:

–Tengo mucho miedo –él no dijo a qué, lo cual sonó peor–. Cuando tengo miedo me pongo agresivo.

El otro eludió ese punto y se refirió a que, aunque fuera correcta la disculpa, tampoco la agresión había sido desmedida. Quedaron en que él lo llamara al día siguiente, jueves, en la mañana, para acudir al cine al atardecer. La conversación finalizó cuando él le tiró el teléfono al otro, porque lo apresuró argumentándole que debía cambiarse de ropa para salir a cenar con el amigo con el que pensaba iniciar el negocio de venta de artículos electrónicos.

En realidad, él, desasosegado por no haber visto al otro en dos días, hubiera querido que se citaran para esa misma noche y cenaran. Aunque temía que, si se veían, él terminaría invitándolo a pasar la noche en su cama. Su razón le repetía que mientras menos se vieran entre el miércoles y los resultados del análisis el lunes, mejor. Pero sus sentimientos se rebelaban a la probabilidad de que, si el lunes el análisis volvía a demostrar que él no tenía el virus, él escaparía a la posibilidad de un contacto sexual con el otro. Él estaba deseoso de tener al otro cerca. Deseoso de abrazarlo para con tal ceremonia contrarrestar la muerte. De que se amaran hasta… marcharse. De que juntos desaparecieran tras haber celebrado el amor, o cuando menos un poco de amor sobre la tierra.

Frases, frases, le gustaba hacer frases.

El jueves en la mañana, después de una noche de las que él elegiría para sus peores enemigos, cuando él llamó por teléfono, fue el otro quien se disculpó explicándole que el apresuramiento había sido consecuencia de que su hermano menor estaba delante, pendiente de la conversación telefónica. Veinte años tenía el hermano menor.

Él aceptó la disculpa.

El jueves en la noche, él ya durante una hora a la puerta del cine, y el otro que no llegaba. Un hombre de quien en tan breve tiempo se había enamorado. Un hombre a quien podría amar. Un hombre que le relató cómo se contagió del virus por no protegerse, y esto a sabiendas de que la persona que amaba podía infectarlo. Y que, al paso de los años, al decirle a aquella persona que él también era seropositivo, se tropezó con la incongruencia de que la persona amada quería a su lado alguien sin el virus, para asegurarse los cuidados cuando arribara la posible agonía.

El otro, gracias al infierno, no acudía a la cita en el cine.

Y él protegiéndose como de costumbre, se iría, se mudaría de vivienda, desaparecería. Desaparecería del todo en la maldita tierra malhechora.

Y cuando en el futuro su conciencia lo asediara, esgrimiría como justificación el testimonio de que él sí había acudido.

Lo esgrimiría sin otras consideraciones.

Ciertamente él sí ha acudido.

Leerá el espacio del amor posible

Él tiene delante el original y sus dos modulaciones. Las modulaciones que son un único lente. Otro lente, y otro. Cada uno distinto como una distinta ceremonia. ¿O es el mismo lente que posibilita tres distintos ángulos? ¿O, son tres originales? Usted podría tenerlos delante ya, al menos un original. Él, ¿cuál escribió primero de los tres? ¿Cuál es el original? ¿El de él y ella? ¿El de ella y ella? ¿El de él y él? Él no recuerda. No va a recordarlo, porque no quiere. Tampoco aunque usted pudiera pedírselo lo recordaría. ¿Cuál primero? ¿Será eso lo que más importará? Él espera que no. Habrá por lo menos un lector para quien no. ¿Tendrá ese lector, usted por ejemplo, que leer los tres? No necesariamente, le requeriría escribir dos completos para luego poder leer los tres. Podrá sí decidir qué desea leer o creer que lee. Son muchas las posibilidades. Si lee, leerá el espacio del amor posible.

Demasiado guapa, pensó él buscando certero su mirada. Ella estaba a punto de atravesar la calle y él estaba llegando a esa acera. Pero ella no se dio aires de estatua lejana y respondió sin vacilaciones clavándole los ojos. Cuando ella comenzó a cruzar, él no siguió su propio camino, sino que giró para verla de espaldas. Ella se detuvo en medio de la calzada, sin continuar de inmediato hacia la acera opuesta. Se detuvo y también giró. Quedaron frente a frente, observándose.

Demasiado guapa, pensó ella buscando su mirada.

Ella estaba a punto de atravesar la acera y la otra estaba llegando a esa acera.

Demasiado guapo, pensó él buscando su mirada.

Él estaba a punto de atravesar la acera y el otro estaba llegando a esa acera.

¿Una actitud usual o inusual?

Eso se preguntó él desde sus cuarenta y no demasiados años sin alcanzar a responderse. Se dijo que, quizás, por parte de ella, se trataba de una propuesta de prostitución, a la que él no pensaba acceder. Era mediodía, y probablemente resultaba un tanto temprano para la venta de sexo, pero él no podía asegurarlo porque no conocía demasiado ese mundo.

Él mantuvo impasible su rostro. Ella resultaba tan atractiva que parecía valer la pena cerciorarse de si era o no un asunto de sexo en venta. Él regresó sobre sus pasos y, ya cerca, le indicó con un ademán que caminaran juntos. Ella no dudó.

–¿Tomamos un café? –propuso él al pisar la acera, algo temeroso de que ella se encaminara al metro.

–Es una idea.

–¿Allí? –Él señaló un ángulo de la plaza, una cafetería en la que en alguna ocasión habló con dos amigos durante horas sin que el camarero los molestara–. Te invito donde tú quieras –precisó él sintiéndose extranjero.

–Hay un sitio a tres calles, en la próxima glorieta.

Cuando desembocaron en la glorieta, ella adelantó la mano derecha para señalar un edificio con dos cafeterías que él frecuentaba. Las dos, asombrosamente con camareros amables. No habían dejado de caminar, los cuerpos rozándose.

–¿Eres tan alta todos y cada uno de los días de la semana o es sólo para los días sábados? –preguntó él sonriendo.

–De lunes a viernes me reduzco. Gracias a una maga esta estatura es para los sábados y domingos. También para los días festivos.

–Es un consuelo –dijo él, que no era nada bajo, aunque tampoco de elevada estatura–. ¿En qué trabajas?

–En un bar –apuntó ella eludiendo la pregunta y respondiendo a otra indagación no planteada–. Un local de unos amigos. –Superada una larga pausa, añadió–: Hago un espectáculo circense con un compañero.

Él respiró hondo, aliviado de que lo del bar no pareciera ser prostitución. Lo del espectáculo circense se le antojó ideal. Recorrió el cuerpo de ella con la vista disfrutando de cómo tropezaban sus brazos al andar y de la ausencia aparente de soledad.

–¿Trabajas de actriz? Eres muy guapa.

–¡Qué no!

–¿No actriz o no guapa?

–Ni lo primero, ni tampoco lo segundo. No es teatro. Es circo. Es cabaret. Ni mejor ni peor. Hablo de un espectáculo de variedades. No quiero mezclarme en un escenario con la gente de teatro.

–Un mundo lleno de penumbras humanas –precisó él, tanto porque así pensaba, como por darle cuerda a ella para descubrirla más, y para ver si desaparecía la desconfianza que lo caracterizaba.

–“Penumbras humanas...” –repitió ella evaluando la frase, la imagen que le evocaba.

–Lo que intento definir es...

–Hablas fenomenal –interrumpió veloz–. "Penumbras humanas..." Un círculo oscuro. Como si la luz se concentrara en los escenarios y no entrara a los pechos de los actores... No haré teatro nunca más –y ella lo aseguró con una sombra de amargura.

–También hablas fenomenal. Pero...

–No consigo un elogio sin un "pero".

–Hablas con afirmaciones absolutas. Conozco mucho a los que hacen teatro. A pesar de las miserias, de unas y otras miserias, el teatro sigue vivo. No como supervivencia. No como penumbra.

Toda la conversación acerca del teatro, quizás no ocurrió. Quizás la imaginó cuando ya ella no estaba y él repasaba el encuentro para decidir si acudiría a la cita. Era la clase de cita que otorgaba el derecho de ir o no. Si lo que afirmó ella fue: "No quiero mezclarme en un escenario con la gente de teatro." Y él: "Conozco mucho a los que hacen teatro."

Cuando ella seleccionó una de las cafeterías, una de las mesas, y pidieron: él un café y ella una cerveza de barril; entre sorbo y sorbo se contemplaron en detalle.

Él advirtió en ella las ojeras como lagunas turbias. Como esos lagos negros que ocultan pueblos enteros y sus espectros.

–Además de muy alta, eres muy guapa, incluso con esas ojeras. ¿Cómo es que lo logras?

–¿Y cómo logras tú ser tan encantador? –Respondió ella como alabanza–. Las ojeras son porque trabajé hasta las cuatro de la madrugada. Estoy sana, lo sé.

–Yo también estoy sano. Parece… como si intercambiáramos credenciales. Soy encantador a veces. La mayor parte del tiempo soy serio y hasta gruñón.

–Lo presiento.

–¿Qué edad has cumplido?

–Treinta y cuatro. ¿Y tú? Es más difícil definir la edad de los hombres.

–Pero si son las mujeres las que usan maquillaje –él fue a tocarle una mejilla, pero contuvo el ademán–. He cumplido cuarenta. ¿O será mentira? ¿Habré empezado a mentir con lo de la edad? ¿Tendré cuarenta y…?

–Da igual cuántos años más o menos. Eres un adulto. Un interlocutor.

–¿Con quién vives?

–Tuve una relación de pareja. Con un inmigrante. Y cuando la iniciamos dejó el albergue y fue para mi piso.

A él no le quedó claro si, en el presente, ella convivía o no con el inmigrante. Decidió aplazar la aclaración.

–¿Tienes una habitación? ¿Un estudio?

Y él lo preguntó con uno de esos rostros neutros de ir en los ascensores.

–¡No que va! He dicho "piso" –el énfasis evidenció satisfacción–. Tres dormitorios, salón, cocina, baño. Estos dos últimos meses, desde la ruptura con el inmigrante, no he dormido allí. No me atrevería a invitarte. Está patas arriba. De cuando el inmigrante se llevó sus... Duermo en la casa de mi compañero de espectáculo. Tienes que ir a vernos actuar. El jueves nos presentamos en un cabaret.

–¿Nudismo circense?

–¡No, no! Ahora estás en la obligación de asistir al espectáculo.

–¿Te molesta que mi rodilla esté acariciando tu pierna? ¿Que esté acariciando tu rodilla y tu muslo? Mi rodilla tiene existencia propia. Es muy independiente –él no halló en su memoria otra vez en que hubiera dicho aquello.

–¿Debería fingir que no había sentido el roce de tu rodilla? ¿Debería manifestarme ofendida? ¿Fingirme… recatada? ¿Podrías tú llegar a creer esa actitud en una artista de cabaret? Tu rodilla se maneja con destreza. Con una elegancia… incitante.

–¿Te drogas?

Él había notado hacía unos segundos, dos cicatrices anchas y extendidas, dos de un rosáceo impúdico, en cada uno de los brazos de ella; y, sin una explicación

demasiado lógica, preguntó lo de la droga. La pregunta había cobrado vida como si se soltara un resorte.

–No me drogo.

–Ni yo. Para mí la droga es de otro universo. Ni siquiera es de la galaxia de mi curiosidad.

–Tampoco fumo cigarrillos. Bebo una copa al finalizar el espectáculo... Hasta tres y cuatro copas cada noche. Como cualquiera de las artistas de cabaret. Hay que entendernos. Somos una fauna. Con ritos y sistemas de protección de la especie.

–¿Y esas cicatrices en los brazos? –Él habló con suavidad–. Dirás que pregunto en exceso.

–No lo había registrado. Mi ordenador no ha estado funcionando... No te cohíbas. Las cicatrices son de una historia que no ocurre ni en las películas. En uno de los bares, estando yo sobre el escenario, me atacó un loco con un cuchillo. Imagina la escena.

Él la escuchó, sin moverse. Un eco de aquella locura de que hablaba parecía apoderarse de ella mientras relataba el suceso. Y en la imaginación desbocada de él, los ojos siempre inquietos de ella fueron los ojos del loco, cortantes y enrojecidos, con el cuchillo como puente de la sangre. Él, en sus visualizaciones interiores, se convirtió en ella indefensa sobre el escenario. Con el loco demasiado encima como para huir. Y el loco tuvo los ojos, la boca burlona de ella. Quizás él debía comportarse con ella más cautelosamente que de costumbre.

–Una se mueve –ella continuaba relatando– con sus ansiedades barrenándole la cabeza. Una se mueve sin percibir que el mundo entero se mueve. Y una porción que se mueve es ese loco, con un cuchillo de cocina como arma. Un cuchillo afilado y resplandeciente, reflejando enceguecedor las luces de aquel bar.

Él, imaginaba, todavía sin moverse. Imaginaba la ropa andrajosa del loco esparciendo su peste en el aire que respiraban jadeantes. El loco jadeando de furia. Él jadeando de miedo. Un miedo que terminaría por paralizarlo, por servirlo en bandeja, indefenso para el sacrificio donde el loco oficiaba de sumo sacerdote.

Mas era ella y no él quien había sido atacada en aquel escenario. Era ella que proseguía:

–El loco tiró dos cuchilladas dirigidas a mi estómago. Y yo paré el cuchillo con mis brazos –ella tuvo un escalofrío al simular cómo se protegió del ataque–. Las cicatrices son el trofeo de cómo gané mi vida.

Tras un silencio, ella propuso:

–¿Quieres comer conmigo? Te invito.

Él olvidó lo de ser más cauteloso que de costumbre y aceptó:

–Yo pago la cerveza y el café.

Deambularon por las calles del centro porque ella no conseguía localizar el restaurante al que deseaba invitarlo a él. Deambularon gozando el emparejar las pisadas.

Deambularon por las calles del centro porque ella no conseguía
localizar el restaurante al que deseaba invitar a la otra.
Deambularon gozando el emparejar las pisadas.

Deambularon por las calles del centro porque él no conseguía
localizar el restaurante al que deseaba invitar al otro.
Deambularon gozando el emparejar las pisadas.

Ella le contó que había nacido en la capital. Que sus padres eran artistas de circo. Y que creció bajo las carpas, de una gira en otra, hasta regresar a vivir con una tía para estudiar. Que ya de joven había pasado las pruebas de selección y cursado

arte dramático. Que estudió hasta graduarse. Que después, como profesional, supo de lo complicado de pertenecer a un grupo, de las complejas relaciones humanas que se daban en el ambiente del teatro, de los montajes. Y que a nivel artístico prefería entenderse sólo con otra persona, como ocurría con su compañero de espectáculo, un hombre que era excepcional como amigo y como artista. Que hasta la alojaba en su casa mientras se reponía de la ruptura con el inmigrante.

Él oía como ella hablaba con vivacidad y fluidez. Y pensaba en despojarla alguna noche de aquella prenda verde con la que se tapaba el torso, en despojarla de los pantalones ajustados y de los anchos zapatos, no por anchos menos femeninos. Unos zapatos que sugerían comodidad. Y sin aviso, en una de las calles más estrechas, con el dorso de una mano en alto, acarició una mejilla de ella. Fue un roce tierno, aunque él pensaba en cómo sería desnudarla. Sonrieron los dos, cómplices en un combate contra la incomunicación, la desolación, el temor, el hastío. Pero ella volvió sobre el tema del inmigrante, afirmando que necesitaba un respiro, que no buscaba nueva pareja.

Él se sintió incómodo, sin delimitar consigo mismo cuál era su propia búsqueda. Y contuvo sus pasos, él en la calle, ella en la acera, todavía más alta. Ella sujetada por la mano derecha de él. Contuvo sus pasos para decirle:

–No andes por la vida con tantos absolutos. Los absolutos son sólo para tres o cuatro principios esenciales. No te pongas límites de antemano. Si no buscas una relación estable, ¿de qué va esto conmigo?

–Te he invitado a comer –ella intentó irse por la tangente–. El restaurante es aquel de la esquina –señaló hacia una, próxima–, por lo que se ve cierra los sábados. Recorramos unas manzanas más.

–¡No seré tu amigo!

–¿Y por qué no?

–No seré otro compañero de la caridad. Ni siquiera tendríamos la justificación de un proyecto común de trabajo. Cuando alguien para mí puede ser una posibilidad de amor, o es el amor o no es nada.

–¡Me asustas! –exclamó ella medio en broma.

–¿Qué es lo que te asusta? ¿Mi determinación?

–Eres muy tajante.

–¿Los prefieres indecisos?

Él le soltó el brazo.

Después, dejó que reanudara la marcha y caminó a su lado.

–En exceso tajante –apuntaló ella.

–Me protejo... porque soy capaz de darme. De darme –remarcó él ocultando un trasfondo de ira.

–Me provocas miedo...

Ella rio como si se burlara.

Él supo que ella era temerosa. Quizás cobarde. Esto lo angustió.

Caminaron en silencio casi tres manzanas y ella abrió la puerta de un restaurante abarrotado de clientes. Consiguieron la única mesa libre, sumergiéndose en la rutina de solicitar la carta, seleccionar, pedir, esperar, masticar los primeros bocados y beber los primeros tragos de agua.

Ella saludó a algunos como si estuviera en su barrio.

–Yo terminé con el inmigrante –dijo ella con firmeza–. Fui yo quien cerró ese paréntesis.

–¿Quién es?

–No he vuelto a verlo. ¿Qué importancia tiene para ti quién es?

–Pregunté por demostrar interés en algo relacionado contigo. Eres tú quien me interesa –él desplazó una pierna por debajo de la mesa hasta tropezar con una de ella.

–Terminé porque resultó más débil que yo.

–¿Y haber terminado no te brinda seguridad? Tú no aparentas ser muy segura de ti –él apretó su pierna contra la de ella.

–El inmigrante estableció una dependencia enorme de mí. Se compadecía todo el tiempo de sí mismo. Lloraba con frecuencia. Lloraba abrazándome como si temiera perderme como perdió familia, amigos… país.

–Es comprensible. ¿O no?

–Lloraba tanto, tan seguido. Y me perdió. Me duele. Siento lástima –ella atrapó una pierna de él entre las dos suyas largas y cálidas; su mirada, sin embargo, no lo buscó.

–No aplaudo que lo abandonaras. Tampoco estoy en condición de juzgar. Pero, si tomaste una decisión, que sea a fondo, sin claroscuros, sin arrepentirte cada vez que te acuerdes.

–Tengo algo más que contarte...

–Déjame decirte. Las decisiones deben pensarse y repensarse antes de accionar. En especial, pensarse, si atañen a una pareja. Después de consumar nuestras decisiones, es imprescindible vivir en el presente, sin que nuestras decisiones tengan independencia, sin que cada decisión sea un fantasma.

Finalizaba él de pronunciar "fantasma", cuando ella palideció. Un hombre de treinta y tantos años, enfilando a los cuarenta, que acababa de hacer su entrada, se paró a un costado de la mesa donde ellos comían y dijo:

–¡Qué casualidad! Hace un rato dejé un recado en tu contestador diciéndote que comería en este restaurante, que si lo escuchabas a tiempo te acercaras hasta acá.

–No he ido hoy al piso –respondió ella–. Lo lamento...

A él le resultó confuso lo que ella lamentaba. Ella hizo las presentaciones de rigor. Él y el hombre se estrecharon las manos. El hombre comentó que no había mesas vacías y ella propuso que se les sumara. Él estuvo decidido a levantarse e irse. El hombre se negó a sentarse con ellos, utilizando la excusa de que aquella era una mesa para dos y otra silla obstruiría el pasillo.

En ese instante se desocupó una mesa a espaldas de él, y el hombre fue a sentarse en una de sus sillas, la de frente a ella. Era un hombre ligeramente más bajo que él, delgado, con una mueca triste como sonrisa.

–Dije que tenía algo más que contarte –susurró ella–. Era sobre este hombre. Mi compañero de espectáculo ha estado muy preocupado por mi depresión; porque llevaba, porque llevo semanas sin salir como no sea para ir a trabajar; porque no me arranco al inmigrante de la cabeza y siempre lo recuerdo llorando, abrazado a mí, sintiéndome los latidos y golpeándome con los latidos de su corazón. Mi compañero se empeñó en encontrarme pareja entre alguno de sus amigos. Les decía: "Chica guapa, buena persona, sola, ansía conocer..." Entre los que estuvieron dispuestos, este hombre fue el elegido, y se concertó una cita.

–¿No me dijiste que necesitabas un respiro? ¿Quieres hablar de este hombre?

–No tengo una relación de pareja con este hombre. Y no hablaré de lo ocurrido mientras esté a unos metros.

–Puedo levantarme e irme y tú te cambias de mesa. Total, ofreciste que tú pagabas la comida.

–¡Qué no!, ¡qué no! –y ella negó a la par con la cabeza.

–¿Quién le dirás que soy?

–Alguien que he encontrado.

La frase lo desconcertó. El resto de la comida transcurrió casi en silencio. Salvo que él se sobrepuso y para recuperarse y recuperar aliento poético escribió en una servilleta: *“El amor es una botella invisible donde navega un velero.”*

Ella reaccionó con presteza al leer el verso. Le pidió que se lo diera. Acarició la servilleta, la dobló y la guardó con cuidado en uno de sus bolsillos.

–Tú eres la encantadora –musitó él, decidido a librar la batalla por ella.

Terminó de decirlo coincidiendo con que el hombre se acercó a la mesa a despedirse. Ella, en respuesta a la despedida, con evidente nerviosismo y culpabilidad, le dijo:

–¿Vas para tu piso? En media hora te llamo por teléfono...

Cuando el hombre hubo salido él la enfrentó:

–Si no sostienen alguna relación amorosa... ¿por qué te comportas con culpabilidad?

–No es tan sencillo.

–Es evidente que no es sencillo.

–Este hombre tuvo una pareja durante cuatro años. Una de esas parejas donde todo lo demás prácticamente no existe. Y un día, como si cayera un rayo, se acabó. –Ella eligió cada palabra–: Su piso se convirtió en un desierto. Y este hombre casi quedó sepultado por completo debajo de la arena.

–De que tú también hablas fenomenal, no hay duda alguna –él acentuó la sorna con una expresión del rostro.

–Este hombre no tiene amigos. Ni un maldito amigo o amiga. No tiene familia. Es profesor, pero, por sentirse tan poca cosa, fuera de las aulas prefiere mantenerse a gran distancia de sus alumnos. De su vivienda va al instituto y del instituto a su vivienda, y así hasta el infinito. Es una magnífica persona. Es una persona con

magníficos sentimientos. Una magnífica persona aburrida –ella reposó las manos encima de la mesa, las extendió hasta que permanecieron quietas, inmóviles.

–Y este hombre y tú, ¿qué?

–Hemos hablado. Hemos caminado cuando lo he sacado a la calle casi a rastras algunos domingos.

–¿Se han acostado? –él no ocultó la ansiedad que proyectaba.

–Nos hemos acostado unas pocas veces. El sexo no es esencial. No es lo esencial –ella recuperó el movimiento de sus manos.

–El sexo es uno de los motores.

–Le expliqué que no estoy enamorada. Que no tendremos una pareja. Ni ahora ni pasado mañana.

–¿Con claridad?

–¡Con claridad! Le he planteado que lo olvidemos.

–No lo cortas en seco.

–Podríamos ser amigos.

–La soledad de este hombre lo haría girar en torno a su enamoramiento como quien gira en un círculo vicioso –él habló persuasivamente, en exceso–. Este hombre, sí está enamorado de ti. Para que pudieran ser amigos, tendría que transcurrir un tiempo considerable. Es el instante de que cortes en seco. De que lo cortes en seco. Y yo, un pretexto que podrías esgrimir.

–Un pretexto... –ella pareció meditarlo–. Me da pena. Además, en su piso está mi video, hemos estado grabando algunas películas.

–El sexo con este hombre, ¿fue un acontecimiento?

–No ha sido nada. Entiéndelo.

–¿Esto conmigo tampoco es nada?

–Te apunto mi número de teléfono –ella escribió los números y le tendió la servilleta.

–Lo guardo, pero concertemos una cita.

–Por la inestabilidad de mis ensayos, lo adecuado es que tú me llames por teléfono y...

–¡Una cita! Un día a una hora. Un día y una hora en que no vayan a surgir imprevistos ni para ti ni para mí. Una cita sin obligación de acudir. Tú te lo piensas. Yo me lo pienso. Cada quien decide en solitario si asistir o no –él hablaba como quien no admitiría otras variantes–. Puede ser a las nueve de la noche. El primero en llegar, aguarda quince minutos. Hasta las nueve y cuarto.

–¿Una cita insólita?

–Una cita esclarecedora. ¿Cuándo y dónde?

–El lunes. En... –y ella escogió un centro comercial conocido.

Él se resintió por el hecho de que ella aceptara las condiciones de la cita, que no exclamara que acudiría, que no dijera que se vieran en la noche o mañana domingo. Como antes había resentido que ella comunicara al hombre que lo llamaría en media hora. Aunque él, con ella, no se había lanzado en picada, no había precisado las verdades sobre sí mismo, acerca de sus circunstancias de inestabilidad, ni había descrito sus expectativas.

Él, tampoco en esos minutos, casi despidiéndose de ella, derribó sus barreras; mantuvo sus defensas.

Ella, tampoco en esos minutos, casi despidiéndose de la otra,
derribó sus barreras; mantuvo sus defensas.

Él, tampoco en esos minutos, casi despidiéndose del otro,
derribó sus barreras; mantuvo sus defensas.

Ella pagó la cuenta y cuando iban a separarse le dijo:

–Acompáñame. A cuatro manzanas está mi piso. ¿Subirías?

Él no estaba en condiciones emocionales. Ni sexuales. Había resuelto su excitación sexual, tan pronto despertó, para no ir a caer a lo largo del día en tentaciones peligrosas. Y sabía que, para él, subir podría resultar definitivo. Quizás para ella... Aunque tal vez ella no pretendía que el sexo ocupara el primer plano en la visita al piso. Aceptó.

Mientras caminaban por callejuelas en las que los balcones, allá arriba, casi tapaban el cielo, él recordó al loco, los ojos de ella como los ojos del loco. En cada cocina suele haber un cuchillo de hoja ancha, con un mango de madera que permita agarrarlo con fuerza. Él, sin explicación coherente para ello, se preguntó quién empuñaría aquel cuchillo, si ella, si el loco o si él. Si no era él quien en los últimos meses había acumulado tanto rencor. Se preguntó si esta sensación no había estado presente en las madrugadas de insomnio e impotencia…

Dudó si negarse a entrar al piso de ella. Si despedirse en el umbral del edificio. La estrecha fachada del edificio lo desagradó. La puerta también estrecha se abría a un vestíbulo sombrío, atestado de trastos, con escaso margen para llegar a la escalera, gastada y angosta. Era una quinta planta sin ascensor, con una puerta, como las de las antiguas prisiones o las de los cuarteles, baja y de madera muy gruesa. El interior del piso era indescriptible. Todo estaba en desorden. Y en el suelo, en los muebles pintados por varias capas de polvo, en todas partes, los objetos útiles se hallaban revueltos con desechos, con basura inclasificable. Una perra de color negro, sin una mancha, los recibió. Supo que era perra y no perro. Rechazaba que el color negro fuera sinónimo de lo negativo. Pero se interrogó acerca de si lo de la mala suerte de un gato negro en el camino resultaría extensible a las perras con

tanta negrura. Porque esta perra flacucha y mal encarada interrumpía sus pasos, se constituía en un muro continuamente.

Ella alzó la perra, la besó boca con boca.

Él concluyó que, con ella como intermediaria, él terminaría besando también a la perra, una auténtica desconocida.

Se resintió, con amargura, por el hecho de que ella se arriesgara a que él viera aquel desastre de piso. Que no pensase: en qué simpatías o antipatías podían inspirarle a él unos u otros animales, y fuera más cautelosa en sus demostraciones de afecto hacia la perra. Él no aseguraría que iba a entenderse con aquella perra.

La parada fue en la cama.

Él reflexionó acerca de que, si ella se acostaba tan rápido con un desconocido, de manera tan inmediata, sin garantías minuciosas, y le hacía lo que, ya desnudos los dos, le estaba haciendo a él, ella no era entonces sexualmente de confianza. Se inquietó con fuerza por las enfermedades. Y pensó con mayor precisión que, quizás, "la enfermedad" ya aguardaba, escondida, acechante.

Ella, tallada por el entrenamiento físico y por su trabajo, tenía un cuerpo inobjetable. Pero en él aumentaba la desconfianza. No conseguía desalojar de su cabeza, la angustia. Ella empezaba a no parecerle un modelo a soñar, por lo que él se excitaba a ratos sí y a ratos no. Ella, después de tomar la iniciativa, pasó a dejarse hacer como si se hubiera convertido en una estatua que sólo a intervalos se estremecía, se activaba. Y él hizo. Acarició con experiencia. Acarició sin penetración. Sin palabras. Con precauciones. Hizo, como si él no fuera uno de los protagonistas de la escena. Como si su cuerpo, en la cama, cubriendo el de ella, contemplara la representación desde un palco situado en las alturas más elevadas, en las limítrofes con el techo.

–Todavía no... –pidió ella.

Para él la petición tuvo un segundo de retraso. No era enfermizamente veloz en cuanto al acto, pero lo paralizó la culpabilidad por haber concluido primero. Sobreponiéndose dijo:

–Lo alcanzarás –y recordó, acariciándola, cómo la soledad lo había arropado cada día de esa semana maldecida en los infiernos. Lo recordó durante todo el tiempo que ella demoró en culminar.

–Necesito dormir una hora –masculló ella.

–¿Qué significa? –preguntó él con dureza.

–Dormir.

–Me marcho.

–Puedes dormir conmigo –puntualizó ella con calma, entrecerrando los ojos.

–Tú y yo sabemos que eso no fue lo que dijiste. Y ya sólo finges mantenerte despierta.

–Estoy exhausta. ¿Qué fue lo que dije? –ella cogió la perra en sus brazos, acunándola, y gimió por unos segundos como el animal.

–Lo que deseas es que me vaya –él recogía sus ropas dispersas, las manoteaba para desprenderles el polvo.

–Eres... –ella calló un tanto avergonzada.

–Soy para ti un aquí te pillo aquí te...

–Te he invitado a dormir conmigo. En mi cama. Te he dado mi teléfono. Te he… Llámame.

–No –él se había vestido y calzado, y estaba de frente, ensartándola con la mirada–. El acuerdo es la cita. La libertad de cada uno de elegir si aparecerá. El meditarlo sin cortesías ni falsedades. ¿Dónde está el baño?

–Después de la cocina, a la derecha. Lo hallarás todavía peor que el resto.

Él sorteó los muebles, los objetos derribados, los desperdicios. Se asombró de que las instalaciones de agua del retrete y del lavabo, funcionaran. Cuando terminó, se lavó las manos y las secó en el pantalón. No se atrevió a tocar ninguna de las toallas.

En un rincón de la cocina, al regresar al dormitorio principal, divisó una caja cubierta de decenas de excrementos de la perra. Recordó cuando en el restaurante ella dijo: *"Y este hombre sepultado casi por completo debajo de la arena."* De esta caja debía provenir la asociación. Pero se trataba de una arena casi sepultada por los excrementos. Esto pensaba cuando, como inscripto en el polvo, divisó el cuchillo de cocina tirado en el suelo al lado de la caja. La hoja estaba polvorienta y mellada. Lo que no le impedía ser puntiaguda y enorme. Justo al pie del cuchillo, reposaba una fotocopia de la tarjeta de residencia del inmigrante. Miró hacia la puerta de la cocina. Escuchó con cuidado, conteniendo hasta la respiración. Ella parecía continuar en la cama, desnuda, indefensa.

Él se agachó.

Recogió la fotocopia. La rompió en ocho pedazos.

Todo este último fragmento de sus acciones quizás no ocurrió, quizás lo imaginó cuando ella ya no estaba y él a solas repasaba aquel encuentro para decidir si acudiría o no a la cita. Era la clase de cita que no comprometía la asistencia. Lo que sí sucedió en el piso de ella, fue que él retornó al dormitorio con las manos vacías.

–Es adiós –dijo él, lacónico, disimulando la ira por no definir si había caído en la trampa de sexo al minuto de ella, y sin conseguir olvidar el cuchillo y la fotocopia.

La perra también se aproximó a la puerta del piso para la despedida. También la perra se despidió sin efusiones.

El espacio del amor posible enrejado adentro. La cita que descifrará.

El lunes, él se decía que uno es, a solas, muchas veces, el jugador y su contrincante. Que con persona alguna uno juega, en tantas ocasiones de su vida, como con el propio yo. Se decía que, con los otros, uno no hace apuestas tan altas como consigo. Que no es cierto que uno no pueda jugarse trampas a sí mismo. Y al celebrar con su consciente.

Desde el sábado, después de abandonar aquel piso, se había repetido decenas de veces que ella no le gustaba lo bastante, que tenía rasgos cobardes y frívolos, y que él no correría el riesgo de exponer su precario equilibrio emocional acudiendo a una cita sin acuerdo, porque aunque él había propuesto aquella fórmula de reencuentro, ella la había aceptado.

¿Cómo había planteado él la cita?:

"Un día y una hora en que no vayan a surgir imprevistos ni para ti ni para mí. Una cita sin obligación de acudir. Tú te lo piensas. Yo me lo pienso. Cada quien decide en solitario si asistir o no. Puede ser a las nueve de la noche. El primero en llegar, aguarda quince minutos. Hasta las nueve y cuarto."

Ese lunes recordó desde el primer cruce de miradas con ella, desde el café y la cerveza en la cafetería, desde la comida en el restaurante de coincidencias, hasta el sexo como único postre en aquel piso demencial, hasta la historia del loco aquel con el cuchillo agrediéndola sobre el escenario y marcándola con dos cicatrices, hasta la historia del inmigrante. Recordó el cuchillo y la fotocopia de la tarjeta de residencia del inmigrante en la cocina.

Al anochecer del lunes, ya decidido a no ir a la cita, él fue a la función de las siete en un cine cercano al centro comercial, pero cuando salió no eran más que las nueve

y ocho minutos, por lo que, sin lograr evitarlo, llegó a la puerta del centro comercial a las nueve y diez.

Ella no estaba.

Él no se quedó a la espera, sino que decidió entrar a revisar las novedades en la sección de revistas para, entre su llegada tarde y el no esperar hasta las nueve y cuarto, nunca estar seguro de si ella había acudido o no. A la vez, con una ligera esperanza de que lo aguardara dentro. Ella, en la sección de revistas, tampoco estaba. Pero mientras él, de espaldas a la entrada, leía el suplemento cultural de un diario, e intentaba concentrarse y enterarse de lo escrito, una mano tocó uno de sus hombros. Él giró.

–Recogí mi aparato de video. He pensado que, el próximo fin de semana, mi piso ya estará en orden, aunque me llevará un poco más de tiempo ordenar mis sentimientos –y ella elevó sus dos manos al cuello–. Nunca soy puntual, suelo tardar como mínimo media hora; esta noche he llegado sólo quince minutos tarde.

Él escrutó el rostro del otro para no olvidarlo.

Ella escrutó el rostro de la otra para no olvidarlo.

Él escrutó el rostro de ella para no olvidarlo.

En la cocina los tres

En la cocina los tres, de pie, tomaban un café. Una sopa era calentada sobre una de las hornillas; en otra, eran cocidas unas verduras con pollo; y, en otra, arroz blanco. En otoño y sin calefacción encendida, el calor del fuego y de los vapores resultaba confortante. La amiga, que se hallaba en visita inesperada, terminó de un trago largo el expreso, depositó el plato con la taza en el fregadero como para protegerlos, y le dijo a él:

–He venido un segundo porque sé que te importa. Acabo de enterarme por un amigo común: “Ella” acaba de morir. Allá.

La pareja de él, detuvo de golpe el ademán para beber y levantó la cabeza para mirarlo.

–Era joven –alcanzó a pronunciar él, reprimiendo matices, pues conocía a que “Ella” se hacía referencia.

–Murió de sida. Ignoro si conoces a la familia y…

La pareja de él no le quitaba la vista de encima, como si la amiga no estuviera y fuera una voz en off.

–¿Murió de sida? –preguntó él tan bajo que casi hubo que adivinarle las tres palabras.

–Parece que había estado en San Francisco hace unos años. Su alegría de vivir, esa apertura que… El año pasado, cuando viajé a participar en un curso de verano, intimamos más que en mis idas anteriores. Ya sabes, se ocupaba de las Relaciones Internacionales en la Universidad, por lo que cuando me perdieron la maleta fue quien hizo los trámites para que la recuperara. Entonces, en agradecimiento, la

invité a cenar… A partir de allí comenzamos a salir juntas de copas o me acompañaba en mis visitas turísticas o me invitaba a té en su apartamento. Una tarde, con el mar en calma a unos metros, cuando le expresé mi preocupación porque adelgazaba y parecía estar muy fatigada, me explicó de su enfermedad con idéntica quietud que... Y me pidió expresamente que no te lo comentara. Que lo prometiera. Me he sentido culpable por no advertirte. Quizás…

–¿Quizás…? –quien preguntó fue su pareja.

–Es decir… –prosiguió la amiga dirigiéndose a él– ustedes, tú y ella, hacía años que habían perdido todo contacto directo, pero quizás, conociendo de la enfermedad, hubieras deseado escribirle antes de que… También ocurrió que pensé que era joven, que resistiría… ¡Sonreía con una delicadeza! ¡Con un encanto! ¡Nunca le escuché una carcajada! Cuando sonreía era como esas luces que no se encienden de inmediato, sino cuya luminosidad aumenta poco a poco hasta… ¡Carcajadas no!, ¡pero cómo sonreía!

Él retrocedió en el tiempo. Escapó de aquella cocina. De las ollas y sus resoplidos. De las presencias que respiraban. De la ciudad, del país. Escapando sobre todo de la conversación iniciada entre su pareja y su amiga.

Él impartía una conferencia y la percibió a ella en primera fila, escrutándolo más que atendiendo a lo que explicaba, aunque no es que no atendiera, estaba verdaderamente interesada.

Cuando finalizó, lo aplaudieron, y él permaneció al lado de la mesa saludando a quienes se acercaban y respondiendo a nuevas indagaciones; ella se aproximó con una amiga y le preguntó si a la tarde siguiente podían ir a su oficina para consultarle más en extenso sobre uno de los puntos de… Y él, que solía ser amable y asequible, asintió.

Cuando ellas fueron a la institución, y estuvieron sentadas allí en el despacho y frente a su mesa, él reparó en que debía llevarles un número considerable de años.

Él descubrió pronto que las dudas y pesquisas de ellas eran un pretexto. Que él gustaba a las dos. Y que posiblemente no lo habían hablado entre sí, pero cada una había decidido, cuando menos, llevárselo a la cama. Estaba más divertido que halagado. Y, aunque tenía una pareja en apariencia estable, era una relación que, desde él, continuaba porque no aprendía a existir en soledad, ni encontrado una nueva posibilidad de amor para recomenzar. No se lo pensó, les informó de un estreno de cine esa tarde, les comunicó que necesita ver esa película de inmediato, que asistiría a la tanda inicial, y que las invitaba.

Aceptaron, y él terminó sentado en medio de ellas y sin enterarse demasiado del argumento y sus significaciones. Percibió por las miradas, los roces, las respiraciones, las mímicas, los ademanes, las palabras, que la otra quería, pero dudaba y temblaba –a él lo aterraban las personas cobardes y más si eran muy jóvenes y vulnerables–, y percibió que ella ni vacilaba ni se acobardaba, solo se estremecía. Tanto así que, sin previo aviso, ella al otro día apareció en la institución pidiendo que la recibiera. Y él la autorizó a subir. Sin la presencia de la otra pudo dedicarle mayor atención, en eso estaba cuando ella declaró:

–Me enamoré de usted en la conferencia. No he pretendido evitarlo. Ni podría. Necesito que lo sepa. Y que mi amiga quede fuera.

Él la diseccionó. No le gustaba físicamente su rostro de ardillita. Ni su cuerpo era espectacular. Lo que irradiaba, más que su juventud, era su sentimiento. Y, de lo que a él más le importaba: su convicción. Su decisión. Su pasar a la acción. Él –lo había asumido consigo– quería a quien lo quería. Y admiraba a quien sabía lo que quería. A quien lo sabía con firmeza y accionaba.

–Cumplo bastantes años más que tú. Mi realidad es: una pareja de muchos años. Y una imagen pública que cuidar. Poco tiempo libre.

–¡Estoy enamorada de usted! ¡Afrontaré todo! La única condición es que mi amiga quede… fuera de juego.

–No será un juego. Y me comprometo con que tu amiga no existirá. Cuentas con mi palabra.

–¿Cuándo nos vemos? ¿Dónde?

–Es jueves. El sábado a las nueve de la noche. En el aparcamiento de… Te recojo con mi coche, vamos a mi apartamento y dormimos juntos. Mi pareja suele viajar los fines de semana por su trabajo. Ni una palabra a tu amiga ni a nadie.

–A mi amiga sí, es lo justo.

Contra pronóstico, durante meses fue amor.

Él, sin embargo, no cortaba con su pareja, porque eso lo dejaría desprotegido, débil, y requería de sus corazas y de su fortaleza para romper con ella, con la joven. No debía cortarle las alas. Ella se graduaba pronto y decidiría si aceptaba o no continuar estudiando una especialización por tres años en el extranjero con una beca gubernamental. En el otro extremo del mundo. Con un mes de vacaciones al año. Si establecían una pareja, si se mudaba al piso de él, ella no aceptaría la beca, no se marcharía.

Finalmente, él le soltó la única mentira que surtiría efecto: que no la amaba.

Un año después él esperó ansioso un día tras otro que el barco que traía a los becarios entrara a la bahía y anunciara su llegada con sirenas y luces de bengala. Esperó convencido de que ella lo llamaría por teléfono. Él había roto con su pareja para aguardarla sin ataduras, y dispuesto a irse a trabajar por dos años al país donde ella estudiaba.

Ella continuó viaje al interior, hacia la casa familiar.

No lo llamó. No lo buscó. No apareció.

Tampoco al año siguiente ella apareció, ni cuando regresó de modo definitivo.

Él recuperando su presencia en la cocina era consciente de que no se había enterado, no se enteraba de la conversación. No le importaba lo que se hablaba. Apagó el fuego de la sopa, de las verduras con pollo, del arroz blanco.

ÍNDICE

Un poco más en penumbras
En la casa familiar
Un deseo de abrazarlo
Una presa mayor
Telas de arañas
Al conejo lo decapita
Maravillas
Poner una pared
Espero que me maten pronto
La espera y la caza
Percepciones de invisibilidad
El amor cuando duele lo carboniza a uno
Leerá el espacio del amor posible
En la cocina los tres